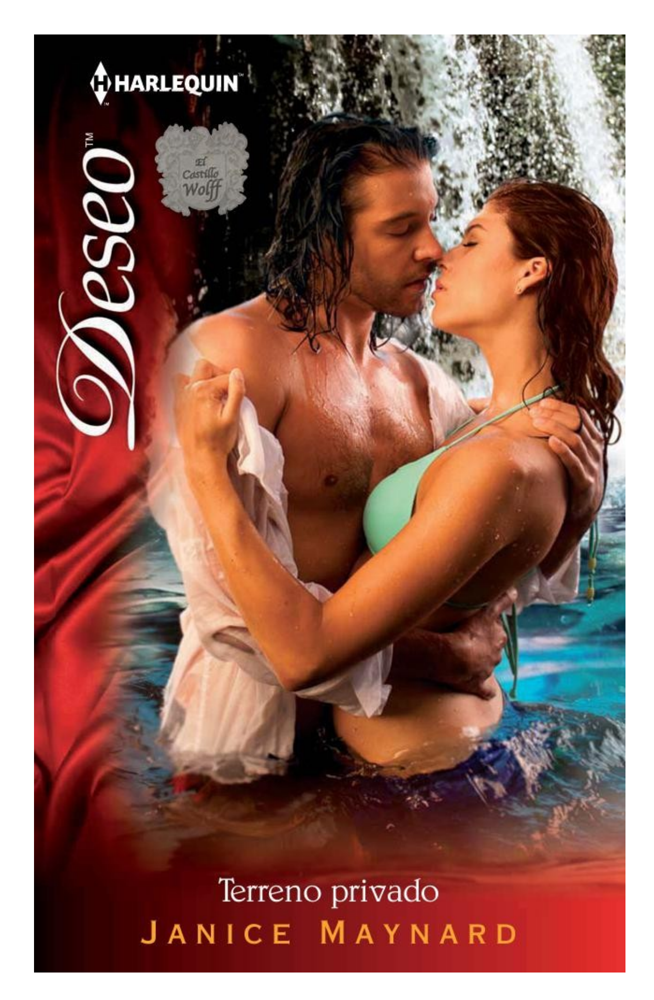
Terreno Privado

Janice Maynard



Argumento:

Ella no podía recordar… y él no podía olvidar

Gareth Wolff intentaba ocultarse del mundo… hasta que Gracie Darlington se presentó ante su puerta víctima de la amnesia. El huraño millonario conocía bien a esa clase de mujeres. Sabía que ella quería algo, algo que él llevaba toda la vida intentando olvidar. Aun así, decidió no dejar que la sensual intrusa se marchara, al menos,

hasta que pudiera saciar con ella su deseo. Sin embargo, cuando Gracie recuperara la memoria, podía ser demasiado tarde. Porque, además de su territorio, ella había invadido su corazón.

Capítulo Uno

Gareth salió de la ducha y se quedó parado delante del espejo. El agua helada no había conseguido calmar sus nervios. Todavía desnudo, empezó a afeitarse.

Cuando hubo terminado, hizo una mueca a su reflejo. El pelo denso y rizado le caía sobre los hombros. Siempre lo había llevado más largo de lo que dictaba la moda, pero se lo había dejado crecer tanto que empezaba a molestarle para trabajar.

De un cajón, sacó una goma y se lo recogió.

De pronto, alguien llamó a su puerta. Ni sus hermanos ni su padre se molestaban nunca en llamar antes de entrar. Y su tío Vicente y sus primos respetaban demasiado su mal humor como para atreverse a interrumpirlo. Los mensajeros siempre llamaban a la casa principal. ¿Quién diablos podía ser?

Ya estaba más que harto de que la prensa del corazón se hubiera cebado con él. Además, el tiempo que había pasado en el Ejército le había enseñado a apreciar la soledad. Con excepción de su familia, prefería no interactuar con la humanidad siempre que fuera posible.

Cuando un hombre tenía dinero, todo el mundo quería algo de él. Y Gareth estaba cansado de eso.

Agarró unos pantalones y se los puso, sin calzoncillos. Eso bastaría para abrir la puerta.

Atravesó la casa, maldiciendo cuando la goma que le sujetaba la coleta se le rompió, dejándole suelto el pelo. ¿Qué importaba? Cuanto más desarreglado estuviera, antes espantaría a quien lo estuviera esperando en el porche.

Cuando abrió la puerta de golpe, se encontró con una mujer pelirroja con rizos salvajes cayéndole sobre los hombros. De pronto, se le despertó la libido. Respiró hondo.

–¿Quién eres y qué quieres? –le espetó él con toda la brusquedad que pudo.

La mujer contuvo el aliento y dio un paso atrás. Gareth se apoyó en el quicio de la puerta, descalzo, con gesto huraño.

La visitante apartó los ojos del pecho de él con gran esfuerzo y lo miró a la cara. Habló despacio.

–Tengo que hablar contigo.

–No eres bienvenida –repuso él, sin poder evitar fijarse en lo sexy que era la intrusa. Tenía la piel clara, la figura esbelta y la espalda tan recta que daba ganas de recorrérsela con la lengua hasta que gritara de…

Gareth se pasó las manos por el pelo, mientras el corazón le latía acelerado. No podía bajar la guardia ni un segundo. Aunque aquellos rizos de fuego y aquellas delicadas mejillas fueran su talón de Aquiles. Al notar su suave perfume, se le endureció el miembro sin poder evitarlo.

¿Cuánto había pasado desde la última vez que había estado con una mujer? ¿Semanas? ¿Meses? Su cuerpo subía de temperatura más y más.

–¿Qué quieres?

Ella parpadeó nerviosa. Sus ojos eran más azules que el cielo de verano. Levantó la barbilla con gesto desafiante y esbozó una sonrisa insegura.

–¿Puedo entrar para que nos sentemos un momento? Me gustaría beber algo. Prometo no robarte mucho tiempo.

Gareth se puso tenso. Una furia salvaje lo invadió. Aquella mujer quería aprovecharse de él, como todas, pensó.

Ignoró la mano que le tendía la desconocida, sin molestarse en ocultar su mal humor.

–Vete al infierno y sal de mis tierras.

La mujer dio dos pasos atrás, tambaleante, con los ojos como platos, la cara blanca.

–Vamos –presionó él, irguiéndose en toda su altura para dar más miedo–. No eres bienvenida.

Ella abrió la boca, quizá para protestar, pero en ese instante dio un mal paso. Se cayó hacia atrás, golpeándose con la cabeza y la cadera en los escalones del porche. Fue rodando, entre sonoros golpes, hasta quedar inmóvil, hecha un ovillo en el suelo.

Gareth corrió a su lado en una fracción de segundo, acercándose con manos temblorosas. Se había portado como un animal, peor que los coyotes que habitaban aquellas montañas.

La mujer estaba inconsciente. Con suavidad, él le recorrió las extremidades con las manos para comprobar si estaban rotas. Había crecido con hermanos y primos varones y estaba acostumbrado a ver piernas y brazos rotos. Sin embargo, no estaba preparado para encontrarse con la protuberancia de un hueso bajo aquella piel blanca y sedosa.

A continuación, la tomó en sus brazos y la llevó dentro de la casa, a su habitación, su santuario privado. La depositó con cuidado en la cama deshecha y se fue a buscar hielo y un botiquín.

El que la desconocida siguiera inconsciente empezó a preocuparle más que el corte profundo que tenía en la pierna. Tomó el teléfono y llamó a su hermano Jaco.

–Te necesito. Es una emergencia. Tráete el maletín.

Diez minutos después, su hermano estaba allí. Ambos hombres tenían los ojos puestos en aquella mujer de pequeña estatura que parecía fuera de lugar en una cama tan grande y tan masculina. Su pelo rojizo brillaba sobre las sábanas grises y la manta azul de cachemira.

Jacob la examinó de la cabeza a los pies.

–Tengo que darle puntos en la pierna –informó su hermano médico–. El golpe que se ha dado en la cabeza ha sido fuerte, pero no parece que vaya a costarle la vida. Sus pupilas parecen estar bien –añadió y frunció el ceño–. ¿Es

amiga tuya?

Gareth dio un respingo, sin apartar los ojos de ella.

–No. Solo llevaba aquí un par de minutos cuando se cayó. Dijo que quería hablarme de algo. Supongo que sería una periodista.

–¿Y qué pasó? –preguntó Jacob, preocupado.

Gareth se inclinó hacia delante y le apartó unos mechones de pelo de la cara a la desconocida.

–Intenté asustarla para que se fuera. Y funcionó.

Jacob suspiró.

–Algún día, esa forma de ser tan huraña que tienes va a traerte un disgusto. Quizá, hoy. Maldición, Gareth, esta mujer podría demandarnos y sacárnoslo todo. ¿En qué estabas pensando?

Gareth se encogió cuando su hermano hundió la aguja en la piel de la mujer, para coserle el pequeño corte de la pierna. Pero ella no se movió.

–Quería que se fuera –murmuró Gareth, irritado y abatido por sus propios demonios. Deseó que aquella extraña pudiera ser una joven inocente.

Pero lo más probable era que fuera una víbora.

Jacob terminó de coserle y le cubrió la herida con una venda. Le tomó el pulso y le puso una inyección para el dolor.

–Es mejor que comprobemos su identidad –señaló el médico, frunciendo el ceño–. ¿Llevaba bolso o algo?

–Está en la silla, allí.

Mientras su hermano rebuscaba en el bolso de la mujer, Gareth se quedó mirándola. Parecía un ángel en su cama.

Con gesto de preocupación, Jacob levantó en la mano una cartera y una hoja de papel doblada.

–Échale un vistazo a esta foto. Se llama Gracie Darlington.

–A menos que sea un carné falso.

–No saques conclusiones apresuradas. A veces, eres demasiado paranoico. Puede que no haya nada siniestro en todo esto.

–Ya y puede que los cerdos vuelen. No esperes que me deje engatusar solo porque es bonita. Ya tengo experiencia con eso.

–Tu exnovia era muy ambiciosa. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, Gareth. Déjalo estar.

–No, hasta que sepa la verdad.

Jacob meneó la cabeza, disgustado, mientras rompía una ampolla de amoníaco bajo la nariz de Gracie.

Ella se removió en la cama y gimió.

Gareth le tomó la mano.

–Despierta.

Gracie abrió los ojos, parpadeando. Le temblaban los labios.

–¿Sois dos? –preguntó ella, frunciendo el ceño confundida.

–Mientras no veas cuatro, todo está bien –repuso Jacob con una carcajada

cortante–. Te has dado un buen golpe. Tienes que descansar y tomar líquidos en abundancia. Estaré por aquí por si empeoras. Mientras tanto, no hagas ningún movimiento brusco.

–¿Dónde estoy? –preguntó ella, arrugando la nariz.

Jacob le dio una palmadita en el brazo.

–Estás en el dormitorio de mi hermano. Pero no te preocupes, Gareth no muerde. Yo soy Jacob, por cierto –se presentó y miró a su hermano–. Renueva los hielos que le he puesto en la pierna y en la cabeza. Dejaré aquí un analgésico para que se lo tome cuando desaparezcan los efectos de la inyección. Volveré a verla por la mañana, si no hay novedad. Llévala a la clínica, allí le haré una radiografía para asegurarnos de que todo esté bien.

Gareth no se molestó en acompañarlo a la puerta.

Cuando se sentó en el borde de la cama, Gracie intentó alejarse de él, a pesar de lo malherida que estaba. Aquel sencillo movimiento le restó el poco color que tenía en el rostro. Estremeciéndose, sacó la cabeza de la cama y vomitó en el suelo.

Entonces, rompió a llorar.

Gareth se quedó paralizado un instante, sin saber qué hacer. Nunca en su vida había sentido la necesidad de consolar a nadie. Era posible que Gracie fuera una embustera y una bruja.

Sin embargo, se quedó perplejo al presenciar una tristeza tan profunda. Aquellas lágrimas eran de corazón, imposibles de fingir.

Gareth se fue al baño a por una toalla húmeda, se la tendió a la mujer y empezó a limpiar el suelo en silencio. Cuando hubo terminado, los sollozos de ella se habían calmado un poco. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil como una muerta. Tal vez, porque cualquier movimiento le dolía.

Él se había caído de un caballo a los doce años y se había golpeado en la cabeza. Sabía cómo se sentía ella.

Por eso, no se arriesgó a intentar sentarse a su lado de nuevo. Se acercó a las ventanas y las abrió, dejando que el aire fresco de la primavera entrara en la habitación. Corrió las cortinas para que la luz no fuera tan intensa. Quería que ella estuviera lo más cómoda posible.

Después, se quedó de pie junto a la cama, mirándola, y se preguntó cómo el día se había torcido tanto en tan poco tiempo. Aclarándose la garganta, la cubrió con el edredón, hasta la barbilla.

–Tenemos que hablar. Pero esperaré a que hayas descansado. Es casi hora de cenar. Prepararé algo sencillo y suave y te lo traeré cuando esté listo –ofreció él y titubeó, esperando una respuesta.

Gracie trató de recuperar la compostura, segura de que en cualquier momento podría poner sus neuronas en orden. Parecía estar inmersa en una pesadilla. Un hombre ceñudo la atendía con patente reticencia.

Era muy alto. Tenía un rostro muy masculino, atractivo, aunque no era guapo en el sentido estricto de la palabra. Nariz rota, mandíbula que parecía tallada

en granito y ojos negros como la noche, tanto que no se le diferenciaban las pupilas.

Su pelo también era moreno y le daba un toque salvaje que delataba su desprecio de las convenciones sociales. Espesos e indomables mechones le caían sobre la cara de vez en cuando y, al mirarlos, Gracie tuvo la tentación de acariciárselos para ver si eran tan suaves como parecían.

Tenía el pecho bronceado y musculoso, con tres pequeñas cicatrices en las costillas. Observándolas, ella frunció el ceño, deseando poder tocárselas. Lo cierto era que estaba impresionada por lo magnífico que era aquel hombre.

Al fin, él salió de la habitación y cerró la puerta.

Gracie cayó en un sueño ligero e inquieto, salpicado de despertares llenos de dolor y soledad. La penumbra de la noche pintaba la habitación cuando su anfitrión regresó.

Llevaba una bandeja que dejó a los pies de la cama, sobre un baúl de madera. En vez de encender la lámpara del techo, prendió la pequeña luz de la mesilla de noche.

Luego, se acercó a Gracie.

–Tienes que incorporarte y comer algo.

El estómago le rugió al olor de la comida.

El hombre la ayudó a sentarse. La piel le ardió en todas partes donde él la tocó para incorporarla.

Cuando estuvo lista, él le colocó la bandeja sobre el regazo. Gracie contuvo el aliento al mover la pierna. No se había dado cuenta hasta entonces de que se había herido en más sitios aparte de la cabeza.

Entonces, su anfitrión respondió lo que ella no había llegado a preguntarle.

–Jacob te ha puesto seis o siete puntos. Te golpeaste con una piedra afilada cuando te…

El hombre se interrumpió con gesto de disgusto. Acercó una silla a la cama y se sentó, observándola mientras ella comía. Si no hubiera estado muerta de hambre, su intenso escrutinio la habría puesto nerviosa. Pero debían de haber pasado horas desde que había comido por última vez.

En la bandeja, había sopa de pollo con zanahorias y apio. Gracie tomó un pedazo de pan caliente y lo devoró con gusto.

Ni ella ni su acompañante dijeron una palabra hasta que se hubo terminado el plato.

Después de quitarle la bandeja de encima, él se sentó de nuevo, cruzándose de brazos.

Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa granate tejida a mano. Y estaba descalzo. Todo en él emanaba confianza y superioridad.

Gracie luchó contra el pánico, tratando de retrasar el momento de la verdad.

–Tengo que ir al baño –dijo ella, comprendiendo que iba a necesitar su ayuda para ponerse en pie. La pierna herida le dolía demasiado. Sin embargo, tras

un momento, fue capaz de cojear sola hasta el cuarto de baño.

Era una habitación enorme con una ducha de piedra y cristal. De pronto, ella se imaginó a aquel hombre viril y misterioso desnudo bajo el chorro de agua. Al pensarlo, le temblaron las rodillas. A pesar de su malestar, no podía ignorar el poderoso atractivo de su anfitrión. Después de usar el baño y lavarse, cometió el error de mirarse al espejo. Su imagen la dejó perpleja. Estaba más blanca que la leche y tenía todo el pelo enredado.

Entonces, rebuscó en los cajones, hasta encontrar un peine. Cuando intentaba peinarse, se lastimó en la herida de la cabeza y gritó de dolor.

Al instante, él estaba a su lado, sin ni siquiera haberse molestado en llamar a la puerta.

–¿Qué ocurre? –preguntó Gareth–. ¿Te encuentras mal? –añadió y, al momento, se dio cuenta de lo que ella había estado intentando hacer–. Olvídate de tu pelo –murmuró, tomándola en brazos para llevarla a la cama.

Cuando estuvo acomodada sobre el colchón de nuevo, con un paquete de hielos en la pierna, él le tendió dos pastillas analgésicas e insistió en que se las tomara con un poco de leche. Gracie se sentía como una niña, aunque todo su cuerpo estaba reaccionando ante aquel extraño como una mujer.

–No te vayas –soltó ella cuando vio que el hombre se dirigía a la puerta, sonrojándose–. No quiero estar sola.

Él regresó a su silla, dándole la vuelta para sentarse a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo.

Su expresión era difícil de descifrar.

–Estás a salvo aquí –susurró él–. Y Jacob dice que te recuperarás pronto.

Su voz le resultó a Gracie más suave que una caricia. Sin embargo, al momento, percibió en él cierta mirada de desconfianza y sospecha. ¿Qué diablos podía un hombre así temer de ella?

–¿Tu hermano vive contigo?

–Jacob tiene una casa en la finca –respondió él, frunciendo el ceño–. ¿Por qué has venido?

Sintiéndose de nuevo sin energías, Gracie apartó la vista hacia la ventana.

–No lo sé.

–Mírame.

Ella obedeció con reticencia, desorientada y avergonzada.

–Eso no tiene sentido –señaló él.

Gracie se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas.

–Pareces enfadado. ¿Conmigo?

Durante una milésima de segundo, algo parecido al miedo le asomó a los ojos, mientras se aferraba con fuerza al respaldo de la silla. Pero, al instante, desapareció.

–Nada de eso. Pronto vas a irte.

Estaba mintiendo. Gracie lo sabía con certeza. Y eso la indignaba. Para él era un problema tenerla en su casa. Un problema grande, pensó y se destapó, llena

de pánico y agitación.

–Me voy.

Frunciendo el ceño, él volvió a taparla.

–No seas ridícula. No estás en forma para ir a ninguna parte esta noche. Puedes quedarte en mi cama. Pero mañana te irás.

El dolor que Gracie sentía en la cabeza era demasiado intenso. Además, la inundaba una inexplicable aprensión.

–Por favor –musitó ella, aferrándose a las sábanas, mientras se esforzaba en controlar un ataque de nervios.

–¿Por favor qué?

–Por favor, dime quién soy.

Capítulo Dos

Gareth afiló la mirada, disfrazando su sorpresa. Ya estaba. El primer acto de la farsa que aquella mujer quería que él se tragara. Porque no podía hablar en serio… ¿o sí?

–¿Tienes amnesia? ¡No me digas! ¿Ya es la hora de la teleserie? –se burló él, encogiéndose de hombros–. De acuerdo. Te seguiré el juego. Yo soy Gareth. Tú te llamas Gracie Darlington. Eres de Savanah. Jacob y yo lo hemos visto en tu permiso de conducir.

A ella comenzó a temblarle el labio inferior, hasta que se lo mordió, haciendo un esfuerzo palpable por mantener la compostura. Debía de ser una actriz consumada, observó él. Sin embargo, la mirada de puro terror de sus ojos parecía casi imposible de fingir.

–¿Cómo he llegado aquí? –preguntó ella–. ¿Tengo un coche fuera?

Gareth negó con la cabeza.

–Que yo sepa, subiste por la montaña. Toda una hazaña, por otra parte. No hay senderos en la falda. Tienes los brazos y las piernas llenos de arañazos.

–¿Tengo teléfono móvil?

Gareth ladeó la cabeza, observándola.

–Iré a ver –repuso él y se fue a buscar el bolso que Jacob había examinado antes. En un bolsillo con cremallera, encontró un teléfono. Se lo lanzó a la cama, a su lado. Por suerte, la batería parecía en plena carga. Gracie activó la pantalla táctil.

–Bueno, al menos, recuerdas cómo se hace eso –señaló él.

Gracie se encogió ante su sarcasmo, aunque no levantó la vista. Se concentró para buscar en la lista de nombres de su agenda.

Cuando al fin levantó la cabeza, tenía los ojos empañados.

–Ninguno de estos nombres significa nada para mí –susurró ella, mientras una lágrima le rodaba por la mejilla–. ¿Por qué no recuerdo nada?

Gareth le tomó el teléfono de las manos con un gesto de compasión forzada.

–Te golpeaste la cabeza al caer de mi porche. Jacob es médico. Dice que vas a ponerte bien –explicó él. Sin embargo, Jacob se había ido antes de que saliera a la luz lo de la amnesia. Maldición.

Sin estar seguro de qué buscaba, Gareth revisó la agenda del móvil. Entonces, cayó en la cuenta de algo. Había un papá.

Apretó el botón de llamada y esperó. Un hombre respondió al otro lado de la línea.

–Soy Gareth Wolff. Su hija se ha caído y se ha lastimado. La ha visto un médico y dice que no es grave. Pero sufre una pérdida momentánea de memoria. Sería de gran ayuda que la tranquilizara. Le pasaré el teléfono.

Sin esperar respuesta, le tendió el aparato a Gracie.

Ella se incorporó, apoyando la espalda en el cabecero.

–¿Hola?

Gareth se sentó en la cama, lo bastante cerca como para advertir el tono de sorpresa del hombre al otro lado del auricular y para escuchar fragmentos de conversación.

–Maldición, pequeña. No pensé que fueras capaz de eso. ¿Has fingido un accidente en la finca de los Wolff? ¿Y ahora dices que tienes amnesia? Estupendo, lo tienes justo donde queríamos. Todos estarán aterrorizados pensando que vamos a demandarlos. Una idea excelente, hija. Tu tenacidad es admirable. Muy bien, pequeña, muy bien.

Gracie interrumpió la euforia del otro hombre.

–Padre… no me siento bien. ¿Puedes venir a buscarme y llevarme a casa?

–Está ahí contigo, ¿verdad? –aventuró Darlington, soltando una carcajada–. Y tú sigues fingiendo. Espléndido. Yo haré mi parte de la farsa. Lo siento Gracie, tengo que irme a Europa dentro de media hora. Estaré allí una semana. Y la casa está hecha una ruina, he aprovechado para hacer obras mientras estoy fuera. Tendrías que quedarte en un hotel, si vuelves.

–Esto no es gracioso –protestó ella–. Lo digo en serio. No puedo quedarme aquí. No soy bienvenida. Soy una extraña.

–Eso es, haz que se sientan más culpables –insistió Darlington–. Te deben su hospitalidad. Coquetea un poco con Gareth. Gánate su confianza haciendo de damisela en apuros y todo eso. Consigue que acepte nuestra propuesta. Hablaremos la semana que viene. Ahora, tengo que irme.

–No, espera –rogó ella con desesperación–. Al menos, dime si tengo marido, novio o alguien que me esté esperando.

Su padre rio con tanta fuerza que Gracie tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

–Claro que no. Sigue así. Me encanta tu plan. Me gustaría poder verle la cara. Adiós.

Entonces, el otro hombre colgó. Gracie se quedó mirando el teléfono, destrozada. ¿Qué clase de padre tenía? ¿Cómo podía haber alguien tan cruel? ¿Acaso no le importaba nada que estuviera herida? Una mezcla de humillación, vergüenza y sensación de abandono se apoderó de ella.

–¿Lo has oído todo? –le preguntó ella, haciendo una mueca.

Gareth se puso en pie y se acercó a la ventana, dándole la espalda.

–He oído lo suficiente.

A ella le tembló la voz.

–No puede venir a buscarme ahora porque va a irse del país durante una semana. Pero, si me organizas el viaje, estoy segura de que él te devolverá el dinero.

Gareth Wolff se giró hacia ella con desconfianza y un poco de lástima.

–Tu padre cree que estás fingiendo tener amnesia.

Gracie se sonrojó.

–Toda la conversación me ha resultado muy confusa. Al parecer, vine a verte por una razón. Pero no sé cuál. Aunque él parece saberlo.

–¿No tienes ni idea?

–Lo siento –repuso ella, meneando la cabeza–. Me iré en cuanto pueda.

–No vas a ir a ninguna parte por el momento –le espetó él con la mandíbula tensa–. Si de veras has perdido la memoria, tendré que informar a Jacob. La familia Wolff no acostumbra a echar a la calle a las personas heridas. Además, Gracie, no pienso darle a tu desalmado padre ningún motivo para que nos demande.

–No vamos a demandarte –aseguró ella en voz baja–. No creo en esas cosas.

–¿Cómo lo sabes? –replicó él–. Tal vez, la mujer que eres en realidad haría eso.

Gracie se deslizó debajo de las sábanas, sintiendo un doloroso martilleo en la cabeza.

–Por favor, déjame sola.

–Lo siento, Gracie. Si vamos a jugar el juego de la amnesia, no me queda más remedio que avisar a Jacob. Te llevaré a su casa.

Solo de pensar en levantarse, Gracie se sintió mareada.

–¿No puede venir él? No es tan tarde, ¿verdad?

–No es porque sea tarde. Jacob tiene un completo equipo médico en casa. Allí, podrá hacerte un escáner de la cabeza y una radiografía de la pierna.

–Seguro que no es necesario –se negó ella–. Solo quiero descansar. Mañana podrás deshacerte de mí.

Gareth se dirigió a la puerta.

–Estás en el territorio de los Wolff. Y las decisiones no las tomas tú –le espetó, mirándola con gesto sombrío–. Iré a por las llaves y los zapatos. No te muevas.

Gracie cerró los ojos y respiró hondo, casi convencida de que estaba sumergida en una lúgubre pesadilla. Pronto, despertaría y comprobaría que todo aquello había sido fruto de su imaginación. Gareth Wolff, pensó y susurró su nombre entre dientes, tratando de encontrarle un significado. ¿Por qué había ido a verlo? ¿Qué quería su padre? ¿Y cómo había ido desde Georgia a Virginia? ¿Tenía equipaje en alguna parte? ¿Alguna habitación en un hotel? ¿Vehículo? ¿Tal vez, un ordenador portátil? En su bolso, no tenía más que el teléfono, algunas galletitas y pañuelos de papel.

Entonces, frunció el ceño, petrificada. ¿Cómo podía saber lo que era un ordenador portátil y no recordar su propio nombre?

Gareth volvió a entrar en la habitación y la miró con expresión velada.

–He hablado con Jacob. Nos espera. Vamos.

Gracie gritó conmocionada cuando él la levantó en sus brazos, con mantas y todo.

–¿Te he lastimado? –preguntó él, quedándose inmóvil–. Lo siento –rezongó al instante.

Gracie negó con la cabeza, temblando por el ancho pasillo.

–Me has asustado. Eso es todo –afirmó ella. Por nada del mundo pensaba admitir que estar entre sus brazos era excitante y la consolaba al mismo tiempo. Su aroma y el latido de su corazón la reconfortaban y le daban una ilusoria sensación de seguridad.

Todo en la casa denotaba un alto estatus y la riqueza de su ocupante. Suelos de madera reluciente, alfombras exquisitas, lámparas de araña de cuerno de alce bañando el pasillo de una cálida luz…

Pero Gareth caminaba demasiado deprisa para que ella pudiera hacer una inspección a fondo. En cuestión de minutos, estaban fuera de la casa. El aire fresco de la noche de primavera los envolvió cargado de dulces fragancias.

¿Cómo sabía ella que era primavera? Aquellos pequeños fragmentos de información instintiva le dieron la esperanza de poder recuperar sus recuerdos. Era posible que no hubiera perdido la memoria para siempre, que fuera solo algo momentáneo.

Gareth la llevaba con cuidado, pero de manera impersonal. Él no tenía la culpa de que Gracie tuviera las hormonas desbocadas. Aquel hombre olía a madera y a champú masculino y, a pesar de sus ocasionales muestras de animosidad, se sentía a salvo en sus brazos. Tal vez, él no quería que se quedara en su casa, pero ella sabía que no la haría daño… al menos, físicamente. El peligro oculto de estar con él podía ser más amenazante.

Por supuesto, lo que sentía entre sus brazos podía ser una respuesta intuitiva a algo parecido al síndrome de Estocolmo, que hacía que la víctima se sintiera vinculada al secuestrador. Aunque Gareth no le había hecho nada malo. Más bien, al contrario. Lo que sucedía era que, por el momento, él era la única realidad tangible que había en el caos de su cabeza. Él y su hermano Jacob.

Sin duda, lo que le hacía sentir afinidad por aquellos dos Wolff debía de ser su necesidad de buscar protección de lo desconocido, caviló Gracie.

Gareth tenía el jeep aparcado en un gran garaje en la parte trasera de la casa. El edificio, lo bastante grande como para albergar una flota de vehículos, había sido diseñado para fundirse con el paisaje, igual que la casa.

Él la dejó en el asiento del pasajero y dio la vuelta al coche para ponerse tras el volante. Había mucha niebla. Gracie tembló al mirar a su alrededor, más por la sensación de aislamiento que por el frío. Aquello parecía un escenario sacado de una película de terror.

–¿Dónde estamos? –preguntó ella, apretándose la manta contra el pecho.

–En la Montaña Wolff –repuso él.

–Espero que no sea un sitio tan siniestro como su nombre –comentó ella, tras aclararse la garganta.

Él soltó una breve carcajada y, al momento, se puso serio de nuevo. Gracie intuyó que su anfitrión no quería darle ninguna muestra de debilidad.

–Este es mi hogar. Crecí aquí con mis dos hermanos y tres primos. Estoy seguro de que lo sabes –aventuró él con cara de pocos amigos–. Mi familia no tiene secretos.

Gracie quiso pedirle más detalles, más explicaciones. Pero, al parecer, su pregunta inocente había tocado un punto sensible. Así que prefirió mantenerse callada, aferrándose al reposabrazos mientras el coche serpenteaba por el abrupto camino.

Por suerte, el viaje fue corto. De pronto, una casa apareció en medio de la niebla. Era más moderna de que la de Gareth, toda de acero y cristal.

Jacob los recibió en la puerta y los hizo pasar. Gareth la depositó en el suelo.

–¿Alguna novedad? –preguntó el médico con preocupación.

–No recuerda detalles de su vida. Pero parece que la amnesia no le ha afectado la memoria funcional. Sabe usar el móvil, aunque no conoce los nombres de su agenda… o eso dice.

Gracie se sonrojó. Estaba avergonzada y cansada. Lo único que le faltaba era que Gareth se burlara de ella.

Jacob señaló hacia un salón que parecía sacado de una revista de diseño de interiores.

–Ponte cómodo, hermano. Hay un partido en el canal cincuenta y dos. Y tienes cerveza en la nevera.

–Debería acompañarte –dijo Gareth, frunciendo el ceño.

–No hace falta. Confía en mí. La chica estará en buenas manos –aseguró Jacob, poniéndole la mano en el hombro. Luego, se volvió hacia Gracie con una amable sonrisa–. Vamos a examinarte, señorita. Prometo no torturarte demasiado.

A diferencia de Gareth, Jacob la dejó caminar sola. Ella salió de entre las mantas y lo siguió por el pasillo. Todo era de color blanco y negro: las paredes, el suelo, las obras de arte… Una decoración muy sofistica, pero también fría y estéril. Al parecer, Jacob Wolff había planificado su casa para que emulara su entorno de trabajo.

Al entrar en la clínica, miró a su alrededor maravillada.

Nunca había visto tantos equipos médicos fuera de un hospital, pensó, mientras Jacob preparaba el escáner de tomografías.

–Tengo varios pacientes famosos que quieren recibir atención médica sin exponerse a los *paparazzi*.

–¿Estrellas de cine?

–Políticos, estrellas de cine, empresarios multimillonarios… –repuso él, encogiéndose de hombros mientras ajustaba la máquina. Entonces, la miró y debió de ver algo en su cara que lo hizo reaccionar con fiereza–. Ser rico no significa que no tengas derecho a la privacidad. Tengo la suerte de proporcionar a mis clientes anonimato y atención especializada al mismo tiempo.

–Yo no he dicho nada –se defendió ella, levantando las manos en gesto de rendición.

–Pero lo has pensado. Siéntate. No tienes nada que temer. Será un momento.

Gracie se sentó en la cámara de tomografías. Él le puso sujeciones de goma a ambos lado de la cabeza y se la inmovilizó dentro de un semicírculo de metal. La cámara rotó unas cuantas veces alrededor de ella y se detuvo.

–Ahora, te voy a mostrar el interior de tu cabeza. Espero que no veamos nada malo.

–Siempre que encuentres un cerebro dentro…

Jacob rio, pero no dijo nada. Unas imágenes en 3D salieron en una pantalla. Gracie esperó con el corazón acelerado, mientras él examinaba los resultados con ocasionales murmullos ininteligibles.

–¿Y bien? –quiso saber ella, impaciente.

–No veo nada alarmante. No hay fracturas. Tienes hinchazón, claro, a causa del golpe, pero está dentro de los parámetros normales.

Gracie se mordió el labio, un poco decepcionada. Si no había nada que explicara su amnesia, Gareth pensaría que era una mentirosa.

–La ausencia de fracturas no desmiente tu actual situación –señaló Jacob, como si le hubiera leído el pensamiento–. La amnesia temporal es más común de lo que crees. Y lo más probable es que se resuelva por sí sola.

–¿Cuándo? –gritó poniéndose en pie–. ¿Cómo voy a dormir esta noche sin saber quién diablos soy?

Jacob se recostó en el asiento, poniéndose las manos detrás de la cabeza.

–Sabes quién eres –afirmó él con tono amable–. Eres Gracie Darlington. Puede que tardes un poco en aceptarlo, pero lo harás.

Gracie guardó silencio mientras el médico terminaba su examen. La radiografía de la pierna demostró que no había, tampoco, nada roto.

Tras medirle la temperatura, la tensión y algunos otros marcadores, Jacob le dio una palmadita en la espalda.

–Sobrevivirás.

Cuando salieron de la clínica, encontraron a Gareth, que se levantó del sofá de golpe.

–Siéntate aquí –ordenó Gareth a Gracie–. Quiero hablar con mi hermano.

A pesar de que hablaban en voz baja, ella oyó todo lo que decían.

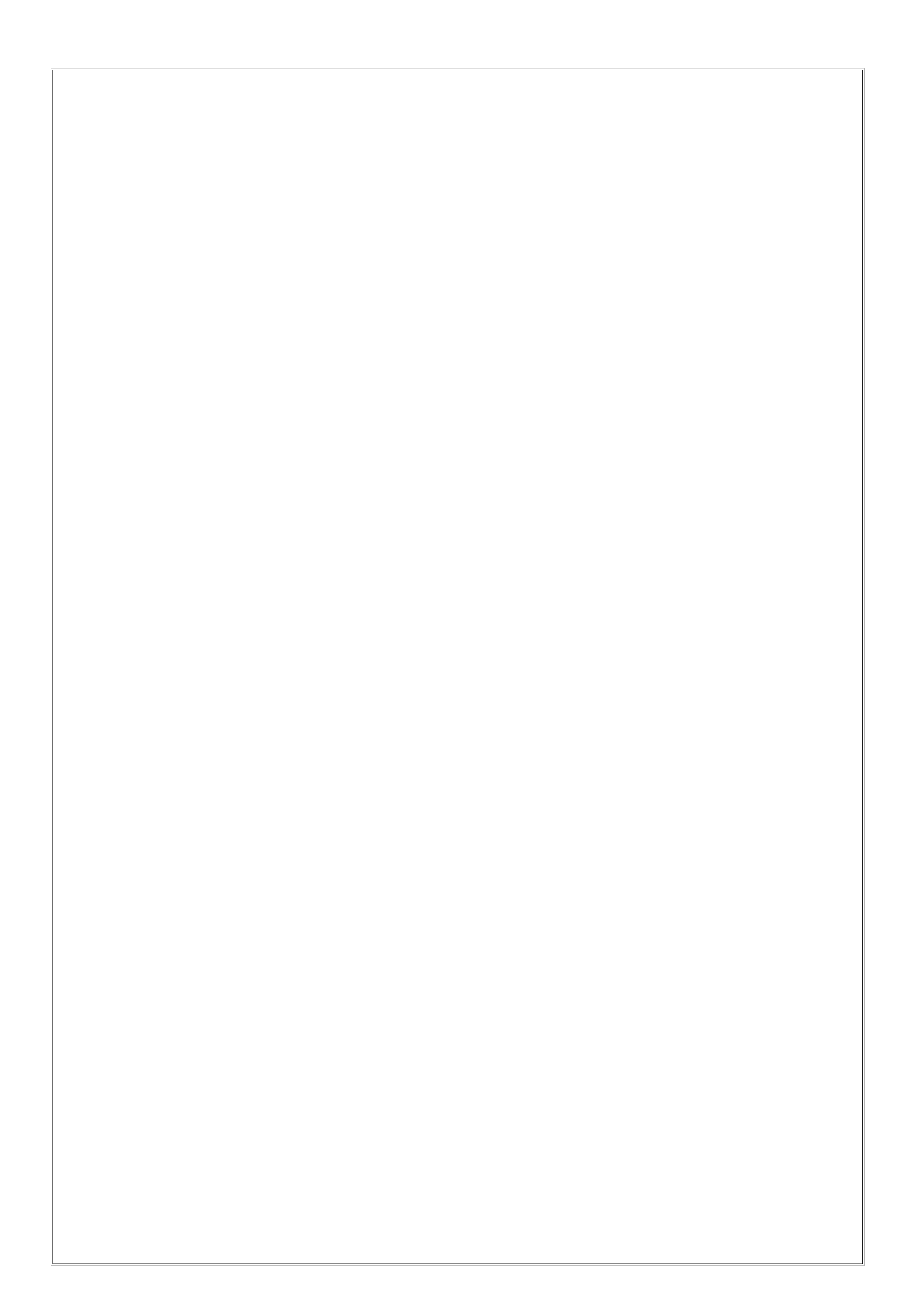
–Bueno… ¿crees que tiene amnesia de verdad?

–No es una ciencia exacta, Gareth. Los síntomas encajan, pero no puedo asegurarte nada. Mi opinión profesional es que es muy probable que no esté mintiendo. Esa es la buena noticia. La mala noticia es que la amnesia puede jugar malas pasadas. Es posible que tarde horas o semanas en recuperar la memoria –explicó Jacob e hizo una pausa–. Podría tardar meses. No hay manera de saberlo.

–Maldición.

Entonces, los dos hombres entraron de nuevo en el salón.

–Llévala a casa y acuéstala –sugirió Jacob a su hermano–. Verás las cosas de otra manera por la mañana.



Capítulo Tres

Gareth se puso tenso al imaginarse cumpliendo el consejo de su hermano. Se imaginó a Gracie entre las sábanas de su cama. Él nunca había llevado a una mujer a la Montaña Wolff. Cuando su instinto sexual se lo demandaba, solía buscar compañías pasajeras fuera de allí.

Pero su último encuentro había sido hacía una eternidad. Y estaba hambriento. Sin embargo, no era su estilo aprovecharse de una damisela en apuros. Aunque también era cierto que nunca había sentido una respuesta tan instantánea ante una mujer.

La deseaba con desesperación, desde el momento en que la había visto por primera vez. Si hubieran estado en un bar cualquiera en la ciudad, la habría invitado a acostarse con él. Pero estaban en Montaña Wolff, su territorio sagrado, y allí las reglas eran diferentes.

–¿No sería mejor que me quedara aquí, Jacob? Por si surge una emergencia… –balbuceó ella.

–Nada de eso –mandó Gareth.

Jacob y Gracie se quedaron mirándolo.

–Jacob es demasiado blando –dijo él a modo de explicación y la miró– Quiero tenerte vigilada.

–Perro ladrador, poco mordedor –comentó Jacob, frunciendo el ceño–. Te cuidará bien, Gracie. Pero no te preocupes, iré a verte por la mañana –la consoló y le rodeó los hombros con un brazo–. Intenta no preocuparte. Todo va a ir bien. Te lo aseguro.

Gareth la condujo de vuelta al jeep, aunque la dejó ir por su propio pie. Le gustaba demasiado llevarla en brazos. Y era mejor mantener las distancias.

Hicieron el camino de regreso en silencio. La temperatura había bajado y, por el rabillo del ojo, vio cómo Gracie se tapaba con las mantas hasta la barbilla. Cuando llegaron a casa, comprendió que iba a tener que ser hospitalario a la fuerza. Ella parecía a punto de desmayarse de agotamiento.

La guió hasta uno de los dormitorios de invitados. Ella se quedaría poco tiempo, se dijo a sí mismo para tranquilizarse. De lo contrario, no iba a ser capaz de seguir controlando la atracción que lo embargaba.

–El baño está allí –señaló él y posó los ojos en la ropa que llevaba su huésped. Seguía vestida con la sencilla blusa de algodón y vaqueros–. Te buscaré algo que ponerte para dormir.

Cuando Gareth regresó dos minutos después, Gracie seguía parada en el mismo sitio, con expresión angustiada. Sin querer, él se enterneció. Si la amnesia era verdad, debía de estar muy asustada. Pero, al mismo tiempo, se mostraba llena de valor, determinada a no perder la compostura. De pronto, no pudo evitar sentir admiración por ella.

Cuando la tocó el brazo, la recién llegada se sobresaltó, como si su mente hubiera estado a miles de kilómetros de distancia.

–Siento no poder ofrecerte nada mejor –indicó él, tendiéndole una de sus camiseta–. Encontrarás cosas de aseo en uno de los cajones del baño. Mi prima se ocupó de la decoración y me prometió que no dejaría ningún baño sin un juego completo de jabones, cremas y cepillos de dientes. Sírvete tú misma.

–¿Tú vas a estar en tu cuarto? –preguntó pálida.

–Sí. En cuanto te deje acostada y con la luz apagada –repuso él e hizo una pausa. Por una parte, quería mantener las distancias y no caer en la tentación pero, por otra, quería ser amable con ella–. Estaré aquí a lado. Igual puedes dejar la luz de la mesilla encendida para no sentirte tan rara.

–De acuerdo –dijo Gracie, asintiendo despacio.

Algo en ella le rompía el corazón a Gareth. No parecía estar intentando manipularlo de forma consciente, pensó.

–Buenas noches –se despidió él, tratando de endurecerse el corazón.

Gracie oyó cómo la puerta se cerraba despacio detrás de él. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había estado conteniéndolas hasta entonces, haciendo un gran esfuerzo. No había querido que Gareth fuera testigo de su debilidad. Era duro y sospechaba de ella.

Aun así, le resultaba muy atractivo. Y la fuerza de sus sentimientos la asustaba. Se sentía como la heroína de una novela gótica, a solas con el huraño dueño de una casa misteriosa.

Al mirar el reloj, se dio cuenta de que era muy tarde. Se dirigió al baño. Vería las cosas de otra manera por la mañana. Sin duda, la oscuridad era un fértil terreno para los fantasmas y los monstruos. Además, la falta de memoria disparaba su aprensión.

Gareth no había mentido sobre lo bien equipado que estaba el baño. El suelo tenía azulejos color crema, bordeados de dorado. Un espejo enorme ocupaba toda una pared, devolviéndole a Gracie la imagen de una mujer desconocida, despeinada y sin maquillaje.

Jacob le había cubierto los rasguños con vendas. Despacio, se quitó la ropa y se metió en la ducha, que tenía tres chorros para la espalda y una válvula de vapor. El agua caliente la masajeó, cayéndole por las piernas y los brazos. Apoyándose en la pared, lloró.

Cuando cesaron las lágrimas, tomó una esponja y le puso un poco de jabón. El aroma era delicioso.

Veinte minutos después, se obligó a salir del agua y secarse. La camiseta de Gareth le llegaba a las rodillas y le daba un aspecto de niña abandonada.

A continuación, lavó su ropa interior y la colgó en el toallero antes de volver al dormitorio. En su ausencia, Gareth le había dejado algunas cosas en la mesita de noche. Un par de calcetines de lana, un vaso de agua junto a dos pastillas de analgésico y un ejemplar de *Newsweek*.

Ella se puso los calcetines y, por primera vez en todo el día, le dieron ganas

de reírse de lo ridícula que estaba. Incluso con amnesia, sabía que un hombre como Gareth podía elegir a las mujeres que quisiera. Podía ser malhumorado y huraño, pero exudaba virilidad y cualquier fémina entre dieciocho y ochenta años caería rendida a sus pies.

En la cama, le costó dormir. Se revolvió entre las sábanas, aunque el movimiento le causaba dolor en la pierna y la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba cuando se había despertado y había visto a dos hombres mirándola con desconfianza.

¿Qué hacía ella en Montaña Wolff? ¿Qué había ido a buscar? ¿Estaba su padre metido en negocios sucios? Las preguntas la sofocaban, impidiéndole descansar.

Al fin, cuando el reloj de la mesita marcaba las dos y media de la madrugada, se levantó de la cama y se asomó a la puerta. Pensó que podía explorar la casa. Tal vez, así, encontraría algo que despertara sus recuerdos.

Además, tenía hambre. Con el corazón acelerado, salió al pasillo.

Gareth la oyó salir de la habitación. Siguió el sonido de sus suaves pisadas sobre la moqueta, hasta encontrar a su huésped en la cocina. Se asomó a la puerta, sin que ella lo viera.

Gracie estaba tomándose un vaso de leche y un pedazo de pan con queso. Luego, se levantó y lavó los cacharros en el fregadero para, a continuación, guardarlos en el armario. Él sonrió. ¿Acaso pensaba que así borraría las huellas de sus andanzas nocturnas?

Su sonrisa se desvaneció cuando la vio acercarse al ordenador portátil que había sobre la mesa. Observó cómo ella se sentaba delante de la pantalla y comenzaba a pulsar las teclas con gesto seguro.

Gareth entró y se acercó a ella por detrás. Gracie tenía la cabeza inclinada, concentrada en la pantalla.

–¿Qué diablos crees que estás haciendo? –preguntó él, furioso.

Ella gritó y se volvió hacia él con expresión de culpabilidad.

–No podía dormir.

–¿Y decidiste meter las narices en mis asuntos? –le espetó él. Sin embargo, cuando bajó la vista al ordenador, se quedó boquiabierto. Diablos, odiaba equivocarse.

–Parece ser que no se me ha olvidado cómo se juega al solitario –repuso ella, encogiéndose de hombros.

–Ya veo.

–¿Por qué iba a estar espiando tus cosas? ¿Crees que esa es la clase de mujer que soy?

Gareth se negaba a disculparse por sus sospechas bien fundadas.

–No sé qué clase de mujer eres. Ese es el problema.

–Me iré a mi cuarto –dijo ella, cerrando el ordenador, y se puso en pie, ofendida.

Aunque ella lucía su vieja camiseta como una modelo de pasarela, Gareth

estaba seguro de que su pose seductora no era intencional.

Entonces, cuando él iba a salir de allí, más que nada para evitar la tentación, ella lo detuvo.

–Por favor, háblame de tu familia… de este lugar. Tal vez, así podré recordar algo.

–Es una buena excusa –señaló él, todavía sospechando que fuera una periodista en busca de una artículo. Su familia había sufrido mucho a manos de la prensa, que había devorado y exprimido la tragedia de los Wolff sin compasión.

–Por favor –insistió ella en voz baja. Unas hondas ojeras se dibujaban en su rostro–. Cuéntame algo, lo que sea. He peinado mi móvil. Y he hecho una búsqueda en Google sobre mí y sobre mi padre. Pero no he averiguado nada, excepto que poseemos una galería de arte.

Gareth sintió compasión por ella.

–Estás en el pico de una montaña en la cordillera Blue Ridge. Mi familia se mudó aquí en los años ochenta. Mi tío y mi padre viven en una casa enorme en lo alto. Mis hermanos y primos también se han establecido aquí.

Ella frunció el ceño.

–Sois ricos.

–Podría decirse así –repuso él con gesto de desconfianza. Era difícil mantener una conversación cuando se sentía distraído por la forma en que se le marcaban los pezones bajo el fino tejido de la camiseta. Tuvo que reprimirse para no tomarla entre sus brazos.

–Si vine a través del bosque, ¿cómo sabía yo cuál era tu casa?

–Tenías una fotografía tomada por satélite en el bolso –contestó él, encogiéndose de hombros–. Mi casa estaba rodeada con un rotulador negro.

Ella se quedó pálida por completo.

–Así que es seguro que el objetivo era conseguir algo de ti.

–Más o menos. Y, por la conversación que tuviste con tu padre, él sabe por qué viniste y cree que estás fingiendo amnesia para lograr tus propósitos.

–Quizá, yo no quiera recordar –opinó ella, torciendo la boca–. Suena como si no fuera buena persona. ¿Por qué no vine en coche sin más?

–Es un camino privado. Los guardas de seguridad no te habrían dejado pasar sin una cita.

–Por eso vine a pie.

–Parece ser.

–Lo siento –se disculpó ella.

–¿Qué?

–Lo que fuera que intentaba hacer. Ojalá pudiera acordarme.

–Cuando llamaste a mi puerta, dijiste que tenías que hablarme sobre algo.

–¿Y qué paso luego?

–Tal vez fui un poco desagradable –reconoció él, sonrojándose.

–¿Me empujaste escaleras abajo? –preguntó ella, de pronto, entrando en pánico.

–Claro que no. Solo te dije que te fueras. De muy malas maneras. Tú diste unos pasos atrás y…

–Me caí.

–Sí –afirmó él, consciente de que se metería en un buen lío si ella quisiera demandarlo. Se frotó la nuca–. Fue un accidente. Además, tú estabas infringiendo la ley. Así que ni se te ocurra demandarnos. Nuestro equipo legal te haría pedazos.

–¿Por qué tenéis un equipo legal?

La conversación estaba yendo demasiado lejos, pensó él.

–Gracie, vete a la cama. Duerme un poco. Quizá, cuando te levantes, lo veas todo más claro.

Ella titubeó y lo miró con interés. Gareth se preguntó si sería consciente de la invitación que le estaba transmitiendo con la mirada. Ya fuera deliberada o no, encendía toda su testosterona.

Entonces, él se dio media vuelta y salió de allí.

Cuando Gracie se despertó, era ya mediodía. Y nada estaba más claro que la noche anterior. Se levantó y dio un traspié al sentir un agudo dolor en la cabeza.

Se apoyó en la pared y respiró hondo unas cuantas veces.

A continuación, se miró al espejo y, en esa ocasión, la mujer que vio reflejada le resultó un poco más familiar. Se lavó los dientes, se puso la ropa del día anterior y se fue a buscar algo de comer. La casa estaba en silencio. En la cocina, encontró una nota.

Hay mucha comida en la nevera. Sírvete tú misma. Estoy trabajando. Iré a verte a media tarde.

Gracie hizo una pelota con el papel y lo tiró a la basura. ¿Cómo que estaba trabajando? ¿Qué quería decir eso? Poco después, cuando se hubo comido un plátano y un sándwich, sonó el timbre de la puerta. Ella esperó un par de segundos para ver si aparecía Gareth, pero cuando el timbre sonó por segunda vez, se acercó a la puerta a toda prisa.

En el porche, se encontró con una mujer sonriente, que entró sin esperar invitación.

–Soy Annalise –se presentó la otra mujer, tendiéndole la mano tras dejar un montón de paquetes en una silla–. Jacob tenía tu talla y tu peso, así que te hemos comprado algunas ropas. Espero que las encuentres de tu gusto. Al menos, te servirán para toda la semana. Después, ya veremos.

–Bueno, yo…

Annalise empezó a sacar cosas de los paquetes.

–Mi boutique favorita de Charlottesville ha enviado todo lo que le pedí. La encargada en un encanto.

Gracie se estremeció. ¿Qué pasaría si no podía permitirse aquellas ropas? Por la pinta que tenían los paquetes, debían de provenir de una tienda cara…

–Um, Annalise… –comenzó a decir ella, tratando de llamar la atención de la otra mujer–. Solo necesito una muda. Aprecio todas las molestias que te has tomado, pero no puedo quedarme una semana. Y, hasta que recupere la memoria,

no sé si podré devolverte el dinero.

Annalise se sentó sobre la alfombra y comenzó a quitarle las etiquetas del precio a las prendas.

–No seas tonta. Gareth paga. Es lo menos que puede hacer –comentó Annalise y, de pronto, pareció pensar en algo y se puso en pie–. Por cierto, Jacob me pidió que le echara un vistazo a tu cabeza. Dice que lo llamemos si lo necesitamos.

Antes de que Gracie pudiera negarse, la recién llegada le estaba apartando los rizos para rozarle la contusión que tenía junto a la sien.

–Hmm –murmuró Annalise–. No está hinchado, pero tienes un moratón muy feo –comentó, le volvió a colocar el pelo y siguió sacando ropas nuevas de los paquetes–. Esa bolsa pequeña contiene pomada antibiótica y más vendas impermeables. Jacob dice que puedes quitarte la que tienes en la pierna después de ducharte y ponerte una nueva.

–¿Annalise?

–¿Qué?

–¿Quién eres tú?

La otra mujer, muy hermosa y con largo cabello negro, se llevó la mano a la cabeza y sonrió.

–Es verdad. Siempre voy a toda velocidad. Soy la prima de Gareth y de Jacob, Annalise Wolff. La más pequeña de la familia. Y la única chica.

–¿También vives aquí?

–Bueno, todavía, no. Pero me mudaré pronto. solo he venido a visitar a mi padre y al tío. Ha sido una suerte para ti, porque ¿imaginas a un hombre comprando un nuevo guardarropa para una mujer? Quién sabe lo que habría elegido mi primo.

Gracie se agachó y recogió del suelo una prenda que aún llevaba la etiqueta.

–¿Un bañador? No es necesario, ¿o sí?

–¿Gareth no te la ha enseñado todavía? –preguntó Annalise, abriendo mucho los ojos.

–¿Enseñarme qué?

–La piscina cubierta.

–No. No me ha hecho un tour por la casa, en realidad. No quiere que yo esté aquí, ya sabes.

–Pero estás –repuso Annalise con una sonrisa–. Y ya era hora de que alguien le enseñara modales a ese oso malhumorado. Gareth es un hombre estupendo, aunque está anclado en el pasado. No es sano para él vivir como un ermitaño.

–¿Qué sucede con su pasado?

De pronto, la otra mujer se mostró cohibida.

–No me corresponde a mí contártelo. Hablo demasiado. Gareth te contará lo que quiera que sepas.

Entonces, Annalise se miró el reloj y soltó un gritito.

–Cielos. Voy a perder mi vuelo si no me voy corriendo.

Gracie le tendió la mano a su benefactora.

–Gracias. Creo que no nos volveremos a ver, pero te estoy muy agradecida.

Annalise le propinó un abrazo con entusiasmo y la besó en la mejilla.

–Nunca digas nunca jamás. Y recuerda… no dejes que Gareth te apabulle. En cuanto a las compras… ha sido un placer.

Capítulo Cuatro

Cuando Annalise se hubo ido, un opresivo silencio se apoderó de la casa de nuevo. Gracie quería explorar, pero le aterraba que la sorprendieran mirando por ahí. Por eso, decidió salir fuera para disfrutar del sol. Era un día precioso y soleado, no demasiado caliente.

De pronto, ardió en deseos de agarrar un pincel y plasmar aquella belleza sobre un lienzo. Se quedó paralizada, recordando…

–Soy competente, papá, conozco la técnica, pero creo que no tengo el talento necesario para ser artista. Por eso, quiero dirigir la galería. Se me daría bien, sabes que yo…

El fragmento de conversación se difuminó en su memoria y apretó los puños, frustrada. Entonces, ¿era pintora? Y, si eso era así, ¿qué conexión tenía con Montaña Wolff?

Al no poder recordar nada más, comenzó a sollozar. Debía tener paciencia, se dijo y caminó por el jardín que rodeaba la casa. Al mirar hacia arriba, soltó una exclamación, admirada. La casa que había en el pico era magnífica, una mezcla de palacio y fortaleza.

Entonces, tomó aliento y miró hacia la casa de Gareth. El día anterior, ella había ido allí para hablar con él. ¿Por qué? ¿Qué había pasado antes de que se cayera? ¿Su objetivo había sido deshonesto, inocente o una mezcla de ambos?

No tenía ni idea. Por mucho que lo intentaba, lo más cercano que recordaba era despertar en la cama de Gareth.

Con un suspiro, Gracie se encaminó de vuelta a la casa. Gareth estaba trabajando. ¿Dónde? ¿Por qué? Por lo que parecía, su fortuna era inmensa. En vez de trabajar, podía estar de crucero por la Riviera o jugando a la ruleta en Montecarlo.

Sin embargo, le costaba imaginárselo como un frívolo playboy. Algunos ricos disfrutaban presumiendo de su dinero. Pero le daba la sensación de que el huraño Gareth no tenía nada que ver con ellos.

Llegó al garaje y se puso de puntillas para mirar por las ventanas. Vio allí el jeep, junto a una Harley Davidson, un Mercedes negro clásico, una furgoneta gris y un pequeño coche eléctrico. Una extraña colección, pensó, intrigada. Todo en Gareth Wolff era misterioso.

Luego, vio que detrás se erguía un tercer edificio, de cuya chimenea de piedra estaba saliendo humo. Sintiéndose un poco como Ricitos de Oro explorando el bosque, se aventuró hacia allá.

La puerta de entrada estaba abierta y Gracie asomó la cabeza.

El interior del edificio era diáfano. En una esquina, había apilados varios troncos y, en otra, baldas con pequeñas figuras de animales y pájaros. Había mesas repletas de toda clase de herramientas. El aire olía a madera y a humo de la

chimenea. Una enorme claraboya en el techo llenaba la sala de luz, iluminando fragmentos de polvo en el aire.

Y allí estaba Gareth, de pie, lijando un enorme tablón de madera, muy concentrado. Aunque sabía que era mala idea, ella se acercó. Él levantó la cabeza, sobresaltado, y la miró, muy serio.

–Supongo que a esto te dedicas… –comentó ella, entrelazando las manos detrás de la espalda.

Él dejó la lija, se frotó las manos en los pantalones y salió de detrás de la mesa de trabajo.

Gracie se quedó mirándolo con la boca seca, fijándose en cómo los vaqueros gastados que llevaba le marcaban algunas partes muy masculinas de su anatomía.

–¿Has comido?

Ella asintió.

–¿Y has visto a Annalise?

Gracie asintió de nuevo.

–¿Recuerdas algo?

–No –negó ella, tragando saliva.

Cuando lo vio hacer una mueca de disgusto, se sintió todavía más frustrada y más culpable.

Gareth se apoyó en una columna con las manos en los bolsillos. La camiseta blanca que llevaba le sentaba muy bien.

–¿Por qué no te has cambiado? –quiso saber él, mirándola de arriba abajo–. Pensé que estarías deseando quitarte esa ropa.

–Me cambiaré después. Solo he salido a dar una vuelta por el jardín. Hace muy buen tiempo.

–Me alegro de que te encuentres mejor. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

–Un poco. Solo me he tomado una pastilla hoy. No quería quedarme todo el día dormida.

Hubo un silencio. Gracie dio unos pasos hacia él.

–¿Qué estás haciendo?

–Una cuna –contestó él, tras una pausa en la que consideró si responder o no.

–¿Para alguien de tu familia?

–No.

–¿Entonces para quién?

–Para un miembro de la familia real británica.

–¿De verdad? –preguntó ella, atónita.

–De verdad –contestó él con una sonrisa, breve pero sincera.

–Cuéntame los detalles, anda.

–Si te lo contara, tendría que matarte –repuso él, sonriendo–. Es información confidencial.

Estaban tan juntos que Gracie podía percibir su olor a jabón… y un

masculino aroma a sudor. Deseó recorrerle la piel con la lengua. Entonces, al ver que los ojos de él se oscurecían, se preguntó si estaría leyéndole la mente y dio un paso atrás.

–Tienes mejor humor. ¿Significa eso que ya me crees?

–Admito que fingir amnesia sería ir demasiado lejos. Y estoy dispuesto a darte el beneficio de la duda. Por el momento, al menos.

–Debes de disfrutar mucho con toda esta… paz. Es un buen sitio para crear –comentó ella y tragó saliva. De pronto, se recordó a sí misma extendiendo pintura sobre un lienzo. La fugaz imagen desapareció al instante.

Gareth asintió, observándola con la intensidad de un halcón acechando a su presa.

–Me mantiene ocupado –señaló él con tono indiferente, aunque no logró ocultar cierta tensión.

–¿Por qué lo haces? No creo que sea por el dinero.

–Te equivocas en eso, Gracie.

Ella lo miró, frunciendo el ceño.

–¿Qué? ¿Es que sientes la necesidad de demostrarte a ti mismo que no necesitas el dinero de tu familia?

–Has leído demasiadas novelas –replicó él con tono burlón–. Me gusta disfrutar de mi parte de la fortuna Wolff.

–Por cierto, ¿en qué consiste el negocio de vuestra familia?

–A comienzos del siglo XIX, los Wolff se dedicaban a los ferrocarriles. Luego, fuimos diversificando. A la mayoría de mis antepasados se les daba muy bien hacer dinero.

–¿Y ahora?

–Mi padre y mi tío son muy buenos en los negocios. Tienen inversiones en el transporte marítimo, en fábricas, incluso en la agricultura.

–Pero tú haces muebles.

–Eso es –asintió él.

Gracie puso una mano sobre la plancha de madera de nogal que él había estado lijando. Estaba bastante suave.

–Dime algo –pidió ella, dudando si estaba siendo demasiado entrometida–. ¿Cuánto puede costar una cuna real?

–Setenta y cinco…

A ella se le quedó la boca abierta. No recordaba a qué se dedicaba, pero estaba segura de que ni ella misma podía reunir esa cantidad en un año.

–Hace tiempo, fundé una organización benéfica –explicó él–. Solo trabajo con piezas únicas y, por alguna razón, algunas personas están dispuestas a pagar mucho dinero por ellas. Por eso, me dedico a venderlas y dono el dinero a la fundación.

–¿A qué se dedica?

–No creo que te interese –repuso él con tono cortante y gesto serio–. Ahora tengo que seguir trabajando.

–Dime qué más cosas haces –presionó ella–. Y para quién.

Él soltó un suspiro exagerado.

–Un armario para un jeque árabe. Sillas de Windson para una rica heredera de Boston. Un escritorio para un antiguo presidente…

–Es increíble –comentó ella–. Debes de tener mucho talento. ¿Estudiaste Bellas Artes?

–Estudié Derecho, por deseo de mi padre –contestó con expresión sombría–. Pero, enseguida, descubrí que no tenía madera de abogado. Le demostré a mi padre que no tenía futuro en esas lides y me alisté al Ejército para ir a la guerra de Afganistán.

–Debió de estar muy orgulloso de ti.

–Estaba muerto de miedo –reconoció él–. Y yo lamenté mi acto rebelde desde el principio. Por suerte, no me pasó nada malo. Creo que mi padre se hubiera muerto del disgusto.

Gracie se dio cuenta de que Gareth, de pronto, se había sumergido en el mundo de sus recuerdos, mirando al vacío con gesto angustiado. Esforzándose en buscar otro tema de conversación, ella reparó en una foto que había en la pared.

–¿Quién es? –preguntó Gracie, acercándose.

–Laura Wolff. Mi madre –contestó él con la mandíbula tensa.

Gracie observó que la mujer de la foto se parecía a su hijo, aunque con unos rasgos más delicados y femeninos.

–¿Vive en la casa de lo alto de la colina?

–Está muerta.

–Supongo que no quieres contarme lo que pasó.

–No –repuso él de forma abrupta–. No es asunto tuyo.

–Lo entiendo –aseguró ella en voz baja–. Pero tienes que comprender que, si no hago preguntas… no podré recomponer el mundo que me rodea. Y me aterroriza pensar que nunca llegue a recuperar la memoria –explicó, conteniendo las lágrimas.

Gareth hizo un esfuerzo visible para dejar atrás su mal humor. Y la miró con compasión.

Luego, volvió a su trabajo, tocando la madera con la delicadeza de un amante.

–Solo han pasado veinticuatro horas, Gracie. Necesitas tiempo.

–¿Cuánto? –preguntó ella, llena de impotencia y frustración–. ¿Un día? ¿Una semana? Debería volver a mi casa, en Georgia. El territorio conocido debería refrescarme la memoria.

Él hizo una pausa y la miró con una mezcla de simpatía y reticencia.

–Mi padre no parecía un hombre demasiado agradable –admitió ella–. Y, cuando pienso en salir de aquí, tengo miedo… porque solo tengo veinticuatro horas en mi archivo de memoria y Montaña Wolff es todo lo que conozco. ¿Suena muy estúpido?

–No. Aunque un poco ingenuo. No sabes nada de este lugar… Has visto mi

casa y la de Jacob. Pero nada aquí va a estimular tu memoria.

–Por eso, debería irme –repuso ella, sintiendo que se le encogía el estómago.

Gareth dejó lo que estaba haciendo para acercarse a ella.

–Creo que debes relajarte.

Con una sonrisa tranquilizadora, él le tocó la mejilla con suavidad.

–Por suerte para ti, yo siempre tengo razón.

A Gracie se le aceleró el corazón ante su tentadora caricia. Dando un paso atrás, intentó sonreír. ¿Se notaría mucho que se había sonrojado?, se preguntó.

–Te dejaré seguir trabajando –dijo ella con voz ronca.

Durante unos instantes, sus miradas se entrelazaron en silencio.

Entonces, ella se fue.

Capítulo Cinco

Gareth trepó por la colina que había detrás de su taller. Sin embargo, no podía escapar al problema que lo esperaba abajo, pensó, deteniéndose para tomar aliento.

No pensaba dejarse llevar por su atracción por la pequeña Gracie.

En una ocasión, una mujer hermosa y, en apariencia, inocente, había utilizado sus encantos para manipularlo.

Entonces, él no había sido capaz de controlar su testosterona para darse cuenta de que había sido una trampa. Y había pagado un precio muy alto.

Durante una fiesta familiar, su novia había robado una obra de arte muy valiosa, un Manet lo bastante pequeño como para esconderlo en un bolso, valorado en un cuarto de millón de dólares. La pintura había sido recuperada al final. Pero Gareth nunca se había recuperado de aquella traición. Desde entonces, se había convertido en un hombre cínico, antisocial y desconfiado.

Su padre había sido muy duro con él después del desafortunado incidente. Sintiéndose humillado, Gareth había decidido alistarse en el Ejército.

Sumido en sus pensamientos, fijó la vista en el suelo. Notó el suave musgo bajo los pies y el sonido de un arroyo cercano. Estaba exhausto, tanto física como mentalmente. Se había despertado antes de amanecer con una poderosa erección. Su noche había estado poblada de sueños calientes protagonizados por Gracie.

El bosque parecía lleno de vida. Él lo conocía bien… había jugado entre sus árboles desde niño. Durante dieciocho años, había vivido protegido del mundo exterior por el entorno inaccesible y por los guardias de seguridad de su padre.

Perderse en el bosque no era manera de lidiar con lo que sentía por esa mujer. Pero él se sentía en su hogar allí, entre la maleza, igual que en la casa que se había construido en el último año.

Había regresado de su experiencia en el Ejército convertido en un hombre y había aprendido lo solitario que era posible sentirse en medio de la multitud.

Su pasión creativa había sido su manera para curarse y encontrarle un propósito a su vida en la montaña.

Gracie podría, con facilidad, destruir la paz que él tanto había tardado en alcanzar.

Apretando la mandíbula, Gareth se giró, dándole la espalda al bucólico paisaje. Bajó a toda prisa, a pesar de que no había un sendero marcado.

Se detuvo en un promontorio desde el que se veía su casa. En la falda de la montaña, el valle se extendía bajo sus pies como un paisaje de ensueño. Allí vivían personas normales, familias con hipotecas que pagar y casas llenas de chiquillos ruidosos. Algunas veces, Gareth los envidiaba.

Cuando subió al porche del taller con pesadas pisadas, el mastín que descansaba fuera levantó la cabeza y suspiró.

Esa tarde, ni lijar ni pulir le sirvió para distraerse. Hora y media después, dejó de lado las herramientas con desagrado. Había estado a punto de cargarse una bonita tabla de cerezo, lo que significaba que era hora de parar. Se sirvió una taza de café y se la llevó al porche.

El perro apenas se había movido. Gareth se terminó el café, dejó la taza en el suelo y se apoyó en la barandilla.

Debido a la inesperada irrupción de Gracie en su vida, había comenzado a cuestionarse su autoimpuesto exilio. Su padre lo había perdonado hacía mucho tiempo. Pero él no había sido capaz de superar el pasado.

¿Sería Gracie un regalo divino o un tentador caballo de Troya?, se preguntó, mirando al cielo.

Ninguna respuesta le llegó de lo alto.

Bajó la cabeza y exhaló, presintiendo la cercanía del desastre. Reconoció lo que había estado intentando ignorar toda la mañana. Un cambio de avecinaba. Podía sentirlo en los huesos, en las entrañas.

El aire estaba cargado de algo nuevo.

Y su nombre era Gracie…

Cuando Gracie se despertó de la siesta, encontró a Jacob Wolff en la cocina, tomándose una cerveza y ojeando su agenda electrónica. Él levantó la vista y sonrió.

–Tienes mucho mejor aspecto. ¿Cómo estás?

Ella se sirvió un vaso de agua.

–Bastante bien. Ya casi no me duele la cabeza.

–¿Y tu memoria?

–Sigue en blanco –afirmó frunciendo el ceño.

Jacob se puso en pie. Llevaba una camisa blanca inmaculada, el pelo perfectamente cortado, con las sienes plateadas. Todo lo contrario de Gareth. Y, aunque era un hombre apuesto y sofisticado, no conseguía despertar su interés sexual ni lo más mínimo.

–¿Puedo preguntarte algo? –dijo ella de forma abrupta.

–Claro –repuso él, dejando la botella en la mesa.

–La casa está inmaculada… y el frigorífico está repleto de comida. Pero no hay nadie aquí excepto Gareth.

–Lo llamamos el ejército silencioso –señaló él, riendo–. Mi padre y mi tío tienen muchos empleados en la casa grande… jardineros, amas de llaves, cocineros, mecánicos. Y mis primos y yo podemos hacer uso de ellos si queremos.

–Pero a Gareth no le gusta la gente.

–Por eso, mi padre ha elaborado un sistema para que los empleados del servicio entren aquí para hacer su trabajo cuando Gareth está fuera.

–Bueno, eso lo explica –dijo ella, sonriendo–. Estaba empezando a creer que era Superman.

–Lo es, en cierta manera. Y es un poco huraño, es verdad. Pero es muy sensible. Quizá, demasiado.

Se sentaron en el sofá y Jacob le tomó el pulso, le midió la tensión y echó un vistazo al golpe de la cabeza.

–La hinchazón ha bajado –murmuró él, tomó una linterna pequeña y le sujetó la barbilla.

Gracie parpadeó mientras la examinaba las pupilas.

–¿Qué pasó con tu madre? Quiero entender a Gareth. He venido aquí por alguna razón. Por algo que tiene que ver con él. Mi padre lo sabe, pero no parece inclinado a comunicarse conmigo. Temo que mis motivos fueran cuestionables. Y no quiero que Gareth se enfade conmigo cuando la verdad salga a la luz. Me iré a mi casa en cuanto pueda pero, mientras, cuanto más sepa de él, más probabilidades tengo de acordarme de por qué vine.

Jacob la miró con gesto escéptico y, de pronto, a Gracie le pareció idéntico a su hermano.

–No hablamos de la familia con desconocidos –indicó él, sin andarse por las ramas–. Estamos hartos de salir en la prensa y de que cuenten historias sensacionalistas sobre nosotros. Podrías ser una periodista.

–Por favor, Jacob. Me ahogo en un mar de ignorancia. Échame un cable. No utilizaré la información, lo prometo. Solo quiero saber cómo murió vuestra madre.

La expresión del médico se tornó grave.

–Bueno, puedo contártelo. Con nada que busques en Internet, podrías encontrarlo tú misma. Mi tía y ella fueron asesinadas cuando éramos todos niños. Gareth era el único lo bastante mayor como para acordarse de ellas con claridad. Las secuestraron, esperaron a obtener el rescate y las mataron. ¿Es lo que querías saber, Gracie? Pues ya lo sabes.

Jacob salió de la habitación como un tornado y de la casa. Gracie se sintió mareada.

Acongojada, Gracie sufrió por aquello que había afectado a dos familias. Además, era obvio que el dolor seguía vivo después de más de veinte años. No era de extrañar que el tío y el padre de Gareth hubieran intentado proteger a los más jóvenes bajo sus alas como una gallina a sus polluelos. Sin duda, aquella experiencia debía de haberlos cambiado para siempre.

Cuando oyó el sonido de la voz de Gareth detrás de ella, Gracie dio un respingo.

–¿Era Jacob ese que se ha ido corriendo?

–Ha venido a ver cómo estaba –explicó ella y se puso en pie, tratando de ocultar su sensación de culpabilidad.

–¿Qué tal tienes la cabeza? ¿Y la pierna?

–Oh –dijo ella, aliviada–. Dice que me estoy recuperando muy bien.

–¿Te gusta nadar?

–Um, sí… supongo.

–Le pedí a Annalise que te comprara un bañador. ¿Puedes cambiarte en diez minutos?

–Claro.

Gareth la estaba esperando en la cocina, con nada más puesto que un bañador ajustado color azul.

A ella se le quedó la boca seca al verlo. Y, de pronto, se sintió desnuda con el pequeño bikini que Annalise le había comprado, aunque por el momento estaba cubierta con una toalla.

–Por aquí –indicó él de forma abrupta y comenzó a andar.

La casa estaba construida en pendiente, con varias escaleras que conducían a distintos niveles. Gareth la llevó hasta una espaciosa y cálida estancia.

En el centro, una tentadora piscina simulaba la forma de un lago. Alrededor, había plantas tropicales y flores. En la distancia, sonaba una música suave, de flautas y cantos de los indios americanos.

Gareth dejó su toalla en una hamaca.

–¿Qué te parece?

Ella miró a su alrededor con la boca abierta.

–Increíble. Nunca había visto nada igual.

–¿Cómo lo sabes?

Ella no supo qué decir hasta que comprendió que él solo estaba bromeando y sonrió.

–Eres malo –dijo ella de buen humor.

–Vamos. Veamos si sabes nadar.

Por suerte, Gareth no la esperó, se tiró al agua y empezó a hacer largos. Ella se acercó a la zona menos profunda y, cuando pensaba que él no la estaba mirando, se quitó la toalla con la que se había cubierto el cuerpo. El bikini de alta costura color lima que llevaba puesto era tan pequeño como, probablemente, caro.

Capítulo Seis

Gareth estuvo a punto de tragarse la lengua cuando vio a Gracie con ese bikini diminuto. Era una mujer delgada, pero con las curvas adecuadas en lugares precisos. Su piel pálida y cremosa era perfecta para su color rojizo de pelo. Intentando camuflar su ávido interés, la contempló mientras ella se metía con cautela en el agua.

Tras un momento, Gracie comenzó a nadar de espaldas. No lo hacía mal, observó él. Por desgracia, no iba a tener que hacer de salvavidas.

Mirando cómo sus apetecibles pechos sobresalían del agua con cada brazada, Gareth sintió una dolorosa erección y recordó que llevaba mucho tiempo sin acostarse con una fémina.

Después de veinte tortuosos minutos de verla nadar, Gareth se acercó. Ella tenía los pezones duros debajo del sujetador.

Intentó no quedarse embobado.

–¿Te gustaría venir a la cascada? –preguntó él con voz ronca.

–Claro –repuso ella.

Él le dio la mano y caminaron juntos dentro de la piscina, hacia la parte honda. Cuando ella dejó de hacer pie, protestó.

–Es demasiado hondo.

–Súbete a mi espalda –ofreció él, sujetándola de la cintura.

Los dos se miraron. Él notó cómo la respiración de ella se aceleraba… se fijó en cómo las gotas le pintaban las pestañas como diamantes.

Despacio, agarrándose a él, Gracie le dio la vuelta hasta posar las manos en sus hombros.

–Agárrate –dijo él y comenzó a nadar hacia lo hondo, hasta que llegaron ante la cascada.

Gareth la dejó sobre el escalón que había en el fondo, para que hiciera pie.

–¿Estás bien así?

–Nunca he estado mejor.

Gracie rio con inocencia cuando el agua de la cascada cayó sobre ella. Al oírla, algo se encendió dentro de él. Deseó poseerla allí mismo. Haciendo un esfuerzo, apartó la vista para controlar sus impulsos.

Su dulzura y su entusiasmo por vivir lo desarmaban.

Él le dio la mano para guiarla fuera de la cascada principal.

–¿Puedo besarte?

Ella se quedó perpleja aunque, instantes después, en sus ojos se dibujó algo más. Excitación. Interés. Cautela.

–¿Gracie?

Hubo una larga pausa. Justo cuando él pensaba que iba a rechazarlo, ella le tendió los brazos.

–De acuerdo.

Gareth sabía que era muy posible que ella quisiera experimentar con él, probar si el beso estimulaba su recuerdo. Según su padre, no tenía novio ni marido. Pero, aun así…

Cuando sus labios se tocaron, ella le rodeó el cuello con las manos y todo pensamiento consciente se evaporó de su mente.

Gracie movió la boca con suavidad y curiosidad. Él intentó ser suave. Pero su sabor lo volvía loco. Sus cuerpos estaban muy pegados, piel con piel. Sus lenguas se enredaron.

Ella posó las manos en los hombros, como si no estuviera segura de si abrazarlo o apartarlo. Mientras, Gareth la besaba con intensidad, sin titubeos.

Gracie Darlington no sabía nada de su pasado. Y Gareth no sabía nada de ella.

Tomando aliento, Gareth apartó la boca y dio un paso atrás.

Gracie salió de la piscina, consciente de que Gareth la seguía con la mirada.

Se secó y se envolvió en la toalla, aliviada por poder cubrirse. De regreso a su dormitorio, contempló cada rincón de la casa por donde pasaba. Era todo muy hermoso. Después de una ducha rápida, se secó el pelo y buscó entre su ropa nueva. Annalise había incluido también algo de maquillaje, así que se puso sombra de ojos, máscara de pestañas y brillo rosado en los labios.

Gracie escogió un vestido color cereza con una cenefa de florecitas blancas en el borde. Su reflejo en el espejo le devolvió la imagen de una mujer relajada y feliz… siempre y cuando nadie se fijara en la expresión de sus ojos.

Cuando entró en el enorme salón, vio que la mesita estaba puesta con deliciosas viandas.

Gareth estaba de pie junto a la chimenea, mirando el fuego. También se había cambiado. Llevaba unos pantalones de algodón oscuros y una sudadera color crema que resaltaba su virilidad.

–Huele muy bien –comentó ella desde la puerta.

–¿Quieres comer conmigo? –invitó él, tendiéndole la mano.

Gareth pretendía que se sentaran en el suelo. Tras un instante de titubeo, se quitó las sandalias y se sentó sobre un cómodo cojín de terciopelo. Él la imitó, en el lado opuesto de una mesa baja.

Comieron en silencio unos minutos. Solomillo de ternera, espárragos con mayonesa y patatas asadas.

Gracie suspiró, tragando un apetitoso bocado.

–A mí no me salen tan bien las patatas –dijo ella y se quedó petrificada–. Me acuerdo –añadió con el corazón acelerado–. Mi cocina es blanca y amarilla. Creo que soy buena cocinera.

Gareth había dejado de comer y la observaba con atención.

Ella cerró los ojos, esforzándose en concentrarse. Poco a poco, una escena se materializó en su cabeza.

–Estaba parada delante el horno, riendo. Había otra mujer.

–Dime cómo es.

Por mucho que Gracie lo intentó, no consiguió visualizar su rostro. Dejó el tenedor, sintiendo un nudo en el estómago.

–No lo entiendo –susurró ella–. La imagen ha desaparecido.

–El cerebro funciona a su manera –comentó él con tono de consuelo–. Ya lo recordarás. Prueba el pastel de cereza. Eso lo cura todo.

–Se nota que tú no tienes problemas de peso.

–Tu cuerpo es perfecto –afirmó él, mirándola a los ojos con ardor–. Cómete el pastel.

Gracie obedeció, sin apenas saborear el exquisito bocado. Él no dejaba de contemplarla. El deseo era una señal de alarma en sus ojos. Y la habitación estaba subiendo de temperatura a cada momento…

Gareth se echó hacia atrás y estiró las piernas.

–Tengo una idea. Tengo que hacer un viaje rápido a Washington D. C. dentro de un par de días. Podrías venir conmigo. Un senador me ha encargado un arcón para guardar las armas y quiere dar una fiesta en Georgetown para presentar su nueva pieza y al artista.

–Me sorprende que quieras ir.

–No quería hacerlo, por eso, le dije que si quería contar con mi presencia, tendría que donar cien mil dólares a mi fundación benéfica. Nunca pensé que aceptaría.

Ella rio al ver su cara de pocos amigos.

–Pobre Gareth. Debe de parecerte un castigo peor que el infierno.

–Pero será un infierno más divertido si me acompañas.

–¿Solo soy un instrumento para impedir que te aburras? –aventuró ella sin disimular su coqueteo.

Gareth afiló la mirada, captando el mensaje.

–Ten cuidado, Gracie. No empieces algo que no puedes terminar.

De pronto, ella bostezó, sin poder controlarse.

–Lo siento –se disculpó Gracie, sonrojándose.

–Di buenas noches, Gracie –ordenó él, se puso en pie y la ayudó a levantarse.

Ella ladeó la cabeza, observándolo con atención.

–Es curioso. Me parece que es lo mismo que solía decirme mi padre.

–Descansa un poco –propuso él y le dio un fugaz beso en la mejilla–. Hablaremos del viaje mañana.

–¿Me tienes miedo? –susurró ella, tocándole la cara y acercándose un poco.

Gareth inclinó la cabeza y la besó con una mezcla de ternura y pasión desenfrenada que hizo que ella se derritiera. Sin embargo, duró demasiado poco.

Decepcionada, se dejó conducir por el pasillo.

–Vete a la cama. Y quédate allí.

Gracie tuvo la sensación de que él trataba de impedir que los dos hicieran una tontería.

Su bonito dormitorio estaba empezando a parecerle una prisión. Se puso un camisón de seda y se lavó los dientes. Jacob le había dicho que podía tomarse un analgésico antes de acostarse, así que eso hizo. La medicación fue mano de santo y se quedó dormida como un tronco.

Capítulo Siete

Gareth se despertó cuando oyó el primer grito y corrió a su habitación. Gracie había dejado encendida la luz de la mesilla. Estaba enredada entre las sábanas, retorciéndose como si estuviera luchando con alguien.

Él se sentó a su lado y apartó las sábanas.

–¡No! –gritó ella.

El terror que impregnaba esa única sílaba le puso a Gareth los pelos de punta. Ella empezó a llorar y a forcejear con él mientras intentaba despertarla.

–No pasa nada, Gracie. Despierta. Todo está bien.

Tuvo que repetírselo varias veces con firmeza, hasta que consiguió arrancarla de los brazos de la pesadilla. Al fin, por suerte, ella abrió los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y todo el cuerpo le temblaba.

Gareth le dio unos segundos para comprender dónde se hallaba y la tomó entre sus brazos.

–Shh –la calmó él–. Todo está bien. Era un sueño –añadió, acariciándole el pelo–. Nadie va a hacerte daño.

Ella hundió la cabeza en su pecho. Entonces, de pronto, él se dio cuenta de lo que llevaba puesto. Al tocar la seda de su camisón, se le quedó la boca seca. Maldita Annalise, pensó. Su romántica prima había intentado sacarlo de su cueva muchas veces… En el pasado, se había empeñado en presentarle a amigas y a compañeras de trabajo.

Pero él no necesitaba a una mujer para ser feliz. El sexo… eso era otra historia. De todos modos, un hombre podía resolver sus necesidades con sus propias manos, si era necesario. Hasta que encontrara a una mujer en la que pudiera confiar, no estaba interesado en la compañía femenina.

No obstante, su libido estaba demasiado despierta y no podía dejar de pensar en lo suave que era su invitada, el olor de su pelo, sus pechos casi al descubierto apretados contra su torso.

–Apaga la luz –pidió ella con voz ronca y sensual y se apartó, quitándose el pelo de la cara con manos temblorosas.

Él hizo lo que le pedía.

–Estaba corriendo en la oscuridad –relató ella con labios temblorosos–. Algo me perseguía. Yo sabía que, si encontraba el camino a casa, me salvaría. Pero, cada vez que abría una puerta, no había nada detrás. Tengo mucho miedo de que me odies cuando descubras por qué vine a verte –reconoció ella, sin pensarlo.

Gareth supo, en su interior, que era sincera.

–Te irás a tu casa dentro de unos días. Hasta entonces, tienes que pensar en otra cosa –aconsejó él, sin confesarle que había mandado hacer investigaciones sobre Edward Darlington.

–Es fácil para ti decirlo. No eres tú quien tiene el cerebro en blanco.

¿Estabas dormido?

–Son las dos de la madrugada. Claro que estaba dormido –respondió él. Y teniendo unos sueños muy bonitos.

Gracie tembló y él la acarició el brazo.

–¿Estarás bien?

Ella lo miró con expresión de vulnerabilidad.

–No. ¿Puedes quedarte? Por favor.

Gareth se quedó boquiabierto un momento y, al instante, esbozó una expresión indescifrable. Aunque no pudo ocultar la erección que latía entre ellos.

–Puedo quedarme sentado mientras te duermes –se ofreció él, poniéndose en pie y pasándose la mano por el pelo.

–¿Y si tengo otra pesadilla cuando te hayas ido?

–Los dos sabemos… Tendría que ser un desgraciado para aprovecharme de ti en tu situación. Y te aseguro que, si me quedara a pasar la noche en esta habitación, no dormirías nada.

–¿Y si soy yo quien se aprovecha de ti? –preguntó ella en voz baja–. Eres un hombre fascinante, Gareth Wolff. Pronto, me iré. ¿Tan raro te parece que quiera acostarme contigo?

La erección de él creció de forma visible.

–No te haré ninguna promesa que no piense cumplir. No puedo ofrecerte ternura ni amor. No soy esa clase de hombre. No sería más que una aventura… dos personas satisfaciendo su deseo.

Gracie se incorporó con el cuerpo temblando de ansiedad.

–Lo comprendo. Acepto tus condiciones –afirmó ella y le tendió la mano–. Sigo deseándote.

La noche pareció congelarse en ese segundo. Gareth podría haber sido una estatua, su cuerpo estaba rígido. Entonces, él exhalo. Sus ojos parecían estar librando una reñida batalla interior.

–Ahora vuelvo.

Gareth cumplió su palabra y regresó con un puñado de sobres de plástico, que dejó en la mesilla. A ella se le aceleró el corazón, viendo cómo se quitaba los pantalones sin ceremonia.

Tenía un cuerpo magnífico… desde los anchos hombros a la cintura y su parte más masculina, que apuntaba hacia arriba en señal de invitación.

Gracie levantó los brazos y dejó que él le quitara el fino pedazo de seda por la cabeza, quedándose con nada más que unas delicadas braguitas de encaje.

Uniendo sus torsos, se besaron. Primero, con tímidos mordiscos y lametazos, seguidos de besos más profundos e intensos. Él era un experto, estaba claro que sabía bien cómo complacer a una mujer. Ella soltó un grito sofocado, inundada por oleadas de placer y deseándolo tanto que le daba vueltas la cabeza.

La piel de él estaba ardiendo… Sabía a menta y a café y, al apretarse contra él, percibió los acelerados latidos de su corazón.

Gareth la hizo tumbarse boca arriba sobre el colchón, le abrió los muslos y

se acomodó entre ellos.

–No sé cómo complacerte… ni qué quieres –balbuceó ella, tensa.

–Habrá tiempo para eso después –repuso él, deslizando el dedo bajo sus braguitas–. Lo importante ahora mismo es que yo sé cómo darte placer a ti.

Sin previo aviso, le separó más las piernas.

Cuando le quitó las braguitas y la besó en su parte más íntima, ella se estremeció. Era una sensación indescriptible.

Gareth parecía decidido a hacerla explotar con lentos y suaves lametazos. Ella estaba muy mojada, incluso desde antes. Pronto, su cuerpo tembló con el orgasmo. Lo agarró del pelo, meciéndose en un clímax tan intenso que vio las estrellas.

–Eres hermosa –susurró él con voz sensual–. Y me encanta cómo llegas al éxtasis.

–Calla –gimió ella, hundiendo la cara en su hombro–. No me gusta hablar de eso.

–Así que quieres que actúe sin más –adivinó él y la besó en la frente–. De acuerdo, Gracie. Te complaceré.

Él terminó de ponerse el preservativo y la penetró con una poderosa arremetida. Ella contuvo el aliento y su cuerpo se abrió para darle la bienvenida.

Gareth se quedó quieto, obviamente sintiendo la misma conexión.

Despacio, muy despacio, él comenzó a moverse más y más dentro, mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas.

Gareth entró y salió varias veces con un ritmo lento que lo estaba convirtiendo todo en fuego. Enseguida, ella sintió que se estaba acercando al clímax de nuevo.

Su piel estaba llena de sudor, sus respiraciones eran jadeos. Él se retiró de pronto y la miró.

–Prométeme que no vas a arrepentirte de esto.

–Nada de promesas –replicó ella, provocándolo–. ¿Lo recuerdas?

–Bruja. Si quieres jugar… –dijo él, afilando la mirada con una sonrisa traviesa. Le agarró de las muñecas y se las sujetó sobre la cabeza–. Suplica.

Ella abrió mucho los ojos y se humedeció los labios.

–¿Para qué?

Lo sabes muy bien. Puede que no te acuerdes de tu pasado, pero me pienso asegurar de que no olvides esto, Gracie Darlington.

–Por favor, Gareth. Hazme el amor –rogó ella, obedeciendo entre jadeos. Al mismo tiempo, se le encogió el corazón al darse cuenta de que él nunca la amaría. Esa palabra no estaba en su vocabulario.

La deliciosa fricción comenzó de nuevo, llevándola a la cima. Los dos llegaron al orgasmo juntos, dejándose caer y caer en un estremecedor océano de placer.

Gareth se tumbó boca arriba.

Cielos, ¿qué acababa de hacer?

Gracie estaba callada a su lado, con un brazo sobre su pecho y una pierna entre las suyas.

–No ha estado tan mal para ser nuestra primera vez –bromeó él.

–Cualquier hombre puede impresionar a una amnésica –dijo ella con tono provocador. A pesar de la situación en la que se encontraba, no era la clase de mujer que perdiera su dignidad.

–Ven a Washington conmigo –pidió él, tocándole el pelo–. Los cerezos están en flor.

–No tengo nada que ponerme. Annalise me ha traído ropa informal, pero nada para llevar a una fiesta elegante.

–Puede comprarte algo. La llamaré por la mañana y haré que te envíe lo necesario. Será divertido. Así, te olvidarás un poco de tu problema. El senador quiere que represente el papel de rebelde domado. Bastará con ponerme el esmoquin. La fiesta dará qué hablar durante toda la temporada.

–Eres un cínico.

–A la gente le gusta tener de qué hablar. Si no, se lo inventan.

Gracie se quedó en silencio con la cara apoyada en el pecho de él.

–Tendré que irme a mi casa cuando volvamos de Washington. Mi padre habrá vuelto para entonces. ¿Me acompañarás?

–Sí. No tienes nada que temer, Gracie. Seguro que, cuando te veas en tu terreno, recuperas la memoria.

–¿Y si no es así?

–Poco a poco –aconsejó él y alargó la mano para tomar un preservativo–. No me has respondido todavía. ¿Vendrás conmigo? Te llevaré a un hotel maravilloso. Las camas son tan cómodas que nunca quieres levantarte. Te ponen flores frescas a diario. Y se ven las montañas desde la ventana…

–¿Has llevado a otras mujeres allí?

Su tono de voz no era fácil de descifrar, pensó Gareth. No eran simples celos. Más bien, parecía dolida resignación.

–¿Importa eso? –preguntó él, colocándola sobre su dura erección.

Ella se apoyó en su pecho y lo miró, sonriendo.

–Al parecer, no.

–¿Vendrás conmigo?

Gracie asintió y gritó de placer cuando él la penetró de nuevo.

–¿Eso es un sí? –quiso saber él y apretó los dientes, esforzándose en no llegar al orgasmo en ese mismo momento, como un adolescente inexperto. Estar dentro de ella era lo más parecido que conocía al paraíso. Era demasiado bueno para ser verdad.

–Sí –susurró ella y se incorporó encima de él, haciendo que la penetrara en profundidad. Despacio, con la destreza de una sirena, lo fue llevando al cielo.

–Más despacio –pidió él, sujetándola de las caderas. No quería terminar todavía. Ni nunca.

Entonces, Gareth deslizó un dedo en la parte donde sus cuerpos se unían,

haciéndola estremecer. Cuando frotó su centro más sensible, ella se quedó rígida mientras los músculos de su interior se agitaban con los espasmos del orgasmo, llevándolo a él también al clímax.

Ambos cayeron rendidos, saciados, en un amasijo de brazos y piernas entrelazados.

Capítulo Ocho

–¿Estás loco?

Gareth se encogió ante el tono de incredulidad de su hermano. Estaban sentados en el despacho de Jacob, delante de una gran ventana que daba al bosque.

Gotas de lluvia golpeaban en el cristal.

–¿Qué daño puede hacerme? –preguntó él con voz tranquila–. Se está volviendo loca intentando recordar. El viaje la ayudará a descansar. Un cambio de aires la sentará bien.

–Si lo haces porque no confías en ella, puede quedarse en mi casa hasta que tú vuelvas.

–No es eso –protestó Gareth–. O no del todo.

–No puedes llevarte a alguien que sufre amnesia y soltarla en un entorno desconocido. Podría suceder cualquier cosa. Está demasiado vulnerable, hermano. Es como soltar a un niño pequeño en medio del tráfico.

–¿No estás exagerando? Vamos, Jacob. Puede desenvolverse bien con las tareas cotidianas. No es ninguna tonta –señaló Gareth, se puso en pie y comenzó a dar vueltas en la sala.

–No quieres entender lo que te digo –insistió Jacob, frunciendo el ceño con preocupación–. Gracie no puede defenderse, como cualquiera en su situación. No tiene punto de referencia para tomar decisiones racionales. Es emocionalmente débil, aunque no quiera demostrarlo.

Las palabras de su hermano dieron en el blanco y Gareth se sintió culpable.

–Tu consejo me llega demasiado tarde. Lo hablamos… anoche. Yo la invité y ella aceptó.

–Cielo santo. Te has acostado con ella –adivinó Jacob y se puso en pie con gesto combativo–. ¿Cómo has podido? Estaba bajo tu protección. No esperaba que te aprovecharas de una mujer indefensa.

Jacob lo conocía demasiado como para andarse con rodeos. Gareth se debatió entre su impulso de defenderse y la certeza de que su hermano tenía razón.

–Pasó, sin más.

Sin embargo, la verdad era que había estado fantaseando con tener sexo con Gracie desde el principio. Ella le hacía sentir cosas que había creído muertas hacía mucho tiempo. La calidez de su sonrisa y la admiración que sentía por su fortaleza habían comenzado a derretir el hielo de su armadura. La deseaba, aunque los motivos que la habían llevado allí fueran inaceptables.

–Tuvo una pesadilla. Yo la consolé.

–Pamplinas. Es la excusa más vil que he oído jamás. Deberías haberte ido. No hacía falta que te acostaras con ella.

–Fue idea suya.

–Y tú no titubeaste en aceptar.

–Intenté negarme. Pero es muy persuasiva.

Jacob levantó las manos al aire con disgusto.

–Me rindo. Está claro que has perdido la cabeza. Pero te juro que… si llevártela de viaje empeora las cosas, no esperes que yo lo arregle después.

–Eres médico. Tu deber es ayudar a la gente.

–Pero no tengo por qué pegar tus platos rotos.

–Tiene que irse a su casa. Después de Washington. Y quiere que yo la lleve –informó Gareth, frotándose la nuca.

–¿Le dijiste que lo harías?

–Sí.

–Sabes que está asustada.

–Así es. Todavía no sabe por qué vino aquí. Ni qué tiene que ver su padre con todo eso.

–Me parece obvio que Gracie no es una amenaza –opinó Jacob, encogiéndose de hombros–. Aunque fuera periodista, ¿qué clase de historia podría escribir? Nunca la has llevado a la casa grande a conocer a nuestro padre. ¿Lo has hecho a propósito?

–Claro que sí. Papá no se encuentra muy bien. Y no es necesario involucrarle en esto. Gracie se irá enseguida.

–¿Dónde está ella ahora?

–La dejé durmiendo. Pero se está haciendo tarde. Debería ir a ver dónde está.

–Si quiere ir contigo a Washington, la decisión es suya. Ten mucho cuidado, Gareth.

–Lo tendré todo controlado. No te preocupes.

Gracie se despertó a media mañana, recordando la noche increíble que había pasado. Podría haber pensado que había sido un sueño, de no ser por las huellas inconfundibles que había en la almohada a su lado.

–¿Gareth?

No hubo respuesta. Salió de la cama envuelta en la sábana y se dirigió al baño. Al descubrir que estaba vacío, experimentó una mezcla de alivio y decepción.

Meneando la cabeza, se metió en la ducha. Era casi la hora de comer. No era de extrañar que Gareth se hubiera levantado ya. Había sido considerado al dejarla dormir, pero él no había querido perder más tiempo en la cama.

La noche anterior habían tenido sexo. Y había sido increíble. Sin embargo, a la luz del día, se daba cuenta de que él seguía siendo un Wolff. Y ella, una intrusa con un pasado oscuro.

Cuando se hubo duchado y vestido con unos pantalones azules, una blusa blanca sin mangas y bailarinas rojas, barajó sus opciones. Podía ir con él a Washington, sin embargo, debía poner en orden su vida. Y, para ello, tenía que comunicarse con su padre.

Tras un rápido desayuno con cereales, buscó el móvil y lo encendió. Tenía

la carga de baterías a medias, pero era suficiente. Buscó en la agenda el contacto marcado como Papá. Con el corazón acelerado, apretó el botón de llamada.

Has llamado a Edward Darlington, propietario y director de la Galería Darlington en Savannah, Georgia. Estoy fuera del país por el momento y la galería está cerrada. Espero estar de regreso la semana que viene. Deja un mensaje. Ah, sí… y, si eres Gracie, no te rindas, pequeña. Haz que me sienta orgulloso de ti.

Grace se quedó mirando el aparato mientras sonaba el tono para dejar el mensaje en el buzón de voz. ¿Por qué la había enviado su padre para enfrentarse con un Wolff? ¿Y por qué Gareth en particular?

¿Qué quería decir su padre con que no se rindiera? ¿Había ido ella a la montaña Wolff por iniciativa propia o bajo presión? Cerrando los ojos, intentó concentrarse en la voz del contestador. Se recordó a sí misma hablando con él, tratando de complacerlo.

¿Pero por qué? ¿Porque era una buena hija? ¿O tenía una razón más egoísta?

Entonces, visualizó la imagen de una galería… con cuadros. ¿Sería fruto de su imaginación o sería un recuerdo real?

De nuevo, buscó en la agenda, intentando encontrar algún nombre que despertara su memoria. Ni siquiera consiguió nada leyendo una lista de correos electrónicos. La mayoría parecía ser de clientes, sobre temas de negocios.

Y los que eran personales, provenían de personas cuyo nombre no significaba nada para ella.

Debía relajarse, se dijo y pensó en Gareth y en cómo la había consolado la noche anterior. Necesitaba verlo.

No lo encontró en el salón ni en su dormitorio, que estaba perfectamente recogido y limpio.

Entonces, Gracie se puso una chaqueta y salió fuera. El sol se había ocultado tras nubarrones grises. Tiritando, corrió al taller de Gareth. Sin embargo, las puertas estaban cerradas.

Se acercó y, con cautela, miró por la ventana. La habitación estaba vacía. Solo había un perro, durmiendo acurrucado en una alfombra.

El aire se impregnó de olor a lluvia. De pronto, fue consciente de que estaba en medio de ninguna parte, con nadie a quien acudir en caso de emergencia y con un hombre al que apenas conocía.

Acobardada por la tormenta que se avecinaba y una sensación de profunda soledad, corrió de vuelta a la casa y cerró la puerta tras ella de un portazo contra el fuerte viento. ¿Qué podía hacer?

Recorrió los pasillos, observando los cuadros que había en las paredes y las esculturas. Por primera vez, se dio cuenta de que algo faltaba. No había ni una sola foto en toda la casa, ni siquiera en el austero dormitorio de su dueño.

La habitación más acogedora de todo el edificio, aparte de la piscina cubierta, era la cocina. Había ajos y tomates secos colgando de cuerdas sobre la

encimera.

Pero no había imanes de colores en el frigorífico, ni fotos, ni nada que le diera un toque más personal.

Fuera, la tormenta estaba en todo su esplendor. Gracie se encogió con un trueno. El sonido de la lluvia resonaba en el tejado.

Con la compañía adecuada, habría sido un día perfecto para acurrucarse delante de la chimenea y disfrutar de la candela mientras leía… o, mejor aún, haciendo el amor.

Aunque había intentando sacarse de la cabeza lo que había pasado la noche anterior, no lo había conseguido. Le había rogado a Gareth que se quedara en su habitación… y en su cama. ¿Sería por eso por lo que él había desaparecido por la mañana? ¿Para tener un poco de espacio? No podía estar más avergonzada.

Al final, se fue a la biblioteca. Era una sala enorme, con tres paredes cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Ojeó los títulos. Al parecer, Gareth Wolff debía de ser un hombre con gran interés por la cultura y el conocimiento.

Durante media hora, estuvo eligiendo un libro y, luego, otro. Demasiado inquieta como para sentarse a leer, al fin, se arrodilló y abrió un armario. No encontró nada raro: pilas de revistas, papel para escribir y sobres, una colección de cartas de béisbol.

Sin embargo, al abrir la siguiente puerta, dio en el blanco. Allí estaban las fotos que había echado en falta. Había muchos álbumes de cuero, con letras doradas en las portadas, marcando las fechas.

Vencida por la curiosidad, se llevó al sofá tres de los volúmenes más grandes y empezó a pasar sus páginas. Alguien había documentado al detalle todo lo que se había escrito sobre la tragedia de los Wolff.

Los recortes iban desde el *New York Times* a la más ruin de las revistas del corazón. Algunos artículos eran estrictamente periodísticos, otros eran provocativos y sensacionalistas. Una foto en particular le llamó la atención. Estaba en blanco y negro, bastante desenfocada, pero era muy hiriente.

Tal vez, el fotógrafo se había colado allí, pues Gracie no creía que la familia Wolff hubiera dejado entrar a la prensa al funeral. En la imagen, dos hombres de altura parecida estaban delante de sendos ataúdes decorados con coronas de flores. Entre ambos, había un chiquillo vestido con un traje negro, dándoles las manos.

En el pie de foto, se leía:

Los magnates Victor y Vicent Wolff lloran la pérdida de sus esposas. Los acompaña su hijo y sobrino de siete años, Gareth Wolff.

Con el corazón roto, ella no pudo controlar las lágrimas. Qué tragedia tan horrible, pensó. Y siguió leyendo.

Las esposas de los multimillonarios Victor y Vicent Wolff fueron secuestradas a punta de pistola mientras estaban de compras en una calle muy transitada de Charlottesville, Virginia. No se supo nada de los raptores durante

tres días, hasta que hicieron una llamada pidiendo dinero. A pesar de que los hermanos Wolff entregaron el rescate, que se rumorea fue de tres millones de dólares, las mujeres fueron asesinadas al estilo de una ejecución, con sendos tiros en la cabeza. Sus cuerpos aparecieron en una casa abandonada en los suburbios de Washington. Se ofrece una recompensa para cualquiera que pueda dar información que aclare el crimen.

Gracie se estremeció, deseando no haberlo leído. ¿Quién habría reunido esa colección tan morbosa? ¿Por qué Gareth guardaba algo tan doloroso? La tragedia había alterado la vida de toda su familia. Los había hecho apartarse de la sociedad.

Otros artículos describían cómo los hermanos habían vendido sus lujosas mansiones en Virginia y se habían comprado una remota montaña, donde habían construido una fortaleza para proteger a sus hijos de los peligros del mundo. Habían contratado maestros privados, guardias de seguridad y habían rechazado todo contacto con el exterior.

Dejando a un lado los álbumes, Gracie se sentó con las piernas dobladas y la barbilla apoyada en las rodillas. Un frío helador anidaba en lo más hondo de su pecho. ¿Tendría ella madre?

Una vez más, miró la misma foto en el álbum abierto a su lado y, durante un instante fugaz, recordó otro funeral. Había una niña de la mano de su padre. ¿Sería ella misma? ¿Acaso tenía eso en común con Gareth?

Al momento, su memoria volvió a oscurecerse. Aunque igual no había sido un recuerdo. Era posible que, en su desesperación por recuperar su pasado, estuviera inventándoselo.

La lluvia redobló su intensidad, repiqueteando en los cristales y poniéndola todavía más nerviosa. ¿Dónde diablos estaría Gareth?

Gareth bajó del jeep y corrió al porche. Se sacudió antes de entrar. Estaba calado hasta los huesos. Y todavía no había decidido cómo enfrentarse a lo que había sucedido la noche anterior con Gracie.

En el baño, se quitó la ropa empapada y se puso unos vaqueros y una camisa de franela. Esa tarde, tenía que hacer algunos preparativos para el viaje, pero primero quería asegurarse de que Gracie estuviera bien. Además, le entusiasmaba la idea de volver a verla. Tanto, que se sentía desconcertado.

Era necesario que hablara con ella para aclarar las cosas. Quizá, siguiendo el consejo de Jacob, era mejor que no la llevara en su viaje. Después de lo que había pasado, irse con ella unos días fuera cobraba un significado por completo diferente.

Maldición, pensó él, notando cómo su erección crecía. Le había costado mucho abandonarla en la cama esa mañana. Sin embargo, había sido una cuestión de supervivencia. Hacía mucho tiempo que no había sentido nada parecido por una mujer.

Gracie, con todo el halo de misterio que la rodeaba, era distinta de las demás. Le daban ganas de protegerla. Y, al mismo tiempo, quería protegerse de

ella.

Tras secarse el pelo un poco con la toalla, salió del baño y se fue a buscarla. La encontró en una de sus habitaciones favoritas de la casa.

Pero, en la puerta, se quedó paralizado.

–¿Qué diablos estás haciendo?

Ella levantó la vista con recelo. Tenía la máscara de pestañas corrida sobre la mejilla, señal de que había estado llorando.

–No debería haberlo hecho.

Gareth se puso furioso, presa de un mar de sentimientos conflictivos. No quería ni mirarla.

–Sabes muy bien que no –le espetó él. Una vez más, ella había roto las barreras.

Al oír su tono helador, Gracie se quedó pálida. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la angustia pintaba su rostro.

–Lo siento mucho –susurró ella.

–¿Qué? ¿Espiarme?

A ella le tembló el labio. Se puso en pie para mirarlo a la cara.

–No… Bueno, sí. He sido una entrometida. Pero me refería a que siento lo de tu madre. Lo siento mucho, Gareth. Eras solo un niño.

–No quiero hablar de mi madre contigo –replicó él. No podía dejar que ella ahondara en su punto débil. Era una herida demasiado profunda que todavía no se había curado.

–Ocurrió hace mucho tiempo, pero te sigue doliendo.

–¿Es que eres experta en duelos? Tú y tu espléndida memoria.

Gracie se encogió. Sin embargo, él estaba demasiado enfadado. No consentía que nadie rompiera las murallas que había levantado alrededor de su corazón para protegerse.

–¿Quién hizo los álbumes? –preguntó ella, mirándolo con compasión.

–Yo –contestó él y le dio una patada al sofá–. Ninguno de los adultos que me rodeaba pareció darse cuenta de tenía edad para leer. Y los periódicos estaban por toda la casa. Recorté los artículos y los guardé. Yo pensaba que todo lo que leía era verdad. Créeme, algunas historias me encogieron el estómago.

–¿Qué quieres decir?

–Vi fotos de los cuerpos de mi madre y mi tía. Tenían los ojos cerrados. Y dos agujeros en la cabeza, chorreando sangre.

Gracie parecía a punto de romperse en pedazos. Pero a Gareth no le importó.

–La prensa amarilla insinuó que había sido un asunto de drogas y amantes secretos… Eran capaces de inventar cualquier cosa con tal de vender. Yo era demasiado pequeño para entender que lo que decían era mentira.

Cuando ella dio un paso para acercarse, Gareth la detuvo con un gesto de la mano. Tenía el estómago revuelto.

–Me pasé meses sin dormir. Me levantaba gritando y mi padre nunca

venía. Siempre me quedaba con la niñera. Mi padre estaba sedado en su dormitorio, demasiado ocupado con su propio dolor y con su sensación de culpa.

–¿Culpa?

–Sentía que había fracasado en su papel de esposo, que no la había protegido lo suficiente.

–Estaban de compras, como millones de mujeres hacen a diario –señaló ella, tendiéndole las manos–. No se puede meter a las personas en una burbuja.

–Te equivocas. Si tienes dinero, puedes esconderte para siempre. Eso es lo que mi padre y mi tío hicieron con nosotros. Nada de partidos de fútbol, ni de paseos al zoo, ni cenas en la hamburguesería. Todo nuestro mundo se limitó a esta montaña.

Gareth odiaba hablar de todo aquello. Odiaba que ella hubiera destapado la caja de Pandora. Sin embargo, por alguna razón, sus enormes ojos llenos de compasión lo incitaban a hablar, como si así pudiera librarse de todo el dolor.

–¿Ya estás contenta? –preguntó él con sarcasmo, sirviéndose un vaso de whisky.

Entonces, al mirarla, se dio cuenta de lo vulnerable que ella parecía allí parada, descalza, con los ojos muy abiertos.

Jacob tenía razón. Era una mujer indefensa. Y él no podía protegerla. No podía permitirse el lujo de enamorarse de ella.

–No estoy contenta, Gareth –contestó ella–. ¿Cómo iba a estarlo? Me gustaría poder borrar todos esos terribles recuerdos de tu mente.

–Eso es –murmuró él y le dio otro trago a su bebida–. Tú te quejas mucho de tu amnesia, pero yo me he pasando noches rogando porque el cerebro se me quedara en blanco.

–Debió de ser insoportable.

Su compasión inundó a Gareth, haciéndolo sentir a su merced. Desnudo.

Lanzó el vaso de cristal a la chimenea y lo rompió en pedazos.

–Vete de mi vista –rugió él y apretó la mandíbula–. No quiero verte.

Capítulo Nueve

Gracie corrió por el bosque, llorando sin parar. No recordaba cómo había llegado allí, pero sabía que no volvería.

No podía quedarse allí.

El sudor le corría por la frente. Había dejado de llover y había salido el sol, convirtiendo el bosque primaveral en una húmeda sauna.

No hacía más que resbalarse en la tierra embarrada. En medio de su loca huida, se le trabó un pie en una gruesa raíz y cayó con un grito de dolor, rodando en el suelo como una pelota. Por encima de sus jadeos, oyó a alguien maldiciendo y acercándose.

Gareth se paró en seco delante de ella, lívido.

–Lo siento, Gracie. Diablos, lo siento –se disculpó y se arrodilló a su lado–. Cielos, estás descalza.

Sus pies estaban hechos un desastre, con cortes, sangrando. Y el tobillo se le había hinchado. Gracie se ocultó la cara entre los brazos, avergonzada y dolorida.

–No estaba pensando con claridad –se excusó ella–. Ya sé lo que vas a decir, que soy una estúpida.

Él la levantó en sus brazos y comenzó a subir la montaña de nuevo.

–Te equivocas –murmuró Gareth–. Estaba pensando que soy un imbécil.

En esa ocasión, Jacob no se mostró tan amable cuando se presentaron en su casa.

–Hay que ver lo cabezota que eres –le reprendió el médico a su hermano.

Los dos hombres se miraron a los ojos, librando una batalla silenciosa. Gareth sostenía a Gracie en sus brazos. Ella olía a sudor y temblaba.

–No necesito que me des un sermón, Jacob. Ocúpate de ella… por favor.

–Estoy bien –señaló Gracie, intuyendo la preocupación de su rescatador. Lo último que quería era ser motivo de disputa entre los dos hermanos.

Jacob maldijo y los condujo a su consulta. Gareth la depositó en una camilla con cuidado.

–¿Quieres que me quede? –le preguntó Gareth a ella.

–No. No te necesitamos –se adelantó Jacob.

De nuevo, los dos hombres se enfrentaron en silencio. Pero, al parecer, Gareth decidió no presentar batalla y salió.

–¿Estás bien? –le preguntó Jacob a Gracie, preocupado.

–He sido una estúpida. No ha sido culpa de Gareth –afirmó ella, tragándose las lágrimas.

–Sí, ya, claro –repuso él–. Conozco a mi hermano, Gracie. Es duro y tozudo. Deja que te vea.

Aunque la tocó con suavidad, fue muy doloroso. El tobillo tenía una pinta

horrible. Por suerte, sin embargo, la radiografía no mostró huellas de fractura. Después de limpiarle los cortes y los rasguños, Jacob le vendó el pie en silencio con gesto grave.

–Puedes caminar distancias pequeñas. Hoy debes ponerte hielo mientras descansas. Para el dolor, toma ibuprofeno –prescribió él y le cubrió los pies con unos suaves calcetines de algodón.

Cuando hubo terminado, Jacob se sentó en una silla, cruzándose de brazos.

–Creo que deberías dejar que te lleve a casa, Gracie.

–Todavía, no –susurró ella–. Mi padre está fuera del país y no sé a quién llamar. No sé quiénes son amigos y quiénes son clientes. Además… –añadió e hizo una pausa, buscando las palabras–. Gareth…

–Si esperas conseguir algo de él, olvídalo. Gareth no tiene capacidad para amar ni para confiar. Fue el único de los seis niños lo bastante mayor para recordar a nuestra tía y a nuestra madre. Fue el único a quien permitieron ir al funeral.

–Me pongo enferma de pensarlo –reconoció ella.

–Gareth se enfrentó a algo que no era adecuado para un niño. No solo a la pérdida de su madre, sino a toda la violencia… a cómo se trató el tema en el ojo público. Kieran y yo solo teníamos cuatro y cinco años. Estuvimos más protegidos.

–Pero también supisteis que vuestra madre no iba a volver.

–Sí –admitió él–. Nos dieron un sermón sobre el cielo y sobre lo mucho que ella nos quería. Recuerdo que tuve algunas pesadillas y que me sentía confundido. Pero, al final… lo superé. Gareth no tuvo tanta suerte. Y, si no tienes cuidado, su dolor te salpicará también a ti.

–Es amable cuando quiere.

–No vayas a Washington con él. No te enamores de él.

–No planeo hacerlo –repuso ella, mirándolo a los ojos–. ¿Qué sentido tendría enamorarme?

Jacob se levantó de la silla y le puso una mano en el hombro.

–Sé fuerte, Gracie. Concéntrate en recuperar tu memoria. Tienes una vida esperándote. Yo quiero a mi hermano. Es un hombre complicado, pero maravilloso. Sin embargo, sé que no es ningún príncipe azul.

Entonces, Jacob le dio un beso en la mejilla, al mismo tiempo que Gareth asomaba la cabeza por la puerta con impaciencia. Miró a su hermano echando chispas por los ojos.

–Es privilegio médico.

Gareth murmuró una protesta, hasta que posó los ojos en los pies vendados de ella y se acercó, sin pensar en nada más.

–¿Te ha curado bien? –le preguntó él, acariciándole el pelo.

Ella asintió, con un nudo en la garganta.

Gareth la tomó en sus brazos de nuevo, listo para llevarla al jeep.

–Te debo una, hermano.

–Recuerda ponerte hielo –insistió Jacob a su paciente, tras acompañarlos a la puerta–. Y pon el pie en alto. Eso bajará la hinchazón.

De vuelta en casa, Gareth la llevó en brazos hasta su dormitorio y la depositó en la cama.

–Te traeré algo de comer.

Ella se quedó tumbada, mirando al techo, tratando de no pensar en nada. Momentos después, su anfitrión regresó con una bandeja para dos. Había sándwiches de pavo y queso y una rosa en un vasito de cristal.

–No tengo hambre –señaló ella cuando él iba a acercarle el plato.

–Tienes que comer. Son órdenes del médico.

Por su expresión de determinación, estaba claro que Gareth no iba a aceptar un no por respuesta. Ella intentó comer, pero le costaba un mundo tragar cada bocado. Dejó el sándwich a medias en el plato.

–Lo siento mucho, Gareth. Lo siento. He metido las narices en tu vida y me avergüenzo por ello. Si prefieres que no te acompañe a Washington, Jacob me llevará a casa.

–¿Te ha aconsejado él que no vengas conmigo? –quiso saber Gareth.

–Quiere protegerte.

–Y a ti, me parece.

–Solo como parte de su deber profesional. Tú eres su principal preocupación.

–Soy un hombre adulto. Puedo cuidarme solo. No tenemos por qué cambiar de plan. Pasaremos un par de días en Washington y, luego, veremos si tu padre ha regresado. No pienso llevarte a Savannah hasta que él no esté allí para cuidarte. Te debo una explicación.

–No me debes nada –le tranquilizó ella, tocándole el brazo para consolarlo.

–Eres la única persona que ha visto esos álbumes jamás –confesó él.

–¿Cómo es posible? No estaban tan escondidos.

–Durante años, guardé los recortes en cajas debajo de la cama. Poco a poco, en secreto, empecé a ordenar los periódicos por fechas y a pegar los recortes. Estoy seguro de que esta obsesión mía por el secuestro y el asesinato es algo insano. Pero no podía quitármelo de la cabeza. Un día, mi padre me sorprendió mirando mi macabra colección y se volvió loco de furia. Me ordenó que destruyera los álbumes… llamó a uno de los criados para que se los llevara.

–Oh, Gareth…

–Yo rogué, supliqué… Él no comprendía que todos esos pedazos de papel eran lo único que tenía de mi madre. Y que me conectaban con ella, aunque fuera de una forma horrible. Eran una manera de mantenerla viva en mi recuerdo.

–¿Qué pasó?

–Nuestra ama de llaves guardó los álbumes en secreto. Bendita sea. Años después, me los dio, diciéndome que ya era lo bastante mayor como para decidir su destino.

–Y te los quedaste.

–Yo había cambiado, madurado. Pensé en destruirlos… por mi propia salud mental. Pero me quedé bloqueado. Me pareció un acto de deslealtad borrar el

único recuerdo que tenía de mi madre. Por alguna razón… no pude… no puedo deshacerme de ellos. Tomé la decisión de no volverlos a abrir nunca más, ni siquiera el primer día que me los devolvió el ama de llaves. Los he guardado un poco como un exalcohólico escondería una botella de ginebra.

–Y cuando entraste en la biblioteca hoy…

–Vi que tenías abierto uno de los álbumes. Vi la foto que había en esa página. Y no pude controlarme. Lo siento.

Gracie salió de la cama, encogiéndose de dolor cuando pisó el suelo. Lo abrazó, a pesar de que él estaba demasiado tenso como para corresponderla.

–Si vuelves a disculparte, te abofetearé.

–Eres increíble –dijo él, sonriendo un poco, y la abrazó–. No debes tener miedo de mí. No estoy loco. Te lo juro, Gracie.

–Nadie ha dicho que lo estuvieras –apuntó ella, sonriendo.

–Me desharé de ellos, si crees que debo hacerlo.

Lo que eso significaba la sorprendió y la inundó de calidez.

–Creo que, por el momento, podemos meterlos en el armario otra vez. Ojos que no ven, corazón que no siente. ¿Quieres que lo haga yo?

–Ya lo he hecho –rezongó él–. Y no… no los he mirado.

–No habría pasado nada si lo hubieras hecho.

–Esa fase de mi vida ya pasó. Mis hermanos, mis primos y yo la hemos dejado atrás.

Y era hora de que ella hiciera lo mismo. Tomó el móvil, marcó el número de su padre y lo puso en modo altavoz.

A Gareth se le oscureció la mirada cuando escuchó el mensaje del contestador.

–No te lo tomes a mal, pero tu padre me empieza a caer muy gordo. Y eso que no lo conozco.

–¿Qué crees que quiere? ¿Por casualidad, pintas, además de hacer muebles?

–No –negó él–. No tengo ni idea de qué quiere. Tiene una galería. Quizá, sea como el senador. Igual cree que si hago una aparición en público allí, eso le daría publicidad.

–Pero yo ni siquiera te conocía. Y me acerqué a ti de una manera muy poco ortodoxa. Es probable que supiera que tu respuesta de antemano a lo él que quisiera pedirte iba a ser un no.

–Quizá pensó que me convencerías con tus encantos. Eres bastante mona.

–¿Bastante mona? –repitió ella, fingiéndose ofendida.

Sin poder evitarlo, la besó con pasión.

–Los hombres somos muy débiles. Tal vez, tu padre sea más listo de lo que pensamos.

–También tengo viejos mensajes de clientes en el móvil –señaló ella, apartándose con gesto serio–. Es posible que quisiera venderte algo.

–No lo sé. Ojalá lo supiera –contestó él con desesperación–. Pero lo

averiguaremos. Te lo prometo.

Capítulo Diez

Gracie mejoró rápido. Setenta y dos horas después, todavía tenía el tobillo un poco dolorido, pero podía caminar con normalidad. La cabeza apenas le dolía. Los cortes y moratones habían empezado a borrarse y Jacob le había quitado los puntos de la pierna.

Él estuvo encerrado en su taller la mayor parte del tiempo, evitando verla durante el día. Y, cuando estaban juntos, parecía incómodo. Tal vez porque odiaba haber compartido con ella tantos detalles de su vida personal, pensó Gracie.

La cena era el único momento que compartían del día. Incluso entonces, él se limitaba a beber, comer y conversar solo lo mínimo. Después del primer día así, Gracie se rindió, encerrándose en su propio silencio y tratando de fingir que nunca habían dormido juntos.

Dedicó las horas de soledad a leer periódicos y revistas, además de buscar información en Internet sobre todo en general y sobre su padre en particular. Su galería tenía una página web, aunque el nombre de ella no aparecía registrado en ninguna parte. Observó las fotos y no logró nada más que una desagradable sensación de ansiedad.

Los artículos sobre Savannah llamaron su atención. Miró fotos de la vieja ciudad, leyó historias de su pasado. Pequeños y fugaces recuerdos le dieron la esperanza de que pronto recuperaría la memoria. Lo único que tenía que hacer era ser paciente.

Aunque no era fácil, sobre todo cuando estaba en su cuarto de noche, deseando que Gareth estuviera con ella. Se encontraba entre la espada y la pared. Si se recobraba de su amnesia, tendría que irse de allí. Pero, si no era así, solo podría disfrutar de sus cuidados y atenciones durante un breve tiempo. Pronto, ella regresaría a su casa, en busca de su pasado.

Cuatro días después del suceso de los álbumes, Gareth fue a buscarla una mañana. La encontró en la biblioteca, ojeando los libros.

–Nos vamos a mediodía. ¿Te parece bien? –señaló él desde la puerta. Su expresión era sombría. Y marcadas ojeras delataban su falta de sueño.

–¿Nos va a llevar Jacob al aeropuerto?

–No.

–¿Iremos en coche? –preguntó ella de nuevo.

–No.

–¿Entonces cómo vamos a ir? –inquirió ella, poniéndose en jarras.

Gracie Darlington era tan amenazadora como un gatito.

–Ya lo verás –repuso él, disfrutando de provocarla–. Tu maleta ha llegado hace un rato. Annalise me ha asegurado que llevas todo lo necesario.

–¿Qué debo ponerme para viajar?

Él se encogió de hombros.

–Algo cómodo. Informal.

Gareth la tomó de la mano y la llevó al pasillo, donde la acorraló contra la pared. Cuando ella abrió la boca para protestar, la acalló de la forma más rápida que conocía.

–Shh, Gracie –dijo él. Le encantaba la manera en que el cuerpo de ella se relajaba cuando la besaba–. Te he echado de menos.

–No soy yo quien se ha estado escondiendo –repuso ella, mordiéndose el labio inferior.

–He estado trabajando –se excusó él–. Lo siento si te has sentido rechazada. Este fin de semana te compensaré por ello.

–Puede que no sepa mucho, pero estoy segura de que debería tener cuidado con los hombres como tú.

–Soy inofensivo.

La risa de ella se transformó en un suspiro de placer que hizo que la erección de Gareth se endureciera todavía más. Mantenerse alejado de ella le había parecido lo adecuado. Escuchar la voz de Edward Darlington en el contestador del teléfono le había recordado todas las razones por las que no debía confiar en ella.

Sin embargo, la deseaba. Su cuerpo rememoraba el cálido momento en que la había penetrado. Su suave piel, sus pechos… una belleza tan irresistible que cualquier hombre podía perderse en ella para siempre.

–Pero tengo que avisarte de algo –advirtió él, apretándole los glúteos.

–¿Qué?

–He reservado dos habitaciones en el hotel. No es necesario que seas mi amante. Podemos ir como amigos, si lo prefieres.

Ella echó la cara hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–Jacob me ha dado un buen sermón –explicó él, colocándole un rizo detrás de la oreja–. Y estoy decidido a protegerte de mí mismo.

–¿Es eso posible?

–Lo intentaré –repuso él–. No quiero que pienses mal de mí cuando esto termine.

–No has hecho nada malo. ¿Por qué iba a pensar mal?

–No debería haberte hecho el amor.

–Fue culpa mía –afirmó ella, poniéndose tensa entre sus brazos–. Lo siento.

Gareth maldijo para sus adentros ante su tono de sufrimiento.

–No quiero que te disculpes. Lo único que quiero es tenerte –señaló él y apretó su erección contra el cuerpo de ella, gimiendo.

–Yo también –replicó ella, rodeándole la cintura con las piernas–. El viaje a Washington no va a ser un viaje de amigos. Los dos lo sabemos. Aunque sería agradable que te mostraras más contento.

–No estoy contento –admitió él a regañadientes y se movió entre los muslos de ella–. Has puesto mi vida cabeza abajo, Gracie. Me has hecho cuestionarme cosas que nunca antes había puesto en duda.

–Estarás más contento cuando me vaya.

–Ahora no puedo pensar en eso –reconoció él con voz ronca. La dejó en el suelo y le quitó los pantalones y las braguitas.

–Gareth –llamó ella, apoyándose en la pared, presa del deseo.

–Sube los brazos.

Ella obedeció al instante.

Luego, hizo una pausa para contemplarla. Se deleitó con su fina cintura, sus femeninas caderas, sus pechos pequeños y perfectos, el vello pelirrojo que tenía entre las piernas.

Gracie se cruzó de brazos, mordiéndose el labio inferior.

–Me da vergüenza ser la única que está desnuda –dijo ella con las mejillas sonrojadas de deseo.

Gareth le tocó un pecho, haciendo círculos alrededor de su pezón y contemplando cómo se ponía duro.

–Ahora voy. Primero, deja que disfrute de las vistas –pidió él, inclinó la cabeza y saboreó su pezón, haciéndola gritar de placer.

Ella enredó los dedos en su pelo, apretándolo contra su pecho.

Se desabrochó los pantalones y dejó en libertad su poderosa erección. Con desesperación, buscó el preservativo que se había guardado en el bolsillo. Se lo puso y, cuando ella lo acarició de forma íntima, se estremeció.

–Te deseo mucho –musitó ella–. Tanto, que me haces temblar. Me derrito por dentro solo de mirarte.

–Te necesito, Gracie –confesó él, alineando la entrepierna de ella con la suya. Al instante, se arrepintió de haber dicho en alto aquellas palabras. Pero, cuando se hundió en ella, todo pensamiento se desvaneció de su mente.

Gareth se sumergió sin encontrar resistencia, encajando dentro de ella a la perfección. Sus cuerpos se fundieron en uno solo.

–Nunca olvidaré esto –susurró ella, apoyando la cabeza en el hombro de él–. Nunca te olvidaré.

Una vez más, Gareth percibió el dolor y la resignación de su comentario. Pero meneó la cabeza, negándose a pensar en nada.

–No hables, Gracie. Deja que te lleve al orgasmo.

Él aceleró su ritmo y la penetró en más profundidad.

–Gareth. Gareth. Gareth. Gareth –gimió ella con pasión y lo rodeó con más fuerza con las piernas–. No pares. Por favor, no pares.

Y, de hecho, él no podía parar. Con los ojos cerrados, sintió que se acercaba al clímax. Notó cómo los músculos de ella se contraían y llegaron al éxtasis al mismo tiempo.

Se dio una ducha y se vistió con un traje de chaqueta con pantalones de seda azul y una blusa color crema.

En esa ocasión, Annalise había añadido también un maletín con sofisticados cosméticos. Gracie se maquilló un poco e hizo la maleta.

A continuación, decidió esperar a Gareth en el salón. Enseguida, él

apareció.

–Annalise tiene muy buen gusto –dijo él, contemplándola–. Pero me gustas más desnuda.

Ella abrió la boca para responder, pero prefirió cerrarla de nuevo.

En pocos minutos, Gareth guardó el equipaje en el coche y se pusieron en marcha. Él estaba muy guapo, con una camisa blanca inmaculada, las mangas remangadas, y pantalones oscuros.

El jeep trotó por el camino desigual que llevaba a la cima de la montaña.

–No me digas que tienes un aeropuerto allí arriba.

–Claro que no, no seas ridícula.

Cuando él paró el coche, Gracie abrió mucho los ojos, tensa y aprensiva. No era un aeropuerto, sino un helipuerto. Había un helicóptero negro y amarillo, con enormes ventanas.

–¿Gareth?

–Vamos –ordenó él, sin darle tiempo a asustarse.

Un hombre uniformado los recibió y los ayudó a llevar las maletas. El piloto los saludó, subió al aparato y puso en marcha las hélices.

Gareth le dio la mano a Gracie para ayudarla a subir y a sentarse. Le abrochó el cinturón.

–Póntelos –dijo él, tendiéndole unos cascos para las orejas con intercomunicador.

Sin previo aviso, el vehículo se elevó en el aire. Gracie observó admirada las vistas de la casa desde el cielo, mientras se dirigían al noreste. Estaba fascinada y aterrorizada al mismo tiempo. Se sentía como un pájaro sobrevolando los fértiles campos de Virginia. Pasaron encima de ríos y lagos. Poco a poco, fue dejando atrás el miedo inicial y empezó a disfrutar.

–¿Estás bien? –le preguntó él, tocándole el brazo.

Ella asintió. Sus asientos estaban pegados, sus cuerpos casi se tocaban. Él le puso una mantita alrededor de los hombros, pues el aire estaba muy frío.

En muy poco tiempo, Gracie empezó a reconocer el paisaje de Washington. El piloto sobrevoló el Potomac y, pronto, descendieron despacio sobre el tejado de un alto edificio.

Un trío de hombres jóvenes recogió su equipaje. Gareth se despidió de la tripulación, antes de rodear a Gracie de la cintura y conducirla hacia una puerta.

El interior del hotel era silencioso y sofisticado. La encargada, una despampanante rubia que solo tenía ojos para Gareth, les dio la bienvenida en el vestíbulo.

–Estamos encantados de verlo de nuevo, señor Wolff –saludó la rubia–. Su suite está lista.

Capítulo Once

Cuando llegaron a su destino, Gareth dejó que su acompañante saliera primero. Por alguna extraña razón, ella estaba tan nerviosa como si fuera una novia virgen en su noche de bodas. Solo había una puerta en esa planta, justo enfrente del ascensor. Él uso la llave para abrir.

Una suave música clásica los recibió en la espaciosa suite. Había preciosos ramos de flores con rosas, fucsias e iris en la mesita de la entrada y en dos pedestales de mármol en el salón.

Gareth puso el cartel de No Molestar y cerró la puerta con llave.

–Al fin, solos –dijo él con una sonrisa.

–Estoy impresionada. Aunque no recuerdo mi pasado, creo que nunca había estado en un hotel tan lujoso –reconoció ella.

–Mira esto –invitó él, tomándola de la mano.

Unas puertas dobles daban a un pequeño balcón con barandilla de hierro forjado. A su derecha, se extendían el edificio del Capitolio, el Monumento de Washington y todos los famosos museos de la ciudad. El sol de la tarde estaba bajo en el cielo, bañando de una cálida luz a los turistas que iban de paseo con sus cámaras y los paseantes.

Gracie se deleitó con las vistas.

–Ojalá pudiera recordar si he estado aquí alguna vez. Me resulta todo muy familiar, pero puede que sea por todas las películas que he visto.

Gareth le masajeó los hombros, dándole calor con su cuerpo.

–¿Qué más da? Vive el presente. Disfruta de estar aquí conmigo…

Gracie se estremeció al notar su aliento caliente en la nuca y ladeó al cabeza, ofreciéndole la boca.

Gareth no titubeó en aceptar. Sin embargo, trató de mantener la compostura, pues estaban a la vista de todos. La agarró de las caderas y le recorrió el cuello con su lengua. Muy despacio, le desabotonó la chaqueta y se la quitó.

La blusa de ella era fina, igual que el delicado sujetador de encaje que se había puesto. No había manera de ocultar la excitación de sus pezones endurecidos, que a él no le pasó desapercibida.

–¿Cuándo tenemos que ir a casa del senador? –preguntó ella, intentando con desesperación no dejarse llevar por el deseo. Habían tenido sexo hacía apenas unas horas y, aun así, bullía entre ellos una necesidad tan intensa que era casi dolorosa.

–A las ocho –murmuró él, acariciándole los glúteos–. Nos quedan unas horas. Tenemos tiempo.

–Yo tengo prisa –rogó ella, derritiéndose–. No me hagas esperar.

Gareth lanzó un masculino gemido.

–Vamos dentro, Gracie Darlington. Deja que yo lleve las riendas.

Entonces, la tomó en sus brazos, atravesó el lujoso salón y entró en un dormitorio, donde alguien había dejado ya su equipaje.

Después de apartar el edredón y quitarle los zapatos, la depositó con cuidado sobre un montón de almohadas, en la cama.

–Ahora quiero tomarme mi tiempo. Quiero hacerte suplicar –señaló él, desnudándose–. Imagina que estamos solos en el mundo, que no existe nada más. Ni teléfonos, ni parientes. Solo tú y yo.

Al ver el cuerpo desnudo de Gareth todo lo demás se difuminó de la mente de Gracie. Al ver su gran erección, se le quedó la boca seca, imaginándose el momento en que la penetraría.

–Fingiré que tengo amnesia –bromeó ella y se incorporó sobre un codo–. Lo único que recuerdo son mis momentos contigo.

–Me gusta eso –repuso él, riendo. Se tumbó a su lado y le desabrochó los pantalones–. Cierra los ojos. Relájate. Deja que te dé placer.

Gracie obedeció, aunque no era una persona pasiva por naturaleza. Ceder el control le ponía un poco nerviosa.

Gareth le acarició las piernas y le quitó las braguitas, mientras comenzaba su exploración.

Ella sintió su aliento en el muslo. Momentos después, sus labios y su lengua estaban acariciando su parte más íntima.

–Estate quieta –ordenó él.

Aferrándose a las sábanas, ella gritó de placer cuando sus besos la estaban llevando al borde del clímax. Pero él cambió de rumbo y empezó a bajar hacia el tobillo.

Ella se estremeció.

–Levanta los brazos.

Gracie obedeció al instante. Entonces, él le quitó la blusa por encima de la cabeza, haciendo una parada para besarla en los labios. A continuación, la liberó del sujetador con un experto movimiento.

Ella notó sus manos en la cintura, en el vientre, en los pechos. Comenzó jadear de excitación, intentando anticiparse a su próxima incursión. Con los ojos cerrados, las sensaciones se hacían más intensas.

–Abre la boca –susurró él, recorriéndole el cuello con la punta del dedo. Entonces, la besó en profundidad, entrelazando sus lenguas. Cuando ella intentó sujetarlo, él se lo impidió–. Nada de tocar. Nada de hablar –insistió.

De pronto, el pasado que no recordaba le pareció algo insignificante a Gracie. Cuando se hubiera separado de él, sin embargo, sus días se teñirían de tristeza.

No necesitaba tener memoria para saber eso. A pesar de lo delicioso de las caricias de él, ella perdió las ganas. Los ojos se le llenaron de lágrimas y quiso acurrucarse entre las mantas para llorar…

Gareth percibió enseguida su cambio de humor.

–¿Qué te pasa? –preguntó con preocupada–. Dime, Gracie. Si he hecho

algo mal, lo siento.

Ella abrió los ojos y, al verlos llenos de dolor, a Gareth se le encogió el corazón.

–No debería haber dado por hecho… –comenzó a decir él, tocándole la mejilla con ternura–. Te había dicho que podíamos venir aquí como amigos. Oh, he sido un idiota. Perdóname, Gracie.

–No es eso –murmuró ella, sin poder contener una lágrima–. Sí quiero. De verdad…

–¿Pero? –inquirió Gareth. Echaba de menos ver su sonrisa, lo necesitaba con desesperación.

–Creo que no soy la clase de mujer que pueda entregarse al sexo sin compromiso –admitió ella con labios temblorosos–. Quiero hacerlo. Lo he intentado. Pero creo que me he enamorado de ti.

Aquellas palabras le llegaron al alma a Gareth. Pero, enseguida, la sombra de la sospecha oscureció su alegría inicial. Se sentía vulnerable con Gracie Darlington. Y un hombre vulnerable era un hombre débil.

–Eso es imposible. Tu situación te está…

Ella lo acalló, posando un dedo en sus labios. Ese pequeño contacto bastó para endurecer la erección de él.

–No niegues lo que siento –protestó ella con gesto desolado–. Es mi problema, no el tuyo. No tengo intención de intimar contigo… ni con ningún hombre, hasta que recupere la memoria.

La referencia a cualquier hombre despertó una inesperada chispa de rabia en él.

–Tu padre te dijo que no tienes marido ni novio. ¿No lo crees?

–Sí, claro que lo creo –afirmó ella, tapándose con el edredón–. Pero albergo un siniestro vacío en mi interior. Quiero saber la verdad, aunque temo lo que pueda encontrar –explicó y lo miró, esperando que la entendiera.

–¿Y qué tiene de malo que tengas sexo conmigo? –quiso saber él.

–Tú lo tienes todo, Gareth. Familia y riqueza. Encima, tienes una gran confianza en ti mismo. No es nada malo, pero es un poco apabullante para una mujer que no tiene en la vida más que un puñado de mensajes y un padre muy desapegado.

–¿Apabullada? –repitió él–. Nada de eso. Te has mantenido a mi altura en todo momento. Y quiero creer que viniste a Montaña Wolff sin malas intenciones. Eres un tesoro, Gracie. Todo en ti es dulce e inocente.

–Quieres creerlo, pero no estás dispuesto a dar el paso decisivo. Piensas que, igual, soy una excelente actriz. Y no puedes soportara la idea de que te engañe y te empuje a traicionar a tu familia.

–No es posible ser tan buena actriz.

Gareth se dio cuenta de que Gracie necesitaba creer que él había cambiado de idea. Sin embargo, no podía engañarla. Lo cierto era que todavía albergaba dudas que podían empañar su dicha. Por eso, necesitaba darle un poco de espacio.

Haciendo un esfuerzo enorme, se levantó de la cama y se puso los pantalones.

–Toma –le dijo a ella, tendiéndole un albornoz–. Ponte cómoda. Date un baño, si quieres. O échate una siesta. Puedes pedir lo que quieras al servicio de habitaciones.

Gracie se sentó en la cama y se puso el albornoz. Así, desarreglada y con el pelo revuelto, parecía demasiado joven, incluso menor de edad, observó él.

–¿Y qué vas a hacer tú?

–Tengo que hacer algunas llamadas –repuso Gareth, encogiéndose de hombros–. Revisaré el correo electrónico. Si te parece bien, podemos salir a las siete y cuarto. He pedido un coche. La casa de senador está en Maclean, Virginia.

Ella se levantó y empezó a recoger sus ropas del suelo. Gareth tragó saliva cuando vio cómo la bata se le ajustaba a los glúteos. Apartó la mirada para controlar su impulso de arrastrarla de nuevo a la cama.

–Lo siento, Gareth –dijo ella, desde la puerta.

–Vete –repuso él con un nudo en la garganta–. Hablaremos después.

En cuanto oyó que la puerta del otro dormitorio se cerraba, Gareth garabateó una nota, la dejó en la mesa de la entrada y se esfumó. Se estaba ahogando entre aquellas paredes y, en esa ocasión, no podía correr a refugiarse a su taller.

Salió por la puerta principal, ignorando los intentos de Chandra de llamar su atención. Con el pecho oprimido, no podía dejar de pensar en las palabras de Gracie. Le había dicho que creía que se estaba enamorando de él. ¿Qué podía decir un hombre a algo así? Ella no estaba pensando con claridad… eso era todo. Lo más probable era que la amnesia le estuviera haciendo imaginarse cosas, se dijo a sí mismo para tranquilizarse.

No era la clase de hombre que ella necesitaba, caviló él. Era egoísta y cínico. Ninguna mujer en su sano juicio querría a alguien que todavía no había vencido a los fantasmas de su pasado. Gracie era dulce… confiada. Y se merecía una pareja que la cuidara y la mimara.

En el pasado, Gareth había sido un hombre idealista y había creído en el amor. Incluso después de todo lo que había sufrido de niño, había estado dispuesto a enamorarse. El resultado había sido tan desastroso que había amputado su capacidad de confiar. Le gustaban las mujeres, sí. Y Gracie le gustaba mucho. Pero, si lo que tenía para ella no le bastaba, él no podía ofrecerle más.

La llevaría a su casa como le había prometido. La ayudaría a encontrar sus raíces, su vida. Y, luego, regresaría a su montaña, para disfrutar de la soledad… y de su cama vacía.

No necesitaba a Gracie Darlington para ser feliz. En absoluto.

Capítulo Doce

Gracie llenó la bañera de agua y añadió un puñado de sales aromáticas.

Era una cobarde. Y una imbécil. No había adjetivos suficientes para describir lo mal que pensaba de sí misma en ese momento. Le había dicho a Gareth que se había enamorado de él y había echado el freno. Había actuado como una manipuladora.

Ella quería aprovechar la oportunidad que la vida le brindaba de estar con Gareth Wolff, aunque fuera solo unos pocos días. Sin embargo, lo había echado todo a perder.

Cuando se iba a meter en el agua caliente, notó que la cara le ardía. Pero no era por el calor, sino de humillación. No podía sacarse de la cabeza la expresión de pánico que había esbozado Gareth cuando le había hablado de amor. ¿Acaso había esperado ella que él se tirara a sus pies y le declarara su rendición incondicional?

Gracie se rio de sí misma con amargura. Era posible que lo hubiera asustado y, a partir de entonces, fuera él quien no quisiera tener sexo con ella. Los tipos con fobia al compromiso solían terminar sus relaciones y evitar a toda costa las situaciones que los hacían sentir incómodos, caviló, mientras alargaba una pierna para pasarse la cuchilla. Y, a juzgar por la cara que Gareth había puesto cuando ella le había confesado sus sentimientos, se había sentido muy, muy incómodo.

Era doloroso. Debía reconocer lo evidente. Eran dos personas muy diferentes. Y veían el mundo de manera distinta. No debía olvidarlo.

Por eso, la pregunta era si tendría las agallas necesarias para llevar aquella aventura hasta el final. ¿Y podría soportar la mirada de desprecio de Gareth si la verdad acerca de Gracie Darlington no tenía nada de honorable?

Ella le había prometido pasar la velada con él. Incluso en medio de la multitud, la atracción que los unía sería difícil de ignorar. No era justo para Gareth que ella le enviara mensajes contradictorios. O lo deseaba o no. Así de sencillo.

Esa noche, cuando regresaran al hotel, tendría que dar un paso al frente o retirarse, se dijo Gracie. De una vez por todas.

Después del baño, revisó las opciones que Annalise le había preparado para la fiesta. Había tres vestidos, todos de diseñadores famosos y todos muy sensuales, de colores rojo, esmeralda y negro. El último parecía la opción más modesta. Y, aunque no parecía ser muy exuberante colgado en la percha, al ponérselo la cosa era muy diferente.

Gracie se miró al espejo por delante y por delante. No podía llevar sujetador, ni nada más que un tanga, pues el vestido se ajustaba al máximo a la piel. El escote delantero en uve no parecía muy llamativo. Sin embargo, la espalda estaba por completo al descubierto, con solo un pequeño pliegue en la parte baja.

Un dibujo de lentejuelas resaltaba el volumen de sus pechos. El caro tejido

se ajustaba también a las caderas y la cintura y llegaba hasta el suelo.

Gracie pensó en cambiarse, pero su vanidad ganó la partida. La mujer que veía en el espejo era guapa, segura de sí misma… sexy. Y ella quería ser esa mujer.

Cuando tuvo el pelo casi seco, se peinó los rizos con los dedos, para darle un aspecto deliberadamente desarreglado. Se puso unos tacones de aguja y se miró por detrás. No estaba mal para alguien que no podía ni recordar si alguna vez se había puesto un traje de diseño.

Una vez lista, comenzó a dar vueltas en la habitación como una leona enjaulada, debatiéndose entre ir a ver a Gareth o seguir escondiéndose hasta el último minuto.

Sin embargo, no tuvo que decidir nada. El teléfono de la suite sonó. Era él.

–¿Hola?

–Es la hora, Gracie.

–Ya voy –repuso ella con el estómago encogido.

Cuando abrió la puerta al salón, el corazón se le aceleró al verlo. Gareth llevaba un esmoquin impecable. Se había recortado el pelo, aunque todavía le llegaba a los hombros. Estaba impresionante con unos pantalones que se adaptaban a sus fuertes muslos. Y la pajarita le daba un aspecto casi civilizado.

Él la miró con ojos de animal de presa.

–Estás muy guapo –dijo ella en voz baja–. Estoy segura de que el senador quedará impresionado.

Gareth se quedó sin palabras durante diez segundos. ¿Qué había pasado con la pequeña y delicada Gracie? La mujer que tenía delante parecía una diosa. Segura de sí misma, sensual, serena y bella.

–El senador es muy mujeriego –comentó él tras aclararse la garganta–. Tal vez, no sea buena idea llevarte conmigo a la fiesta. Es probable que intente añadirte a su lista de conquistas.

–Pues me alegro de tenerte a ti para que me protejas –repuso ella, aproximándose.

Cuando Gracie le tomó el brazo, Gareth contuvo un gemido. Tenía una poderosa erección… y le dolía. Todo su cuerpo estaba contraído de deseo. Presentarse en una fiesta de la alta sociedad y ser exhibido como un mono de feria era lo que menos le apetecía hacer esa noche. Pero el sustancioso donativo del senador le obligaba a pasar por lo que iba a ser una tortura… Sobre todo, porque no podría tener a Gracie durante la fiesta.

–El coche nos espera –indicó él, incapaz de decir nada más. Apenas podía pensar, pues toda la sangre se le había agolpado al sur del ombligo.

En el ascensor, Gareth contempló el reflejo de ella en el espejo. Sus hombros estrechos y blancos, sus pechos perfectos, su plano vientre y… ¿No llevaría nada debajo del vestido?

–¿No tendrás frío? –preguntó él, al darse cuenta de que ella no llevaba chal.

–Tú puedes mantenerme caliente –repuso ella con una sonrisa provocativa.

–No estás jugando limpio, Gracie Darlington.

–Tienes razón –reconoció ella, poniéndose seria–. Me siento confundida. Pero ahora veo las cosas más claras que esta tarde.

–¿Y eso? –quiso saber él.

–Estaba asustada –confesó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

–¿Ahora, no?

Gracie lo abrazó, frotándose contra su cuerpo. Al notar su erección, lo miró con ojos llenos de deseo.

–Olvida lo que he dicho antes sobre estar enamorada –susurró ella–. Al diablo con eso. Solo quiero disfrutar de lo que tenemos mientras dure. No quiero preocuparme por el pasado ni por el futuro. No quiero arrepentirme de nada.

–Vas a matarme –dijo él–. ¿Es que esperas que me pase toda la noche andando por ahí con esta erección?

–El sufrimiento moldea el carácter –murmuró ella, rozándole los labios con la boca.

–Si consigo resistir toda la fiesta sin meterte en un armario y hacerte el amor, será todo un milagro –rezongó él.

Las puertas del ascensor se abrieron, sin darle a Gracie la oportunidad de responder.

Una limusina los esperaba en la puerta. Gareth le dio la dirección al chófer y entró con ella en el coche. A continuación, apretó un botón para subir la ventanilla tintada que los separaba del conductor. Segundos después, tomó a Gracie en sus brazos y la besó con pasión.

Era casi como tenerla desnuda. Todas las curvas de su cuerpo estaban a su merced, pues el ajustado tejido del vestido no dejaba casi nada a la imaginación. Le deslizó la mano bajo la falda y le acarició los muslos. Sus braguitas eran un diminuto fragmento de encaje. Y estaban mojadas.

Él le acarició entre las piernas, a punto de perder el control.

–Me deseas –susurró él. Necesitaba que ella lo admitiera, saber que no era el único loco de pasión.

–Sí –musitó ella.

Gareth le frotó un pezón endurecido por encima de la fina tela que lo separaba de aquel precioso cuerpo.

–Cielos, eres hermosa –dijo él, enredando los dedos en sus rizos. La levantó un poco más el vestido, hasta la cintura y la sujetó de las caderas para subirla sobre su regazo.

En esa posición, Gracie estaba vulnerable a sus caricias. Él le hizo abrir los muslos y pensó en quitarle el tanga rosa fucsia… Pero, esa noche, decidió que sería mejor dejar ciertas barreras, aunque fuera solo como algo simbólico.

Despacio, le frotó el clítoris con el pulgar. Ella gimió y se retorció.

–Gareth…

–¿Sí? –repuso e introdujo dos dedos en su abertura.

Ella no dijo nada más. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer. Eso llenó a Gareth de satisfacción.

–Mírame –ordenó él–. Pon tus manos en mis hombros.

Gracie obedeció de inmediato. Sin articular palabra.

–Demuéstrame cuánto tiempo puedes controlarte –le retó él–. Enséñame tu fortaleza, tu poder.

Entonces, comenzó a acariciarla hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido. Ella gimió y suplicó, llegando cada vez más cerca del clímax. Sin embargo, cuando él notó que estaba a punto, cesó sus caricias, sujetándola con la palma de la mano, meciéndola.

Gracie se rebeló. Lo insultó. Y, al fin, cuando Gareth no pudo esperar más, la penetró con fuerza con el dedo, propulsándola a un éxtasis que fue una delicia para la vista.

Después, abrazándola, le recorrió la espalda desnuda con la mano y enterró el rostro en su pelo. Las calles de la ciudad iban quedando atrás. Podría pedirle al chófer que siguiera conduciendo sin parar, sin embargo, él tenía un compromiso que cumplir.

Con reticencia, Gareth la incorporó, le colocó el vestido y la abrazó de nuevo.

–¿Estás bien?

–Sí –contestó ella, apoyando la cabeza en su pecho.

Continuaron en silencio durante kilómetros. Al ver la señal de Bienvenidos a Virginia, Gareth maldijo en silencio. No quería llegar todavía. Ni, tal vez, nunca.

Cuando llegaron a su destino, Gracie se había sentado en su sitio, se había retocado el maquillaje y el pelo y estaba pegada al otro extremo del asiento, mirando por la ventanilla.

La mansión del senador era impresionante. La entrada, escoltada por blancas columnas, estaba llena de coches e invitados. Él se encogió al pensar en lo que le esperaba. Había estado en eventos parecidos en muchas ocasiones, pero le repugnaba tener que soportar a su anfitrión y ser exhibido como un trofeo. Además, quería llevarse a Gracie cuanto antes al hotel.

–No sé de dónde vienes… –comenzó a decir él y soltó una suave carcajada–. Ni tú, tampoco. Pero, por mi experiencia, los superricos son como el resto de la gente. Los hay presumidos, arrogantes y encantadores. Haré todo lo posible para estar a tu lado, pero puede que el senador se empeñe en tener toda mi atención. Por eso, si nos separamos y te sientes incómoda, agarra un vaso de vino, escóndete en una esquina y te juro que yo te encontraré.

–¿Y si hago alguna cosa inapropiada?

–No te preocupes –repuso él, sonriendo–. Después de unas cuantas copas, nadie se dará cuenta.

Capítulo Trece

Cuando él la ayudó a salir del coche, entrelazaron sus dedos. Acto seguido, la besó en el dorso de la mano, haciendo que a Gracie le temblaran las rodillas. Aunque ella intentaba ocultado, la cabeza todavía le daba vueltas después de lo que su acompañante le había hecho en el coche. Se había rendido a sus caricias, había dejado de lado todo su orgullo y había terminado en sus brazos… saciada y enamorada.

Gareth la condujo hacia las escaleras, bordeadas por esculturas de águilas y una barandilla de piedra adornada con pequeñas luces parpadeantes.

El senador y su esposa, dos décadas más joven que él, recibían a los invitados en el elegante vestíbulo.

–Señor Wolff, es un placer conocerlo al fin –saludó el político, que tenía veinte kilos de más y esbozaba una sonrisa amplia, pero calculadora–. Esta es mi esposa, Darla. ¿Y tu encantadora acompañante es…?

Gracie se estremeció. Ese hombre le daba escalofríos.

–Gracie Darlington –presentó Gareth, apretándole la mano a ella–. Una buena amiga mía.

–Nos alegra que hayáis venido –dijo Darla, posando su ávida mirada en Gareth con un interés rozando lo excesivo.

Gareth y Gracie fueron conducidos al salón donde se estaban sirviendo los entremeses. Ella se apretó contra él, la sala estaba rebosante de gente.

–¿Quieres champán? –ofreció él cuando hubieron encontrado una mesa libre en una esquina.

–Sí, gracias. Creo que voy a necesitar más de una copa.

–Tienes razón –repuso él y la besó en la mejilla–. Pero empezaremos por una.

Gareth regresó enseguida con dos copas de champán y un plato lleno de comida: solomillo en salsa, queso, gambas y berenjenas asadas.

–Olvidé pedir un tentempié al servicio de habitaciones. Estaba muerto de hambre –indicó él con una sonrisa cuando hubieron terminado de comer.

–Podíamos haber comido algo en el coche –señaló ella y apretó los labios al recordar lo que habían hecho, en vez de eso.

–Pareces muy recatada, teniendo en cuenta que hace treinta minutos estabas gritando mi nombre –comentó él con mirada provocativa.

–¡Gareth! –protestó ella y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo hubiera oído–. Pórtate bien –le reprendió, pellizcándole el brazo.

Gareth vio lo observaba todo a su alrededor. El gigantesco arcón que había creado para el senador ocupaba un puesto de honor en el extremo opuesto. Ella estaba impresionada por la exquisita belleza de la pieza. Aunque no tenía de qué sorprenderse, pues aquellas expertas manos también sabían hacer maravillas con

su cuerpo.

Los camareros comenzaron a dirigirse hacia el comedor. Había allí una mesa larga rodeada de sillas antiguas tapizadas de damasco rojo. Había tarjetas escritas a mano en cada asiento.

Gracie se encontró sentada entre un amable embajador y un famoso jugador de béisbol. Al comprobar que recordaba el nombre del deportista, supo que debía de ser una aficionada. Una pieza más dentro del puzzle, pensó. No se sentía tan extraña en aquella cena formal, pues comprendía su protocolo, tal vez, porque su padre había celebrado reuniones similares. Sin embargo, estaba nerviosa.

Gareth estaba delante de ella, lo bastante lejos como para que la conversación con él no fuera fácil. Estaba escoltado por dos damas de la alta sociedad que no le quitaban los ojos de encima. Aunque él mantuvo la conversación durante toda la cena, ella adivinó que no estaba cómodo… lo notaba.

Fue un alivio cuando el senador se puso en pie y llamó la atención de los comensales haciendo sonar un tenedor contra su copa.

–Me da gran placer presentar al incomparable Gareth Wolff –indicó, e hizo una pausa para dar cabida a los aplausos–. Gareth… si puedo llamarlo así.

Todos los ojos se fijaron en la estrella del convite.

Gareth asintió con gesto tenso.

–Además de ser parte del conocido imperio financiero de los Wolff, Gareth es un maestro carpintero –continuó el anfitrión–. Crea piezas únicas solo por encargo y tiene una lista de espera de siete años. Después de insistir mucho, conseguí que aceptara hacerme ese arcón para las armas que habéis visto esta noche, una réplica del que poseyó Teddy Roosevelt. No podría estar más satisfecho con el resultado, por eso, tengo el honor de introducirles al señor Gareth Wolff.

Gareth se levantó y, por primera vez, Gracie comprendió que su amante formaba parte de ese mundo, a pesar de lo mucho que le gustaba vivir recluido. Había nacido dentro de esa clase social. Y parecía en su elemento. Su compostura relajada y dominante, su personalidad segura y carismática lograron que la sala entera se quedara en silencio.

–Es un honor estar aquí esta noche en casa del senador. Y muchas gracias a nuestra anfitriona, Darla.

La aludida soltó una risita nerviosa.

–El senador no solo aceptó el exorbitante precio de la obra, un dinero que, como sabéis, irá destinado a una obra benéfica, sino que ha donado una cifra también importante para pagar mi presencia aquí –continuó Gareth, dejando estupefacta a la multitud por su atrevido comentario.

Gracie se dio cuenta de que todos los ojos estaban puestos en él, las mujeres, con interés sexual y los hombres, con admiración. Incluso el senador parecía no estar molesto por sus irreverentes palabras.

–La mayoría de las obras benéficas de este país se sostienen gracias a la

generosidad de hombres y mujeres como vosotros –prosiguió Gareth–. Vuestra colaboración es fundamental y quiero daros gracias. En especial, esta noche, quiero dárselas al senador y a su esposa. Espero conocer a más de vosotros a lo largo de la noche.

Acto seguido, se sentó en medio de una estrepitosa ovación. Gracie quedó impresionada. Por si acaso había tenido alguna duda antes, ya no le cabía ninguna. No había lugar para ella junto a un hombre como Gareth Wolff. Aunque su propio pasado seguía siendo una incógnita, presentía que codearse con la élite no era algo común en su vida cotidiana.

Cuando la cena terminó, los invitados se trasladaron a la sala de baile de la enorme mansión.

–¿Lo estás pasando bien? –le preguntó Gareth, rodeándola de la cintura.

–Ha sido muy educativo –repuso ella, sonriendo–. Eso te lo aseguro. Y has estado genial. No me sorprendería que unas cuantas mujeres te llenaran los bolsillos de donativos.

–¿Y los hombres, no?

–Quizá. Pero tienes a todas las damas locas por ti. Y, si tienen que darte dinero para que les prestes atención, estoy segura de que lo harán.

–¿Estás celosa, Gracie Darlington? –le preguntó él, mirándola a los ojos con gesto provocativo.

La verdad era que sí. Estaba celosa. No de las mujeres que había a su alrededor esa noche, sino porque sabía que un hombre de su posición terminaría buscando esposa dentro de ese grupo social.

–Solo era una observación –contestó ella y suspiró–. No soy quién para estar celosa. Además, por eso hemos venido aquí, ¿no?

Gareth frunció el ceño. Abrió la boca para decir algo, pero, al instante, Darla irrumpió en la conversación.

–Me gustaría compartir el primer baile con nuestro invitado de honor –señaló Darla con entusiasmo–. Es un privilegio de la anfitriona, ya sabes. ¿Qué dice, señor Wolff? ¿O puedo llamarte Gareth? Por cierto, unas cuantas amigas mías quieren hacer donativos esta noche para tu causa. Seguro que no te importa dedicarles unos cuantos bailes, ¿verdad?

Sin dejar de hablar, Darla se llevó a Gareth del brazo. Gracie lo vio alejarse con el corazón encogido. Pero, de pronto, cuando vio que un hombre mayor con peluquín se estaba acercando a ella con claras intenciones de pedirle bailar, escapó hacia el baño de señoras.

Después de usar el servicio y retocarse el maquillaje, se sentó en un adornado sofá otomano en el tocador, esperando que Gareth terminara de cumplir con los bailes obligados. Al final, armándose de valor, regresó al salón.

Gareth la vio en cuanto entró y respiró aliviado. Se había dado cuenta del momento en que se había ido y se había quedado esperando verla aparecer de nuevo.

En cuanto pudiera, se acercaría a ella. Sin embargo, la verdad era que tenía

unos cuantos cheques en el bolsillo, cuyo valor superaba los doscientos mil dólares. Por eso, debía seguir en su puesto con resignación.

Gracie encontró un asiento y lo saludó con la mano. Él sonrió por encima del hombro de su pareja de baile.

Gareth odiaba toda esa parafernalia. A pesar de ello, saber que ella estaba allí lo hacía todo más soportable.

Durante todas aquellas interminables piezas de baile y las aburridas conversaciones, se calmaba a sí mismo pensando que esa noche podría tener a Gracie entre sus brazos.

Otra mujer se acercó a él, echando a la anterior.

–¿Cómo te llamas? –preguntó él, fingiendo una sonrisa–. Es un placer conocerte.

Eran más de las once cuando Gracie se acercó a la barra a por otro vaso de vino. Había estado charlando de banalidades con un puñado de personas de cuyos nombres no se acordaba. Estaba pensando en encontrar un lugar donde esconderse hasta que Gareth decidiera que era hora de irse.

En varias ocasiones, él se había acercado con la clara intención de bailar con ella, pero había sido interceptado por alguno de los invitados del senador.

No todos sus admiradores eran mujeres. También se aproximaban a él los hombres, no para bailar, por supuesto, sino para hablar con él u ofrecerle un cigarro en la terraza.

Gracie quería bailar con él, pero entendía que esa velada no tenía nada de romántica. Eso llegaría después. Solo de pensar en estar a solas con Gareth en su lujosa suite, se quedaba sin respiración. Cuando llegara la hora de irse, él sería solo suyo.

Mientras le daba un trago a su vino, una mujer mayor con expresión amistosa se encaminó hacia ella.

–Hola, querida. Soy Genevieve Grayson. Mi marido trabaja en la industria cárnica –se presentó la señora e hizo una pausa–. Pareces un poco perdida, yo sé lo que es eso. Me ha pasado muchas veces en eventos como estos, mientras esperaba a que mi esposo terminara de hacer su trabajo. Solo quería saludarte.

–Hola, Genevieve –respondió Gracie, conmovida por su amable gesto–. Muchas gracias –añadió y notó que, tal vez, había bebido demasiado. La habitación parecía moverse un poco a su alrededor–. Debe de ser usted una mujer con mucha paciencia. No puedo ni pensar en hacer esto de forma habitual. La fiesta del senador es genial, pero a mí me gusta más acurrucarme en mi salón a leer un libro.

Genevieve le pidió al camarero un gin tonic y le dio un trago despacio.

–Mi marido está a punto de terminar. Queremos comprar una hermosa granja para caballos en Virginia. Sueño ver el atardecer con él, desde nuestras mecedoras en el porche.

–Suena muy bien.

–Por desgracia, quizá, nunca se haga realidad. Él es un hombre de

negocios. No estoy segura de si sabría vivir en medio del campo.

–Espero que todo salga como usted quiere.

Las dos se quedaron en silencio unos minutos. Gracie estaba muy cansada y le dolía el estómago. Igual debía comer algo.

–Bueno, Gracie, ¿Gareth Wolff y tú vais en serio?

–Solo somos amigos –repuso ella. Lo más probable era que muchas mujeres se hubieran preguntado lo mismo que Genevieve esa noche.

–Es un hombre impresionante.

–Sí, lo es. Y yo lo admiro mucho.

–Dime, Gracie, ¿a qué te dedicas cuando no estás saliendo con uno de los solteros más codiciados del país? –quiso saber la mujer mayor–. ¿Eres artista como él?

Gracie se quedó paralizada.

–Bueno, yo…

–Lo siento, querida –se apresuró a interrumpirle Genevieve, notando su incomodidad–. Mi marido siempre me dice que soy una metomentodo. Si no me lo quieres decir, lo comprendo.

–No, no es eso –repuso Gracie–. No tengo nada que esconder. Lo que pasa es que…

Entonces, se le cerró la garganta. Sintió una oleada de nausea y vergüenza. ¿Cómo no había pensado en qué responder a una pregunta así? Podía haber mentido. Podía haberle dicho que era maestra, abogada… cualquier cosa.

–No pasa nada –la tranquilizó Genevieve, tocándole el brazo–. No pretendía molestarte. Deja que tome tu vaso, se te va a derramar.

Gracie tenías las manos heladas. Se le nubló la vista. Debía de tener muy mal aspecto, pues la otra mujer la miró con ojos asustados.

–Gareth –susurró Gracie con un nudo en la garganta–. Necesito a Gareth.

Acto seguido, se desvaneció.

Capítulo Catorce

Gareth la vio caer. Durante una fracción de segundo, no pudo procesar lo que estaba pasando.

–Disculpe –murmuró a su pareja de baile y salió corriendo.

La mujer mayor que había estado hablando con Gracie había conseguido sujetarla para que no se golpeara la cabeza contra el suelo.

Él la tomó en sus brazos, maldiciéndose por haberla dejado sola.

–Ayúdeme a encontrar un dormitorio –ordenó a Genevieve con tono brusco.

La mujer hizo lo que le decía. Atravesaron un pasillo hasta una zona tranquila y abrieron la puerta de una habitación de invitados que, por suerte, estaba vacía.

Gareth la depositó con cuidado en la cama. Le puso la mano en el pecho para comprobar si respiraba. De pronto, había temido que Jacob hubiera pasado algo por alto… una disfunción fatal a causa del golpe en su casa…

Aterrorizado solo de pensarlo, cerró los ojos durante un instante con los nervios destrozados.

Cuando giró la cabeza, la otra mujer le tendió la mano.

–Soy Genevieve.

Gareth se la estrechó un momento y se volvió hacia Gracie de nuevo.

–¿Qué ha pasado?

–No lo sé –repuso Genevieve, encogiéndose de hombros con expresión preocupada–. Estábamos charlando cuando, de pronto, le cambió la cara.

–¿Por qué?

–Le pregunté sobre sí misma… ya sabes… a qué se dedicaba. Entonces, se agitó mucho y se desmayó.

Gareth maldijo con furia.

–Lo siento –dijo Genevieve, poniéndose blanca–. ¿He hecho algo malo?

–No –murmuró él. Sabía que Gracie no querría que todo el mundo se enterara de lo que le pasaba–. Ha pasado unos momentos muy difíciles. Pensé que le sentaría bien salir esta noche. Pero parece que me equivoqué.

Gracie se retorció en la cama, abriendo un poco los labios, mientras empezaba a despertar.

–¿Cómo puedo ayudar?

–Por favor, llame a mi chófer –pidió él, sacándose una tarjeta del bolsillo–. Este es su teléfono. Dígale que nos recoja en la puerta trasera cuanto antes. Gracias por ser amable con ella. Y siento si he sido un poco rudo.

–He visto tu cara, jovencito. Esta mujer es tu vida –afirmó Genevieve, tocándole el brazo. Sin decir más, salió de la habitación.

Gareth se sentó en la cama y abrazó a Gracie con fuerza.

–Te tengo –dijo él con lágrimas en los ojos–. Estoy contigo.

–¿Gareth? –llamó ella, entreabriendo los párpados, confundida.

–Estás bien. Todo está bien. Nos vamos a casa.

–Pero yo quería bailar contigo.

–Quizá en otra ocasión –repuso él con un nudo en la garganta–. Vamos a casa.

Genevieve cumplió su palabra. En cuando Gareth salió por la puerta, llevando en brazos a su acompañante, el coche los recogió. Genevieve prometió despedirse del senador de su parte.

En la limusina, él buscó una botella de agua y la destapó.

–Bebe –le susurró a ella, sosteniéndola en su regazo–. Me has dado un susto de muerte.

–Lo siento, si te he avergonzado delante del senador –musitó ella, mirándolo a los ojos–. No debería haber venido.

–Más bien, soy yo quien no debería haberte traído.

Ella soltó un gritito sofocado con expresión dolida.

–Maldición, Gracie. Sabes que no me refería a eso. Estoy preocupado por ti, ¿es que no lo ves? Está claro que ninguno de los dos se ha tomado lo bastante en serio las posibles consecuencias de tu amnesia. ¿Qué pasó ahí dentro? ¿Por qué te desmayaste?

–Por nada –murmuró ella, apartando la mirada–. Por una estupidez.

–Cuéntamelo, por favor.

–Me preguntó a qué… me dedicaba… Habría podido salir del paso inventando cualquier cosa, pero aquella pregunta sencilla me pilló con la guardia baja. Creo que había bebido demasiado vino y no había comido suficiente. ¿Qué puedo decir? He sido una idiota.

–No digas eso –la reprendió él–. No ha sido culpa tuya. Yo te traje aquí.

–Yo quise venir… –insistió ella–. Quería pasar contigo una noche especial antes de irme.

Gareth se encogió un poco, deseando poder retroceder en el tiempo.

En el hotel, la llevó a su suite y titubeó un instante en la entrada. ¿Debería llevarla a su dormitorio o al de ella? No pensaba hacerle el amor, esa noche, no. Gracie necesitaba descansar. ¿Pero querría estar sola?

–Tal vez estarás más cómoda en tu propia cama –sugirió él–. No hace falta poner el despertador. Lo que habíamos pensado hacer mañana no es importante. Podemos irnos a casa, si lo prefieres.

Ella lo miró muy pálida, confundida.

Sin decir más, Gareth la llevó en brazos a su dormitorio. La puso de pie solo un momento, lo necesario para quitarle el vestido, y la acostó solo con ese tanga hecho para pecar. Durante un instante, se sobrecogió al contemplar su belleza.

Sin embargo, parecía una muñeca rota. Y él tenía la culpa, se dijo a sí mismo.

Gracie se despertó en medio de la noche, tratando de librarse de los tentáculos de una pesadilla. Se mordió el labio para no llamar a Gareth. Ya lo había agobiado bastante. No quería sofocarlo más con sus necesidades.

Y, si quería hacer el amor con él durante el poco tiempo que les quedara para estar juntos, era mejor que él no le tuviera lástima.

Después de ponerse la bata, salió al salón y abrió una pequeña nevera. Sacó una botella de agua con gas y le dio un trago, preguntándose si, alguna vez, volvería a la normalidad.

Se sentía atrapada en una especie de limbo.

Se dirigió al balcón y salió para tomar un poco de aire fresco. Hacía bastante frío, pero ella lo agradeció, pensando que le ayudaría a quitarse de encima los rescoldos de su pesadilla.

El ruido del tráfico sonaba como un murmullo en la distancia.

Tenía que confiar en su destino, se dijo a sí misma. Sobreviviría. Era fuerte. Y no pensaba renunciar a sus recuerdos, costara lo que costara.

En cuanto a Gareth…

Bueno, Shakespeare tenía razón. Era mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca.

Tiritando, se aferró a la botella de agua. No le apetecía volver a su cama vacía. Sin embargo, si se quedaba allí, acabaría pillando una neumonía.

Entró sin hacer ruido de nuevo y, tras cerrar las puertas, el corazón le dio un brinco al ver a un hombre en las sombras del salón. Gareth.

–Me has asustado –dijo ella, abrazándose de la cintura.

–Entonces, estamos iguales. ¿Qué haces levantada?

–Siento haberte despertado –señaló ella, sin responder su pregunta. No quería hablarle del sueño, necesitaba con desesperación mantener su dignidad.

Gareth se acercó ella. No llevaba más que unos calzoncillos de seda. Su pecho desnudo parecía más ancho que con el esmoquin. El pelo revuelto y la sombra de barba le daban un aspecto muy sensual.

–Acuéstate conmigo –invitó él con voz suave.

–No puedo, Gareth –repuso ella. Quería hacerlo. Ansiaba sumergirse en su abrazo, rendirse al placer del éxtasis y olvidarlo todo. Pero hacía días que no dormía bien y estaba agotada.

–No es para eso. Necesitas que te abrace –insistió él–. Y yo quiero abrazarte –confesó, rodeándola con sus brazos–. Estás helada.

Gracie contuvo las lágrimas cuando la tomó en sus brazos y la acomodó bajo las sábanas de su cama. Todavía conservaban el calor de su cuerpo. Ella se acurrucó en posición fetal y él la abrazó por detrás, envolviéndola con su calidez.

–Gracias –susurró ella.

–¿Por qué?

Su erección latió entre los dos, pero él no tenía ninguna intención de llevar más allá el contacto que mantenían en ese momento.

–Por rescatarme esta noche.

Gareth rio, apretándola contra su cuerpo.

–Una mujer tan fuerte como tú puede rescatarse sola –susurró él y la besó en la nuca–. Duérmete, Gracie. Descansa.

Ella obedeció al instante, cayendo en un profundo sueño. Abrazarla así le producía una mezcla de placer y dolor. Por una parte, su instinto deseaba poseerla. Por otra, sabía que ella necesitaba recuperarse.

Mientras las agujas del reloj seguían su curso, Gareth ponderó sus opciones. En la vida que se había forjado, no había lugar para una mujer. Y, aunque cambiara de forma radical sus reglas, era posible que ella ya no lo necesitara cuando recuperara la memoria.

Podía amarla, pero no estaba seguro de querer hacerlo. Tenía demasiado miedo. Sujetándola con ternura, pensó que Gracie encajaba a la perfección entre sus brazos. Sin embargo, ¿encajaría en su vida?

¿Y quién era Gracie Darlington?

Poco a poco, cerró los ojos y se sumergió en el aroma de Gracie. Entonces, el mundo exterior dejó de existir.

Capítulo Quince

Gracie había desaparecido cuando él se despertó. Bostezó y se estiró, pensando que ella volvería enseguida.

Después de darse una ducha rápida, se fue a buscarla… y la encontró en el balcón, vestida con unos pantalones blancos y una blusa color turquesa. Al verla tan hermosa, la deseó de pies a cabeza.

–Buenos días –saludó ella con una sonrisa.

–Buenos días –repuso él y la besó en los labios–. ¿Estás lista para ir a conocer la ciudad? Podemos visitar algunos museos.

–Suena bien.

–¿Crees que conoces el museo Smithsonian?

–No tengo ni idea. Estoy lista para que me muestres lo que quieras.

–Prepárate. El chófer nos recogerá dentro de quince minutos.

Gracie se esforzó en no pensar en lo que había pasado la noche anterior. Durante unas horas, se centró solo en el atractivo hombre que la acompañaba y en su paseo por la ciudad.

Después de desayunar en la terraza de un café, fueron a visitar su primer destino, el Museo de Historia Americana. Gracie reconoció muchos artículos expuestos, como los chapines de rubíes de Dorothy o el vestido que Michelle Obama había llevado en la ceremonia de investidura. Sin embargo, no tenía ni idea de si ya había visitado ese lugar con anterioridad.

Más tarde, comieron algo en un banco en un parque. El chófer les había llevado una cesta llena de deliciosas viandas. Mientras comían, ella sonrió con una agradable sensación de cotidianidad. A su alrededor, la vida fluía con normalidad.

–Me gusta esto –dijo ella, dándole un sorbo a su refresco.

–Me alegro. Había pensado visitar un museo más y, luego, volver al hotel para que descanses. No podemos dejar que se repita lo que pasó anoche –replicó él con decisión.

–Si te hace sentir mejor, de acuerdo. Pero te juro que estoy bien –aseguró ella y armándose de valor, añadió–: ¿Puedo preguntarte algo? ¿Puedes hablarme de tu fundación?

Hubo una larga pausa.

–¿Qué quieres saber?

–¿La creaste tú? ¿A qué se dedica? ¿Por qué no hablaste de ello en tu discurso de anoche?

–¿Estás segura de que no eres periodista?

–Solo tengo curiosidad –afirmó ella.

–Se llama L. C. M. P. –contestó él.

–¿Acrónimo de qué?

–Luchando Contra el Miedo y la Pérdida. Es una fundación que ofrece

apoyo psicológico a niños que han perdido a alguno de sus progenitores en circunstancias violentas o trágicas: guerra, cáncer, accidentes de coche…

–¿Y tú la diriges?

–Ya, no –respondió él–. Tengo un equipo excelente que se ocupa de entrevistas a los solicitantes y de repartir los fondos.

–¿No crees que habrías recaudado más dinero anoche si les hubieras hablado del objetivo de la fundación?

–Tal vez. Pero, cuando la creé, me juré que nunca explotaría la muerte de mi madre, ni siquiera para conseguir fondos. No quiero que sea recordada por cómo murió. En vida, fue una mujer muy feliz y generosa. Esa es la imagen que quiero guardar de ella.

Después de tirar los restos de su comida, caminaron hasta la National Gallery of Art. Gareth le ofreció el brazo para subir las escaleras.

–Está claro que el mundo del arte no te es ajeno –comentó él–, ya que tu padre posee una galería. Por eso, pensé que este sitio podría despertar tus recuerdos.

–¿Por qué no nos limitamos a disfrutar de la tarde? –sugirió ella, un poco nerviosa–. No creo en los milagros. Y no quiero que estés pendiente de mí en todo momento, preguntándote si recuerdo algo.

–Lo siento. Claro que sí –replicó él, pasándose la mano por el pelo, arrepentido de su comentario–. Cuando atravesemos esa puerta, tú tomarás el mando. Solo hablaré si tú me lo pides. Quiero que este sea un día que no olvides jamás.

–¿Es una broma?

–No –murmuró él, sonrojándose–. Y no pienso decir ni una palabra más.

El museo era fascinante. Gracie fue de una sala a otra, seguida por Gareth. Él mantuvo su promesa, guardando silencio mientras ella absorbía la belleza de siglos de arte.

Cuando llegaron a los impresionistas, ella se detuvo de golpe. Conocía aquellas obras… las conocía muy bien. Una en particular captó su atención, *Niña con regadera.* Se acercó más, observando las pinceladas de color de aquella obra maestra.

De pronto, una presa dentro de su cerebro se rompió, dejando que fluyera la certeza.

–He estado aquí. Lo sé.

Gareth no comentó nada. Se quedó su lado, infundiéndole confianza con su presencia silenciosa. Ella tuvo deseos de tocar el lienzo, pero se contuvo, pues sabía que no debía.

Fascinada… asustada… llena de esperanza, contempló el óleo.

–Creo que tengo una copia de este en mi habitación… encima de la cómoda.

–¿Qué más?

–La cómoda es de roble. Y los tiradores son de cristal.

–Tómate tu tiempo. Tranquila –le dijo él, abrazándola por detrás.

Gracie cerró los ojos, tratando de concentrarse en una imagen borrosa que amenazaba con desaparecer de su memoria.

–Tengo una foto de mi madre sobre la cómoda. Creo que no está viva. Eso es todo –dijo ella, frustrada tras un largo silencio.

Entonces, Gracie se dio media vuelta y lo miró a la cara, posando las manos en la cintura de él.

–Quiero que sepas que lo siento. Siento haber invadido tu privacidad. Siento haberme presentado en tu montaña para cumplir un mandato de mi padre. Me duele saber que me dejé convencer por él. Aunque no sepa todavía de qué.

Gareth la besó con suavidad, ignorando a los grupos de turistas que había en la sala.

–Es un placer conocerte, Gracie Darlington. Así que nada de excusas. Nos enfrentaremos juntos a la verdad, sea cual sea. Volvamos al hotel. No te das cuenta de lo agotada que te deja recordar. Se suponía que iba a ser un día de descanso. Dejemos el tema por ahora.

Ella se dejó convencer, a pesar de que su instinto la impulsaba a seguir visitando el museo.

En la limusina, Gareth se recostó en el asiento, mirando por la ventanilla. Gracie se preguntó qué estaría pensando, pero temió preguntarlo. Parecía inquieto. Tal vez, estaba echando de menos su montaña, caviló.

–Tengo que hacer unas llamadas –informó él de forma abrupta al llegar a la suite–. Supongo que querrás darte una ducha y descansar. Luego, podemos salir a cenar, si te apetece.

–Claro que me apetece –contestó ella y levantó la mano al aire con gesto impaciente–. ¿Qué te pasa, Gareth? Has estado muy raro desde que salimos del museo.

–No me da buena espina llevarte a Savannah –reconoció él, encogiéndose de hombros–. No estoy seguro de que tu padre pueda apoyarte como es debido hasta que recuperes la memoria.

–No hay otra opción –repuso ella con el estómago encogido–. Al estar en mi territorio, recordaré todo. Ya sabes que es el único camino –añadió, deseando que él luchara por ella, que le dijera que no quería dejarla marchar.

–De todas maneras, no me gusta –murmuró él y, sin previo aviso, la atrajo a su lado y la besó con pasión y frustración al mismo tiempo. Al fin, la soltó–. A las siete en punto.

Gracie se dio una ducha rápida. A continuación, se vistió con lencería color café con florecitas rosas, medias hasta los muslos y el atuendo de mujer fatal que no se había atrevido a ponerse la noche anterior. Un vestido de satén rojo con escote de palabra de honor hecho para seducir.

Se pintó los ojos, dándoles un toque de misterio y oscuridad, y se puso unas gotas de perfume.

Antes de salir de la habitación, marcó de nuevo el número de su padre,

pero obtuvo la misma respuesta: el contestador. ¿Estaría evitándola?, se preguntó con rabia. Sin embargo, la hora de la verdad se acercaba y ella le obligaría a disculparse con la familia Wolff si era necesario.

Llegó al salón antes que Gareth y lo esperó bebiendo una botella de agua. Cuando él entró, se quedó boquiabierta. Estaba imponente con su traje impecable, sin corbata.

Salieron del hotel, donde les estaba esperando la limusina. Cuando le abrió la puerta del coche para que entrara, Gareth se quedó mirándola con una sonrisa divertida.

–¿Puedes sentarte con ese vestido?

–Vamos a ver.

Con toda la elegancia de que fue capaz, Gracie se deslizó en el asiento y se colocó con las piernas a un lado. Él la siguió, sin quitarle los ojos de encima ni un momento a su ajustada falda.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella tras unos minutos.

–A cenar y a bailar –repuso él, recostándose con las manos detrás de la nuca–. Como ayer no pudimos hacerlo, he buscado un hotel donde hay música en vivo.

Pronto, llegaron a su destino y Gareth la ayudó a bajar. Entonces, la besó con suavidad en la mejilla.

Sin decir palabra, entraron en el hotel, decorado con un toque decadente, típico del viejo Washington de los años veinte.

Los condujeron a una mesa delante de la chimenea.

En silencio, mientras tomaban un vino delicioso, él no dejaba de mirarla.

–¿Qué? –preguntó ella al fin–. ¿Es que tengo algo en la cara?

–No puedo comprender cómo una mujer con un aspecto tan inocente puede volver loco a un hombre sin ni siquiera proponérselo –contestó él, inclinándose hacia ella.

–¿Eso es lo que te hago a ti? –preguntó Gracie. Gareth le estaba hablando de atracción sexual, cuando lo que ella ansiaba era algo más. Sin embargo, tuvo que conformarse con que él le mostrara interés.

–Eso y más. Vamos a bailar.

Gareth apenas podía pensar con claridad junto a su preciosa compañera de baile. Lo único que sabía era que deseaba llevarla a un rincón oscuro y apretarse contra ella, mostrarle su poderosa erección. Todos los hombres de la sala lo miraban con envidia y contemplaban a Gracie con lujuria.

Él no podía culparlos.

En ese momento, Gareth supo que no quería dejarla marchar. No importaba el motivo por el que había acudido a él al principio. Era suya… en cuerpo y alma.

Una vocecita en su cerebro le gritó que tuviera cuidado pero, con Gracie entre sus brazos, solo podía pensar en poseerla.

Cuando volvieron a la mesa, les llevaron el solomillo y las langostas que habían pedido. Sin embargo, él apenas podía comer… hipnotizado por los blancos

dientecitos de ella mordisqueando un pedazo de pan, su lengua limpiándose un resto de mantequilla de los labios…

Casi no hablaron. Las palabras no parecían necesarias. Aunque, en un par de ocasiones, Gareth estuvo a punto de pronunciar palabras comprometidas, promesas arriesgadas.

Sin embargo, era mejor esperar. En el viaje a Savannah, tendrían tiempo de sobra. Irían en coche… los dos solos.

Entonces, Gareth lo comprendió. La amaba. Sus muros protectores se habían derrumbado. Gracie era todo luz y felicidad.

Se lo diría en cuanto él mismo se hubiera acostumbrado a la idea.

Después de cenar, bailaron una vez más, abrazados piel con piel, ajenos a todo lo que había a su alrededor.

En el camino de vuelta, Gareth tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tocarla.

Cuando, después de una larga noche de dulce tormento, entraron en su suite, él cerró la puerta tras ellos y se quitó la chaqueta.

–Dime que me deseas –le susurró él, deslizando las manos en su pelo.

–Te deseo.

Como si aquellas dos palabras hubieran hecho explotar un volcán, Gareth la tomó entre sus brazos y la besó con pasión. Le desabrochó la cremallera del vestido, sin esperar que ella le diera permiso. La tela cedió, pero ella se llevó las manos al pecho, tapándose con aprensión.

–No tengas miedo de mí, Gracie –murmuró él, apartándole las manos con suavidad.

Al instante siguiente, ella estaba desnuda con el vestido rojo a sus pies. Él contempló sus pezones rosados, su cabello color fuego, sus largos y hermosos muslos.

Cuando Gracie lo rodeó con sus brazos, soltó un grito sofocado al sentir su erección en el vientre.

Despacio, él la llevó a su dormitorio, sin dejar de besarla ni un momento. Ella lo correspondió entregándose con ardor.

La besó en todos sus puntos suaves, en el interior del codo, en el lóbulo de la oreja, entre los muslos… Deseaba poseerla por completo… quería hacerse dueño de cada centímetro de su cuerpo…

Estremeciéndose de excitación, se colocó encima de ella. Antes de penetrarla, tomó aliento e intentó formular las palabras precisas. Ella merecía escucharlas. Sin embargo, su deseo era demasiado intenso y le impedía hablar.

Gracie tenía los ojos cerrados y jadeaba, mientras él le acariciaba su parte íntima con expertos movimientos. Estaba hinchada, mojada y caliente, lista para él.

–Abre los ojos, Gracie…

Ella obedeció en cámara lenta, en el momento en que Gareth se sumergió en su húmedo interior, que se adaptaba a él como un guante.

Fue una sensación increíble. ¿Cuándo había sido la última vez que había

experimentado un gozo tan intenso?, se preguntó Gareth. Quizá, nunca antes…

Una y otra vez, se deslizó dentro y fuera de ella. Daría toda su fortuna sin dudarlo por el placer de poder amarla así cada noche, sin llegar nunca al final.

Sin embargo, solo un robot podría soportar tanta excitación y resistirse al modo en que los músculos internos de ella lo acariciaban y lo apretaban. Una unión tan perfecta no podía ser solo física, reconoció él de pronto. Para sentir algo así, las almas debían entrelazarse, además de los cuerpos.

Gareth trató de aminorar la marcha, pues se sentía cerca del clímax. Gracie tenía las piernas en sus hombros, dándole acceso completo.

En la última arremetida, él sintió que se le nublaba la vista y se le paraba el corazón. Vio las estrellas y, a continuación, cayó rendido en brazos de su amante.

Al mismo tiempo, ella llegó al orgasmo y quedaron abrazados, pegados el uno al otro mientras el sueño los reclamaba.

Gracie se levantó de la cama en medio de la noche para ir al baño. Estaba saciada de placer pero, al mismo tiempo, agotada. Al volver a la cama, se abrazó a Gareth y le rozó el miembro con la mano. Mientras murmuraba en sueños, la erección de él creció hasta hacerse de acero puro.

–¿Gareth?

Sin embargo, él no se despertó.

Con una mezcla de excitación y desesperación, Gracie se colocó encima de él y guió aquel fuerte miembro hasta su entrada. Lo deseaba demasiado. Y tenía que aprovechar el momento. ¿Quién sabía cuándo dejarían de verse para siempre?

Subiendo y bajando sobre las rodillas, ella comenzó a hacerle el amor. Instantes después, él emergió del sueño y empezó a mover las caderas hacia arriba, llenándola de placer.

El éxtasis los envolvió con fuerza y ella cayó rendida de nuevo, durmiéndose al instante.

Por la mañana, al despertar, Gracie notó que alguien la miraba. Gareth sonreía a su lado.

–He tenido un sueño increíble –bromeó él.

–No sé a qué te refieres –repuso ella, humedeciéndose los labios.

–Mentirosa –replicó él, sonriendo–. No me quejo. Fue un sueño delicioso –añadió y le separó los muslos con la mano para prodigarle sus sabias caricias–. ¿Quieres soñar otra vez?

Llegaron tarde a la azotea del hotel, donde un piloto los esperaba en su helicóptero para llevarlos de regreso a la Montaña Wolff. Gracie disfrutó de las vistas, mucho más relajada que en el viaje de ida, mientras Gareth charlaba con el piloto.

Cuando aterrizaron, Gareth colocó sus maletas en el jeep y tomó el camino del bosque, de vuelta a su casa.

A medio camino, entre los árboles comenzó a verse a lo lejos la mansión palaciega de la cima. Gareth aminoró la velocidad. Alargó la mano, tomando la de ella, y la miró.

Sorprendida, Gracie leyó algo maravilloso en sus ojos. Él sentía algo por ella, adivinó, emocionada.

–Quiero que conozcas a mi padre esta noche –dijo él–. Creo que os caeréis bien.

–Me encantaría –repuso ella con suavidad y el corazón acelerado. Era un gesto muy significativo, algo que le daba esperanza… de un futuro. ¿Era posible que Gareth y ella fueran algo más que amantes? Eso esperaba… Cielos, cómo lo esperaba.

Gareth no le soltó la mano durante el resto del camino.

Al llegar, vieron que el coche de Jacob estaba aparcado delante de su casa.

–Parece que tenemos un comité de bienvenida –comentó él–. Espero que mi hermano haya traído la comida. Me muero de hambre.

Sin embargo, cuando entraron, Gracie intuyó que Jacob no había ido para recibirlos con un picnic. Su gesto era demasiado sombrío.

Sin mirarla ni un momento, Jacob se acercó a su hermano y lo abrazó. Gareth se apartó para mirarlo, preocupado.

–¿Qué pasa?

Jacob tragó saliva, esforzándose por no perder la compostura. Al verlo, Gracie se asustó. Gareth se puso pálido.

–Habla, maldición.

–No te va a gustar –advirtió Jacob y señaló a la mesa, donde había varios periódicos, todos con la foto de Gareth en portada.

Además, todos tenían la foto más pequeña y borrosa, de Gracie. A ella le dio un vuelco el corazón.

Gareth abrió la boca y la cerró de nuevo. Agarró uno de los periódicos. Con decisión, ella se acercó y leyó al mismo tiempo que él.

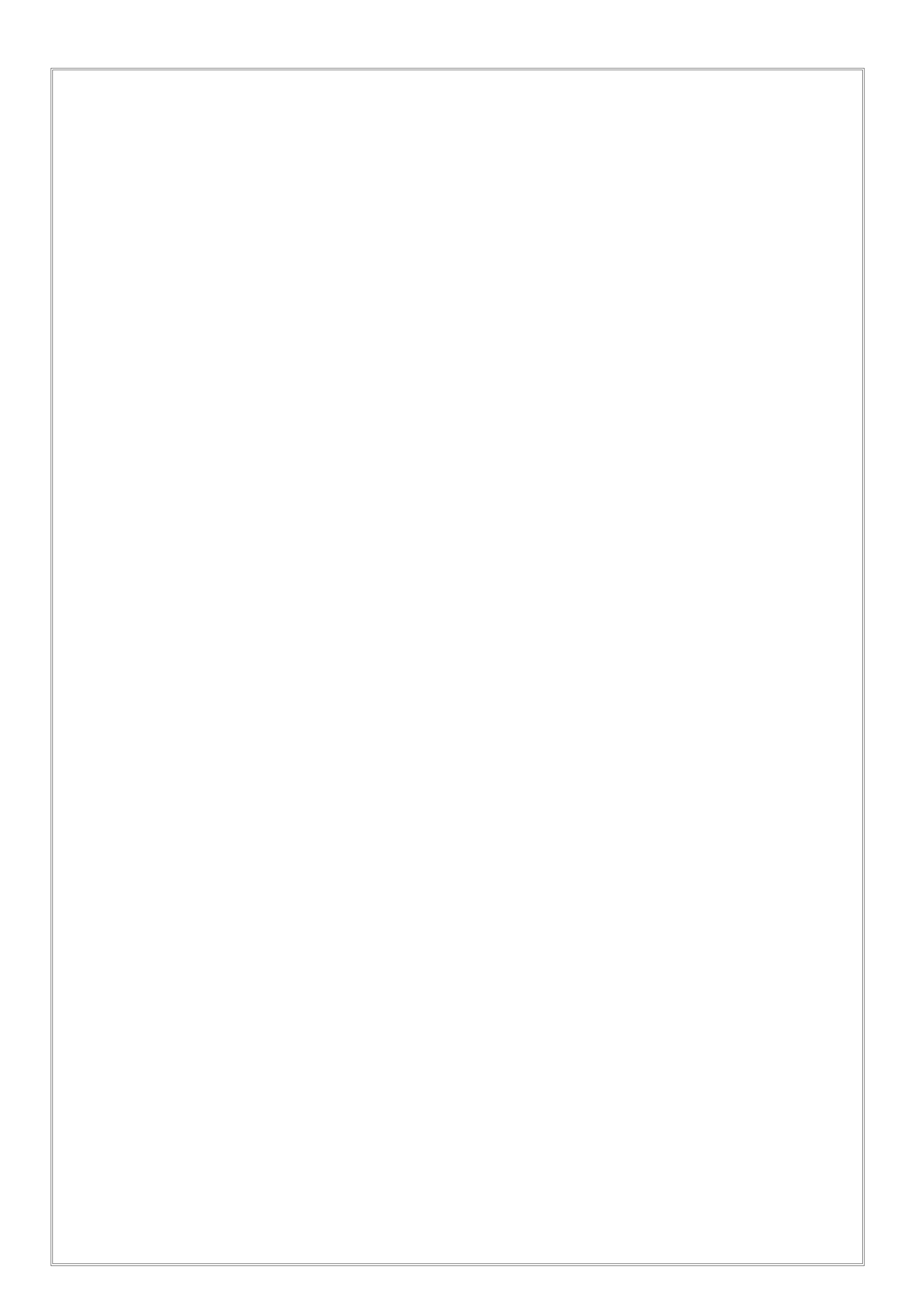
Edward Darlington, propietario de la Galería Darlington de Savannah, ha hablado con nuestro reportero en un torneo benéfico de golf en Cannes este fin de semana. Parece que la hija del señor Darlington, Gracie, está saliendo con el hijo mayor de los millonarios Wolff. El señor Darlington asegura que pronto su galería exhibirá la portentosa colección de óleos reunida por la madre de Gareth Wolff, Laura, antes de su violenta muerte a mediados de la década de 1980…

Gracie volvió la cara, incapaz de seguir leyendo. Se le encogió el estómago cuando Gareth se giró hacia ella con gesto helador.

–¿Cómo sabía él lo de los cuadros? –preguntó él con un rugido, apretando los puños como si se estuviera conteniendo para no golpearla–. ¿Era ese tu propósito desde el principio? Fingiste amnesia para seducirme… Cielos, sois unos miserables… los dos.

–Espera un momento. Sé que esto te duele –intentó tranquilizarlo Jacob.

–¿Que me duele? No me duele. Me da ganas de estrangular a Edward Darlington –le espetó Gareth y volvió a posar los ojos en Gracie–. En cuanto a ti… Has estado tomándome el pelo desde el principio, ¿verdad? Y yo me tragué el anzuelo.



Capítulo Dieciséis

Gracie dio un paso atrás, encogida.

–No lo sabía –aseguró ella–. Lo siento mucho.

–Está claro que ese hombre intenta usar esto para dar publicidad a su galería –opinó Jacob, mirando a su hermano–. Nadie lo tomará en serio. Nunca hemos expuesto la colección de mamá y no vamos a hacerlo ahora. No sabe bien ese tipejo lo cabezota que tú eres.

Ignorándolo, Gareth acorraló a Gracie contra la pared y la agarró con fuerza del brazo.

–Sal de aquí –le gritó él–. Ahora.

–No lo sabía. Juro que no lo sabía –repitió ella con el corazón hecho pedazos.

–Da lo mismo, Gracie Darlington –le espetó él con desprecio–. Lo sabías en el pasado. Qué casualidad que lo hayas olvidado cuando te interesaba.

–No es tan malo –sollozó ella–. Mi padre ha intentado conseguirlo por la fuerza, pero tampoco sería malo hacer la exposición, en recuerdo a tu madre. No quería herirte. No podría…

–No sabía que una mujer pudiera caer tan bajo como tú –repuso él–. No has hecho más que mentirme, desde el principio.

–Te amo –lloró ella, poniéndose de rodillas–. ¿Por qué iba a querer hacerte daño?

Pero era demasiado tarde.

–No me hagas llamar a la policía –la amenazó él, sin piedad.

Comprendiendo lo inútil de sus súplicas, Gracie se levantó y se fue. Se subió al jeep y se puso en marcha, casi sin ver por las lágrimas.

Sola en la espesura, dando volantazos para no salirse del camino, perdió el control del vehículo y se estrelló contra un árbol.

–Gracie, despierta. Abre los ojos –dijo Jacob a su lado. Le tomó el pulso en la muñeca–. Lo que has hecho ha sido una tontería. El jeep está destrozado. Es una suerte que tú estés bien.

–¿Y Gareth?

–Se ha ido montaña arriba –repuso Jacob–. No volverá hasta que te hayas ido. Me ha encargado sacarte de aquí y llevarte al aeropuerto. Te compraré un billete en primera clase y haré que uno de nuestros empleados te acompañe hasta que tu padre regrese.

–Pero yo…

–Tenemos que ir a por tus cosas. Sube a mi coche –le interrumpió Jacob.

En casa de Gareth, Jacob la esperó a que hiciera la maleta. Ella no tardó mucho, pues no se llevó nada de lo que Annalise le había comprado.

Hicieron el viaje en silencio hasta el aeropuerto.

–No lo llames –le advirtió Jacob al parar ante la puerta–. Ni le escribas. Si vuelves a acercarte a nuestra propiedad, te denunciaremos por allanamiento de morada. ¿Entiendes?

–Lo entiendo –contestó ella llena de dolor. Todo lo que amaba había desaparecido de su vida, de golpe.

En cuanto ella se bajó del coche con su maleta, Jacob se marchó sin mirar atrás.

Gracie se acurrucó en el avión, apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos, sintiendo un agujero negro en el pecho.

Durmió durante todo el trayecto.

Después de aterrizar, cuando atravesaba la salida, un hombre alto con una sonrisa artificial la llamó.

–Por aquí, Gracie.

Entonces, de pronto, ella recuperó la memoria perdida. Ese hombre era su padre. Sin embargo, al saberlo, no se sintió mejor. Sin Gareth, nada era más que amarga resignación.

Por suerte, no tuvo que dar explicaciones a nadie, pues su padre pensaba que había fingido amnesia todo el tiempo.

–Me alegro de que estés de vuelta. Esos Wolff dan un poco de miedo. He tenido que contratar a un abogado, ¿sabes? Me han hecho todo tipo de amenazas, solo porque bromeé un poco con un reportero demasiado bocazas –dijo Edward Darlington–. ¿Quieres que vayamos a comer? Yo invito.

Gracie estaba demasiado desolada como para sentirse indignada. Su padre la llevó a un restaurante pero, mientras él devoraba una sustanciosa comida, ella apenas consiguió probar bocado.

–Nunca tuviste intención de dejarme dirigir la galería, ¿verdad? –preguntó ella, comprendiendo de pronto lo engañada que había estado respecto a su padre. Él se lo había ofrecido como incentivo para que fuera a la montaña Wolff–. Sabías que fracasaría. No fue más que un reclamo para atraerte publicidad. ¿Por qué, papá? ¿Por qué me has hecho esto?

–Misty es la nueva directora, cariño –respondió él con gesto inconmovible–. Si lo piensas bien, comprenderás que es mejor así. Ella necesita el trabajo… tú, no.

Misty era la novia de su padre, una mujer muy poco brillante. Sin embargo, Gracie llevaba años trabajando en la galería, conocía sus entresijos de arriba abajo. Desde siempre, había querido dirigirla. Por eso, había aceptado ir a ver a Gareth Wolff.

–Tú eres una artista de talento, Gracie –afirmó su padre, tomándole la mano con afecto–. Deberías ocuparte de crear arte, no de venderlo. Sigues teniendo en el banco toda la herencia de tu madre. Es tuya. Puedes usarla para viajar. Y, cuando vuelvas a casa, seré yo quien te suplique que me dejes exponer tu trabajo.

Gracie no se dejó embaucar por sus halagos. Sin embargo, tenía el corazón

roto y no le quedaban fuerzas para discutir con nadie, ni para defenderse.

Una hora después, a solas en su dormitorio, el aire le pareció mustio y estancado. Abrió las ventanas y se acurrucó en un sillón, sintiéndose más sola que nunca en toda su vida.

Gracie llevaba dos semanas llorando y ya no podía más. Nada iba a cambiar si no tomaba las riendas de su vida y dejaba de sentir lástima de sí misma.

No era la única mujer del mundo que había perdido al hombre que amaba. Pero la vida seguía.

Así que decidió seguir el consejo de su padre. Llenó su escarabajo amarillo con comida y con su equipo para pintar y se fue a una casa aislada que había alquilado en la montaña de Georgia. Pensaba pasarse un mes allí, pintando.

Tras horas de conducir, llegó a lo que parecía el fin del mundo, donde la esperaba su alojamiento, una pequeña casita en el corazón del bosque. No era lujosa, más bien estaba un poco descuidada, nada que ver con la cómoda casa de Gareth en la montaña…

El silencio del aislamiento y la oscuridad impenetrable no le ayudaron a dormir muy bien la primera noche. No pudo conciliar el sueño hasta que los primeros rayos del amanecer se colaron por la ventana.

Siguió así una semana más, durmiendo cuando salía el sol… comiendo una vez al día y trabajando de noche. A veces, se sacaba una pequeña lámpara al porche. En otras ocasiones, pintaba a la luz de una vela.

En vez de utilizar las acuarelas, se decantó por el dibujo con tinta negra. Casi todos los esbozos trataban sobre el mismo tema. Su mente vagaba con libertad por las hojas de papel blanco. No podía seguir con su vida como hasta ese momento. Todo había cambiado con Gareth Wolff. ¿Qué pasaría con ella a continuación?

En el octavo día, la sorprendió una tormenta. Muerta de sueño después de otra noche sin dormir, se acurrucó bajo las mantas, tapándose la cabeza acompañada por el martilleo de la lluvia en los cristales.

Soñó con Gareth, haciendo el amor con ella, hablando con ella, riendo juntos. Gimió mientras avanzaba el sueño, convirtiéndose en una pesadilla. Gareth le daba la espalda y se alejaba, hasta no ser más que una sombra en el horizonte.

Entre el estruendo de los truenos y la pesadez del sueño, Gracie tardó unos minutos en comprender que alguien estaba llamando a la puerta. Pensó en no abrir, pero cambió de idea, pensando que podía ser alguien en apuros.

Y allí estaba él. Gareth.

–¿Por qué has venido? –preguntó ella, abriendo del todo con mano temblorosa.

Capítulo Diecisiete

Gareth había intentado en vano escapar a sus demonios. Por las noches, no había podido dormir, buscando a Gracie en sus sueños.

Por eso, había ido a Savannah para tener una conversación seria con Edward Darlington, luego se había dirigido a las montañas de Georgia, en busca de una cabaña que parecía estar en el fin del mundo.

Estaba exhausto y se sentía destrozado. Ver a Gracie fue como un bálsamo. Aunque estaba más delgada y muy pálida, era la mujer más hermosa del mundo.

–¿Puedo entrar? –pidió él, apoyándose en la puerta, a punto de derrumbarse.

Gracie tardó en responder, como si hubiera estado a punto de negarse. Pero, al fin, se echó a un lado y lo dejó pasar. Él aspiró su familiar aroma y se encogió, pensando que había actuado como un idiota al echarla de su casa.

–¿Por qué has venido? –repitió ella, sin preámbulos.

Su mirada no era de bienvenida, reconoció Gareth. Él había esperado… ¿pero cómo podía esperar que ella todavía lo amara después de como la había tratado?

–Hice que investigaran a tu padre –informó él, sin rodeos, tras recorrer por la mirada el modesto salón–. No es un criminal. Creo que su peor pecado es un ego demasiado grande.

–Mira quién habla.

–Tienes razón –admitió él–. ¿Tienes algo caliente de beber? Estoy helado.

Gracie se dirigió a la cocina, donde le sirvió una taza de café solo, como a él le gustaba.

–¿Era verdad lo de la amnesia? –quiso saber él.

–Sí. Si hubiera recordado qué hacía en tu casa, te lo habría dicho. Tú me habrías echado y los dos estaríamos sanos y salvos ahora.

–Pero te convertiste en mi amante.

–Eso parece –reconoció ella.

–¿Has recuperado la memoria?

–Nada más ver a mi padre, lo recordé todo –afirmó ella–. Aunque ya no era importante.

–Me alegro –repuso él e hizo una pausa antes de decir lo que estaba deseando–. En una ocasión, tuve una novia. Me utilizó para robarle a mi padre un cuadro muy caro.

–Lo siento –dijo ella, sorprendida por su abrupto cambio de tema.

–Tenía miedo de cometer el mismo error contigo, de confundir el deseo con el amor.

–Siento que mi padre fuera un idiota –replicó ella, encogiéndose de hombros con expresión inescrutable–. Y siento haberme dejado manipular por él

para invadir tu intimidad. Ya me he disculpado. No sé qué más puedo hacer.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó él de forma abrupta.

–Pinto.

–¿Y eres buena?

–Júzgalo tú mismo –sugirió ella y le enseñó un cuaderno de dibujo–. Esto es lo que he estado haciendo estos días.

Gareth pasó las páginas, impresionado. Era muy buena. Pero lo que más lo sorprendió fue que el tema de todos los dibujos era él.

Había capturado en el papel todas sus expresiones: de humor, de arrogancia, de enfado, de desprecio… Sin embargo, los dibujos no mostraban su emoción más tierna. Tal vez, si lo hubiera retratado haciéndole el amor, habría captado lo que había en su corazón…

Cuando llegó a la última página, se quedó petrificado. Eran los ojos de su madre, llenos de compasión y cariño.

–¿Cómo has…?

–Por la foto que tenías en tu taller. Cuando la estaba pintado, me di cuenta de que se parecía mucho a ti. Debió de amarte mucho. Eras su primogénito.

De pronto, el amargo recuerdo de la imagen de su madre muerta lo amenazó, pero Gareth fue más fuerte y no se dejó arrastrar por ello.

–Es perfecto… –murmuró él, sumergiéndose en la calidez que desprendía el retrato–. ¿Está en venta?

Ella asintió.

–Setenta y cinco mil dólares. Acepto cheques a nombre de mi fundación.

–¿Y qué fundación es esa? –quiso saber él, sonriendo por primera vez en muchos días.

–Ya pensaré en alguna.

–Nunca podré compensarte por cómo me porté contigo el otro día –se disculpó él, dejando el cuaderno a un lado–. Estoy avergonzado, Gracie. Y muy arrepentido.

Ella lo miró con sus grandes ojos azules y le tendió la mano.

–Esa noche, cuando mi hermano me enseñó las revistas, había pensado decirte que te amo –confesó él–. Pero, al leer las palabras de tu padre, me pareció que había cometido el mismo error que con mi novia anterior.

–Mi padre siempre será mi padre, por mucho que haya metido la pata, no lo dejaré plantado.

–¿Y podrías ser igual de comprensiva conmigo?

Cuando ella bajó la mirada, sin responder, a Gareth se le encogió el estómago.

–Me iré ahora mismo –dijo él. Si ella no lo amaba, el dolor sería demasiado insoportable.

–No quiero que te vayas –le llamó ella, impidiéndole salir por la puerta–. Claro que te perdono.

–Te amo, Gracie. Igual no me crees, pero es verdad –dijo él, tomándola en

sus brazos.

–Yo también te amo –admitió ella y lo abrazó también.

–Vuelve conmigo. La casa está vacía sin ti.

–No. Puedes quedarte aquí unos días, si quieres –repuso ella.

–¿Y luego qué? –inquirió él, tenso, furioso.

–Cada uno tenemos nuestra vida, Gareth.

–Ahí te equivocas. No pienso dejarte marchar.

–No tenemos nada en común. ¿Te imaginas a tu padre con el mío? Son dos mundos distintos.

–Pero estás dispuesta a acostarte conmigo por los viejos tiempos. ¿Es eso? Después, ¿me dejarás ir, sin más?

Cuando ella no respondió, Gareth decidió seguir otra táctica de ataque.

–Está bien –dijo él–. Vamos a la cama. ¿Dónde está? –preguntó, pero no le resultó difícil encontrarla en aquella pequeña casita.

Sin previo aviso, la desnudó y la tumbó sobre el colchón, boca abajo. Se puso el preservativo y la penetró.

El cuerpo de ella lo recibió sin resistencia, húmedo y caliente.

–¿Es esto lo que querías, Gracie? ¿Amigos con derecho a roce? –la provocó él y, ante los gemidos de placer de ella, añadió–. Míranos. Nunca tendremos suficiente. Te equivocas si crees que podríamos conformarnos con algunos encuentros ocasionales.

Entonces, le acarició los pechos, llevándola al borde del clímax. Ella gritó en los brazos del orgasmo, apretando el miembro de él con tanta fuerza que lo llevó al éxtasis también.

Hartos de placer, se acurrucaron en un amasijo de brazos y piernas. Gracie se durmió enseguida y él, que tampoco había dormido bien durante la semana, la siguió.

Capítulo Dieciocho

Gracie se despertó desorientada, aunque pronto, al verse abrazada a aquel fuerte pecho, supo lo que había pasado.

Gareth la había encontrado.

–Estoy muerto de hambre –dijo él, abriendo los ojos.

–Te prepararé algo. Espera a que me vista –ofreció ella con una sonrisa.

–¿Entiendes lo que acaba de pasar? –preguntó él con gesto serio.

–¿Que hemos tenido sexo?

–No. Te he demostrado lo equivocada que estabas.

–No entiendo –repuso ella, distraída al ver la erección de él.

–Yo te amo. Tú me amas. No vamos a tener una aventura. Vamos a casarnos.

–¿Cómo? –preguntó ella, quedándose sin respiración.

–Ya me has oído –afirmó él, acariciándole entre las piernas con su erección.

–Nada de eso. Yo soy de clase media, tú eres muy rico. A tu padre le daría algo si me viera aparecer en tu castillo, admítelo.

–Nada de eso. Y deja que te diga algo más, Gracie Darlington –señaló él, penetrándola unos centímetros–. Mientras hablamos, un camión está llevando los cuadros de mi madre a la galería Darlington para una exposición titulada Para los Seres Amados.

–Pero tú estabas furioso… –balbuceó ella, sin comprender–. No querías desenterrar los recuerdos de tu madre…

–Es tu padre, mi amor. Y, por eso, soy capaz de perdonarle cualquier cosa.

–Gracias –musitó ella con lágrimas en los ojos.

–Eres mía –murmuró él, moviéndose dentro de ella a un ritmo cadencioso e irresistible.

Gracie se rindió al momento, abrumada no solo porque los hubiera perdonado a su padre y a ella, sino porque percibía que él había dejado atrás su amargura del pasado.

Tras llegar al orgasmo juntos, ella le acarició la cabeza.

Tenía el pelo de un centímetro de largo.

–¿Por qué te lo has cortado? Cuando te vi en la puerta, apenas te reconocí.

–En los tiempos antiguos, los hombres se cortaban el pelo como señal de penitencia y devoción –explicó él con gesto pensativo–. Me porté muy mal contigo, con la persona que me había devuelto el amor por la vida –añadió y los dos se miraron con ternura–. Pero no solo me he cortado el pelo. He tenido otra idea para demostrarte lo que siento. Espera. No te muevas.

Gracie lo oyó salir de la casa, a pesar de que estaba desnudo. Volvió al momento.

–Nunca volveré a hacerte daño, Gracie Darlington –prometió él, tomándola entre sus brazos. Luego, la soltó para entregarle un pequeño paquete.

–Oh, Gareth –exclamó ella, al desenvolverlo y ver una cajita joyero de madera de cerezo, con un intricado diseño de plata, ónix y turquesas en la tapa–. ¿La has hecho tú?

–Ábrela –invitó él, asintiendo.

Dentro, había un anillo de diamantes, con dos esmeraldas a los lados. Gracie se quedó sin habla.

–Era de mi madre –explicó él–. Si no quieres llevarlo, te buscaré otra cosa. Pero ya he hablado con Kieran y Jacob. Me han dado su permiso para dártelo… ya que soy yo quien se acuerda mejor de nuestra madre.

Ella se quedó sin palabras mientras él se lo ponía en el dedo, sumergiéndose en sus ojos con ternura y confianza.

–Cásate conmigo, Gracie. Llena nuestra montaña de luz, amor y niños.

–Sí, mi dulce Gareth. Sí.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha **aquí** y descubre un nuevo romance.



